

**Frederick B. Meyer**

**Moisés:  
el siervo de Dios**

**CLIE**

# ÍNDICE

Capítulo 1	Nuestro punto de vista	3
Capítulo 2	La fe de su madre	7
Capítulo 3	Cuando ya era hombre	13
Capítulo 4	Liberación por la viva fuerza	20
Capítulo 5	El maravilloso coloquio	27
Capítulo 6	A Egipto	34
Capítulo 7	Fracaso y decepción	40
Capítulo 8	el amor de Dios en las primeras cuatro plagas	46
Capítulo 9	Cómo se desarrolló el carácter de Moisés	54
Capítulo 10	Preparativos para el Éxodo	62
Capítulo 11	El paso del Mar Rojo	68
Capítulo 12	El cántico de victoria	73
Capítulo 13	Mara y Elim	80
Capítulo 14	La dádiva del Maná	86
Capítulo 15	Refidim	91
Capítulo 16	Representantes delante de Dios	99
Capítulo 17	Al pie del Sinaí	105
Capítulo 18	La visión de Dios y su efecto	112
Capítulo 19	La frase interrumpida	117
Capítulo 20	La presencia de Dios es nuestro descanso	123
Capítulo 21	Construyendo el Tabernáculo	141
Capítulo 22	La partida del Sinaí	136
Capítulo 23	Enteramente noble	141
Capítulo 24	Una decepción amarga	148
Capítulo 25	Fiel bajo el reproche	154
Capítulo 26	Las consecuencias de la desobediencia	158
Capítulo 27	Preparándose para Pisga	164
Capítulo 28	La muerte de Moisés	169

# Capítulo 1:

## Nuestro punto de vista

El que escribió la Epístola a los Hebreos saca a luz el secreto de las maravillas efectuadas por los héroes de la historia hebrea. Obedientes a su llamamiento, se ordenan en un gran batallón, y a una voz claman, ¿por qué os admiráis de todas estas cosas? O ¿por qué nos miráis tan fijamente, como si por nuestro propio poder o santidad las hubiéramos efectuado? El Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, el Dios de nuestros padres, extendió su santo brazo y obró por medio de nosotros; y su Nombre, la fe en su Nombre, ha hecho todas estas maravillosas obras.

Nos equivocamos profundamente atribuyendo a estos hombres cualidades extraordinarias de valor y fuerza de cuerpo o alma. Hacer esto es pasar por alto todo el contenido de la reiterada enseñanza de la Escritura.

No eran distintos de los hombres ordinarios sino en su fe. En muchos respectos es muy probable que fueran inferiores a nosotros mismos. Probablemente nos sorprenderíamos mucho si los encontráramos en las escenas ordinarias de la vida moderna, y hallaríamos casi imposible creer que efectuaran tales prodigios de valor, padecimientos y liberaciones. Gedeón y Barac, Sansón y Jefté, pertenecían más bien al tipo de los colonizadores (comarcanos) del tiempo de nuestros días primitivos, cuyos hábitos belicosos tenían a nuestras regiones septentrionales en constante agitación, que al de nuestros clérigos o filántropos modernos.

Pero tenían todos una característica en común que los levantó sobre los hombres ordinarios y les aseguró un nicho en el templo de la Escritura: tenían una maravillosa facultad de fe; que, en verdad, no es sino la capacidad del corazón humano para Dios. Cuatro veces se cita esto como el secreto de todo cuanto hizo Moisés para su pueblo.

La misma verdad se corrobora repetidas veces en la enseñanza de nuestro Señor. Nunca se detiene para preguntar cuánta puede ser la cantidad específica de poder, o sabiduría, o entusiasmo, que existe en sus discípulos. En el juicio de Él, estas cosas son como el menudo polvo de las balanzas, que no ha de tomarse en seria consideración; y que no es verosímil que

afecte los resultados agregados de la vida del hombre. Pero su demanda incesante es de fe. Si tan sólo hay fe, aunque no sea sino como un grano de mostaza, los árboles pueden ser sacados de raíz, las montañas echadas en medio del mar y los demonios echados fuera de sus víctimas. A un padre el Señor Jesús dijo en una ocasión: «No debe haber duda respecto de mi poder. Si tú puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree».

¿Y qué es esta fe? No es un poder o cualidad inherente a ciertos hombres, en virtud del cual pueden obtener ciertos resultados no realizados por otros. Es más bien el poder de dejar el *yo* a un lado para que Dios obre sin estorbo por medio de la naturaleza. Es la actitud del corazón que, habiendo descubierto la voluntad de Dios, y deseando ser instrumento de ella, sigue adelante esperando que Dios llevará a cabo sus propósitos por medio de él. En resumen, es la disposición para someterse completamente a la voluntad de Dios para llegar a ser el conducto o vehículo por el cual se transmitan las bendiciones de Dios. El creyente es el hombre lleno de Dios, movido de Dios, poseído de Dios; y la obra que él efectúa en el mundo no es suya, sino que es la de Dios por medio de él.

Existen, pues, estas condiciones necesarias en toda fe verdadera: el sentido de impotencia y nulidad, una seguridad absoluta de seguir el plan de Dios, la consagración entera para que Él verifique su voluntad en el corazón y en la vida, el alimento diario de promesa, el atrevimiento de obrar con una independencia total de sentimiento sobre una fe que cuenta absolutamente con la fidelidad de Dios.

Nuestra contención será, en todas las partes del estudio de la extraordinaria vida que vamos considerando que, aunque Moisés haya tenido rasgos imponentes de mente y cuerpo, y haya sido versado en toda la erudición de su tiempo, sin embargo, el maravilloso resultado de la obra de su vida no se debió a ninguna de estas cualidades, sino a la fe que unía su alma con Dios. Su fe bastaba para hacer lo que todas sus otras cualidades, sin ella, habrían dejado de hacer.

Esperamos ir aún más allá, mostrando que todas las bendiciones que Dios, acordándose de su pacto, confirió a Israel, vinieron a aquel pueblo rebelde y obstinado, mediante la fe de Moisés. Es método de Dios buscar la cooperación del hombre en la ejecución de sus propósitos, y cumplir su promesa por la fe de sus siervos. En este caso fue Moisés quien fue llamado

a ser compañero de Jehová, y fue mediante su fe como Dios cumplió la promesa dada a Abraham, Isaac y Jacob.

Cada una de las mencionadas condiciones de una fe poderosa se cumplió en la historia de Moisés. Se le permitió hacer sus primeros esfuerzos para la emancipación de su pueblo, por la energía de su propia fuerza, y fracasar egregiamente; de modo que huyó a Madián, abandonando toda esperanza de librarlos, y pasando sus años en soledad y destierro, hasta que, sólo con la mayor dificultad, pudo ser inducido a emprender la comisión Divina. Fue reducido al último extremo de impotente nulidad, cuando la zarza ardiente resplandeció en su senda, símbolo de completa debilidad, poseída y ocupada y sin embargo no consumida por Dios, quien es un fuego consumidor.

No podía dudar del plan de Dios; porque éste le éste revelado en la promesa hecha a Abraham hacía muchos años, fijando cuatrocientos como el límite de la morada en Egipto. Y, en adición a esto, Dios le dijo claramente que había bajado para librarlos.

Se cedió tan completamente al propósito de Dios, como la vara que tenía en la mano lo estaba a su propia voluntad. A esto se debió su nombre escogido de «el siervo del Señor» y la constante reiteración de la frase «como el Señor mandó a Moisés».

Se alimentaba diariamente de las promesas de Dios, presentándolas en sus oraciones, y apoyándose completamente en ellas. Y con frecuencia sabía lo que era dejar tras sí lo familiar y lo experimentado para volverse hacia lo extraño y nuevo; por mandato de Dios caminaba, aunque pareciera que no había nada donde pisar, arrojándose a sí mismo y a tres millones de gentes, absolutamente al cuidado de Dios, asegurado de que la fidelidad de Dios no le faltaría.

Su fe hizo de Moisés todo lo que era. Veremos esto más claramente mientras continuamos. Es nuestro anhelo entender exactamente cómo una fe, cual la de él, fue producida. ¿Por qué no hemos de tenerla nosotros?

Los métodos de Dios nunca pasan. No dejaremos de tener su fe, si pagamos el precio de su disciplina. Y si tan sólo poseyéramos su fe, ¿por qué no habíamos de ver otro éxodo? Mares cruzados con sendas de salvación, enemigos desafiados, cadenas rotas, cautivos emancipados, y Jehová adorado con cantos de triunfo... Seguramente no hay límite a las posibilidades de una vida que ha llegado a ser la abertura o el conducto por donde Dios puede manifestarse.

¿Tienes voluntad para abandonar toda tu fuerza? ¿Dejar todos tus planes para adoptar los de Dios? ¿Indagar su voluntad y hacerla absolutamente? ¿Ponerte en actitud de rendición absoluta a sus propósitos? ¿Alimentarte diariamente con las promesas de Dios, como una joven con las promesas de su amado ausente? ¿Confiar, sin emoción alguna, en la fidelidad de Dios, sólo estando plenamente persuadido de que Él hará todo cuanto ha prometido? Entonces seguramente por medio de ti, Dios, ahora o en adelante, obrará como en los antiguos tiempos de los cuales nuestros padres nos han hablado...

Es cierto que, mientras pasa el siglo presente, Dios tiene grandes planes que pronto se realizarán. Conforme a su método invariable, tendrá que verificarlos mediante la instrumentalidad y la fe de los hombres; la única cuestión es, ¿estamos en tal condición, es de tal naturaleza nuestra fe, que puede obrar por medio de nosotros para la gloria de su santo Nombre? Meditemos bien las lecciones enseñadas en la vida y el carácter de Moisés, para que en el debido tiempo lleguemos a ser instrumentos apropiados para el uso del Maestro, y estemos preparados para toda buena obra.

## Capítulo 2: La fe de su madre

Fue un mundo muy poco amistoso aquel en que el niño abrió los ojos. Exteriormente todo era tan hermoso como la naturaleza y el arte podían hacerlo. Cerca de la pobre choza, que por una temporada breve había de abrigarle, el gran Nilo fluía entre sus orillas cubiertas de canas, reflejando de día el subido azul de los Cielos, y las constelaciones de estrellas, de noche. A corta distancia del paseo matutino de una joven, estaba la gran ciudad de Menfis, metrópoli de Egipto, y asiento de la corte; centro de comercio, arte, guerra y religión; el foco en que convergía la vida nacional.

Procesiones reales pasaban por aquella choza, cuando en solemne magnificencia el monarca salía a la guerra, o bajaba a la orilla del Nilo para adorar. Sacerdotes de todas partes del país pasaban en camino para el gran templo de Phthah, cuyas avenidas entre columnas y galerías esculpidas y aposentos cubiertos de jeroglíficos eran el resultado de siglos de industria y hablaban de la historia de las generaciones que los habían edificado; pero ¡qué lejos estaban de soñar que el sitio de la humilde choza atraería el interés de las generaciones hasta el fin de los tiempos, cuando su espléndido templo se hubiera desplomado en un confuso montón! Y la demanda perpetua de puerros, melones, ajos, cebada, trigo, y centeno, así como de delicadas telas de los telares, por las cuales los egipcios se hicieron tan famosos, de especias y bálsamos para la vasta ciudad de los muertos, y de todas las múltiples provisiones exigidas por una población grande y rica, deben haber cubierto los caminos de la comarca con líneas interminables de camellos, asnos y caravanas; y el río con una flotilla innumerable de botes, lanchas y navíos. No muy lejos, sobre las arenas del desierto, estaban las pirámides, que aun entonces se iban haciendo vetustas, y estaban destinadas a quedar cuarenta siglos como testigos tanto de la creencia instintiva del hombre en su inmortalidad, como de la indiferencia egoísta a la angustia de sus semejantes. En medio de estas circunstancias de riquezas y esplendor, el niño nació a una dura suerte.

Pertenecía a una raza extranjera. Hacía más de trescientos años que los antepasados de su pueblo habían inmigrado de la tierra vecina de Palestina, por invitación del primer ministro de ese tiempo, quien estaba relacionado con ellos por los vínculos de parentesco y raza. El rey les había dado la

bienvenida como valiosos aliados; porque él también pertenecía a una raza extranjera, y ocupaba un trono poco estable. Por mandato suyo se habían establecido en lo mejor de la tierra, una faja verde, llamada Gosén, situada en medio de vastos trechos de arena. Allí prosperaron y se multiplicaron, hasta que llegaron al número de casi dos millones de almas. Pero permanecieron siendo un pueblo tan distinto como lo son ahora a toda nación debajo del Cielo, y como tal estuvieron expuestos a sospechas y odio. Pertenecía además a una raza oprimida. Una dinastía distinta había substituido a aquella que les había dado la bienvenida, y para la nueva, el nombre de José no tenía encantos.

Una pequeña nube que amenazaba guerra se cernía en el cielo oriental, e insinuó al monarca reinante el temor de que hubiera alguna alianza entre sus enemigos y la raza hebrea, que había llegado a ser tan numerosa y poderosa, que era muy formidable. Se resolvió pues a consumirlos y reducirlos tanto en número como en espíritu, por el rigor de su suerte.

De repente los pastores de Gosén se vieron reclutados para el servicio en los campos de ladrillo, bajo el ojo y el látigo de crueles capataces, quienes exigían de ellos diariamente cierto número de ladrillos; o tuvieron que trabajar en el campo, sacando agua del río para la irrigación de la tierra, y afanándose en el cultivo del suelo. Y todo servicio con que los hicieron servir, fue riguroso, como si se valieran ansiosamente de toda ocasión para afligirlos con crueles castigos.

Es probable que el padre de la pequeña familia haya sido obligado a soportar su parte en la servidumbre y los golpes, que hicieron que la existencia de su pueblo fuera tan amarga. Desde la mañana hasta la noche tenía que trabajar desnudo, bajo el sol ardiente, volviendo con frecuencia con sangrientas heridas abiertas por el azote, e inclinado a dudar de la misma existencia de Dios y su carácter misericordioso. Muy oscura era la noche que pesaba sobre el pueblo escogido en estos años de cruel esclavitud.

Así, Moisés nació en un tiempo de aflicción inusitada. La familia se componía del padre, la madre y una hermana que era la mayor, como de quince años de edad, maravillosamente dotada con el don del canto, y un hermanito, Aarón, un niño vivo y alegre de tres años de edad. Cuando éste nació, no había necesidad especial de secreto; porque el rey estaba procurando llevar a cabo su objeto por la política enérgica que hemos descrito. Pero durante el intervalo, había descubierto que no era bastante



severa para alcanzar su propósito; y por eso le había añadido un plan para la destrucción de todos los niños hombres, echándoles al río luego que nacieran.

No es probable que este decreto estuviera en vigor por más de unos cuantos meses. Fue un espasmo de crueldad inspirado por un temor repentino; pero era demasiado opuesto a los mejores instintos de la naturaleza humana, para tener una posición permanente en la práctica de los subordinados de Faraón; pero mientras duró fue el elemento de más amargura en todo su acerbo dolor. Las privaciones, los trabajos, el escarnio y el rigor, son fáciles de soportar, si tan sólo el amado círculo del hogar es dejado intacto; pero cuando éste pelagra, y los pequeños polluelos son amenazados por el buitre, rebosa la copa.

Por lo regular, el nacimiento de un niño, especialmente de un hombre, era ocasión de mucho gozo; pero entonces, fue motivo de ansiedad y casi de recelo. No había anticipación gozosa, ni bienvenida, ni éxtasis, para compensar la angustia de la madre con el pensamiento de que un hombre había nacido al mundo. Sin embargo, a pesar de todo, «el pueblo se multiplicó y llegó a ser muy poderoso».

El edicto quedó vigente sólo un poco de tiempo, pero fue en el de su observancia forzosa, cuando nació Moisés. Este es el modo de Dios. En las horas más oscuras de la noche, Él se acerca andando sobre las olas. Acaso al despuntar el día de la ejecución, el ángel llegó a la celda de Pedro, y cuando estaba lista la horca para Mardoqueo, el insomnio real produjo una reacción a favor de la raza amenazada...

Alma afligida, puede ser que tengas que llegar a lo peor antes de que llegue tu salvación; pero serás salva. Puede ser que Dios te haga esperar; pero siempre se acuerda de su pacto, y aparecerá para cumplir su palabra inviolable.

Moisés era hijo de padres creyentes; con todo, sabemos muy poco de ellos. Se dice que el padre era «hombre de la casa de Leví», y se nos dice después que su nombre era Amram, y que descendía de Kohath, el hijo de Leví. Pero la tribu de Leví no tenía entonces importancia especial; en verdad, parecía destinada a ser dividida en Jacob, y esparcida en Israel.

La madre, Jocabed, pertenecía a la misma tribu y estaba relacionada con su marido con una consanguinidad más cercana de lo que se permitió después. Era gente humilde, que se regocijaba de recibir «sueldo» de la mano de los ricos y de la realeza; pero habían conservado las mejores tradiciones religiosas de su nación, y en esto contrastaban favorablemente con muchos de su raza.

El Deán Stanley escribía que la estancia en Egipto había producido fatales resultados en los hijos de Israel: «La antigua libertad, la antigua energía y, sobre todo, la antigua religión del período patriarcal, se habían acabado».

De hecho, hay evidencias claras en las Escrituras de los siglos posteriores de que el pueblo participaba de los ritos idólatras de la tierra de su adopción: «Vuestros padres -dijo Josué- sirvieron a otros dioses en Egipto» (Jos. 24:14).

Y por los labios de Ezequiel Jehová recordó a la nación, en una fecha posterior, su infidelidad primitiva: «En ese mismo día les alcé mi mano, jurando sacarlos de la tierra de Egipto y conducirlos a tierra que tenía ya provista para ellos; tierra que manaba leche y miel, la más hermosa era de todas las tierras. Y les dije: *Desechad cada uno sus cosas detestables de delante de los ojos*; y no abandonaron sus ídolos de Egipto; de modo que pensaba derramar mi indignación sobre ellos, para desahogar mi ira en ellos en medio de la tierra de Egipto» (Ez. 20:6-8).

El sábado fue olvidado; el rito de la circuncisión, símbolo significativo del pacto, dejó de practicarse; la pureza relativa de sus antepasados se mostró incapaz de resistir los atractivos licenciosos de los festivales paganos, a que en años posteriores perpetuamente recurrieron.

Pero evidentemente había mas familias que quedaron fieles en medio de la corrupción predominante. Entre éstas se contaba aquella en que nació el niño Moisés. El sagrado pacto entre Dios y su raza fue recordado con reverencia, y conservado con una fe que osaba creer que, tarde o temprano, Dios no dejaría de interceder. Las historias atesoradas conservadas para nosotros en el libro de Génesis eran cuidadosamente enseñadas a los niños luego que sus corazones podían apreciarlas, y sus memorias conservarlas. El primogénito, Aarón, probablemente fue separado, con algún género de consagración, para que cumpliera las funciones de un sacerdote de la familia. Y María, la

primera mujer de ese nombre en la Escritura, fue enseñada a usar su voz dulce y clara en la alabanza y adoración del Dios de sus padres.

Pero su vida espiritual fue manifestada aún más claramente por su fe: «Por fe Moisés, cuando nació, fue escondido tres meses por sus padres; porque vieron que era hermoso niño, y no tuvieron temor de la orden del rey».

Se nos ha presentado con frecuencia un cuadro que describe la ansiedad con que los padres recibieron a su niño cuando nació, la angustia de Amram, y los temores de Jocabed. Semejante cuadro puede representar fielmente a otros padres hebreos, pero no a éstos, pues «no temieron». Cuando se le anunció a Jocabed que había dado a luz un niño pudo arrojar sobre Dios el cuidado de él, y recibir la seguridad de que no le vendría ningún daño. Y cuando la pareja se inclinó sobre su hijo, en aquella choza campestre, y vieron su gran hermosura, creció en sus corazones la convicción de que un gran destino le esperaba; y de que de alguna manera viviría para ver el fin del período de esclavitud, predicho siglos antes, en palabras que habían pasado de boca en boca; el único rayo de luz en medio de las tinieblas de la noche. Josefo dice que se le anunció a Amram en un sueño que Moisés había de ser el libertador de su pueblo.

¿Podrían aquellos oprimidos esclavos olvidarse de lo que Dios había dicho a su ilustre antepasado, cuando el horror de una grande oscuridad había caído en su alma?

«Ten por cierto que tu simiente será extranjera en tierra ajena, donde los reducirán a servidumbre, y los oprimirán (...) mas al cuarto siglo ellos volverán acá» (Gn. 15: 13, 16).

Los lentos años habían, al menos, acumulado el número prescrito. Si no completamente, casi habían transcurrido cuatrocientos años. La promesa debía estar a punto de cumplirse. La palabra «saldrán» (Gn. 15:14) sonaba como una alegre campanita en el corazón del padre, en quien había una confianza nutrida por el espíritu de Dios, y por la belleza de su niño, «sumamente hermoso» (véase Éx. 2:2; Hch. 7:20; He. 11:23), de que en alguna manera él tendría parte en aquel éxodo.

La madre tomaba todas las precauciones ordinarias; pero nunca cedía a un excesivo temor. A veces cuando su corazón desfallecía, arrodillada presentaba la promesa divina en la que había llegado a esperar. Toda la familia vivía de la fe de aquella mujer, como los hombres viven de pan; y los

ángeles de Dios se inclinaban sobre el niño inconsciente, defendiéndolo con el cuidado más tierno, y murmurando palabras de amor a su oído. Finalmente la madre fue guiada por el buen Espíritu de Dios a tejer con juncos de papiro una arquilla o botecito, calafateándolo con betún y brea para hacerlo impermeable a la humedad. Allí puso al niño dándole muchos besos, cerró la tapadera sobre su dulce rostro, con sus propias manos lo llevó a la orilla del agua, y lo colocó tiernamente entre los juncos que crecían allí. Sabía que la hija de Faraón venía a bañarse, y podría ser que notara al pequeño expósito y lo defendiera. O, si no, el Dios en quien confiaba la ayudaría de alguna otra manera. Pero en todo esto nunca perdió su fe sencilla y firme: «El Señor era su luz y su salvación, ¿a quién había de temer? El Señor era la fortaleza de su vida, ¿de quién había de despavorirse?».

Cuando se acercaban contra ella los malhechores, sus adversarios y sus enemigos, para comer sus carnes, tropezaban y caían:

«Aunque un ejército asentara campo contra ella, no temería su corazón».

María, la hermana de Moisés, fue puesta a vigilar para ver «lo que acontecería»; y Jocabed volvió a casa, luchando con la ansiedad natural de una madre, pero con una fe que se asía al mismo brazo de Jehová, segura de que no le faltaría, aunque los cielos cayeran y las pirámides fueran arrojadas al ancho seno del Nilo. ¡He aquí la poderosa fe de una madre! ¿Podemos, pues, admirarnos de la fe de un hombre que nació de semejante madre, y fue criado en semejante hogar?

## Capítulo 3: Cuando era ya hombre

Todo sucedió según la fe de la madre. La princesa, acompañada por un séquito de doncellas, vino a la orilla del río a bañarse. Vio la arquilla entre los juncos y envió a una de sus doncellas a traerla. En medio del pequeño grupo, la tapa fue cuidadosamente quitada; sus ojos se encantaron al ver el hermoso rostro, mientras sus corazones fueron conmovidos por el llanto del niño, que extrañaba a su madre, y se asustó por las insólitas escenas y las muchas caras desconocidas.

Al momento el corazón de la princesa adivinó el secreto. La proximidad de chozas hebreas, las facciones y el color del nene, la inverosimilitud de que una madre olvidara a un niño de pecho, el repentino recuerdo del severo edicto que su padre había promulgado recientemente, todo señalaba a la conclusión inevitable: «Uno de los niños hebreos es éste».

La intervención de María, que había presenciado ansiosamente toda la escena, con su sugestión ingenua de traer una nodriza hebrea, resolvió el problema de lo que había de hacerse con el expósito, casi al momento de presentarse. Pronto la madre del niño estuvo ante la princesa, y recibió de sus manos la preciosa carga; y al hacerlo, ¿no hubo algo en su movimiento casi convulsivo, que revelara a aquel ojo entendido el secreto del pequeño complot?

Si esto fue así, o no, la historia no lo revela. ¿Pero con qué éxtasis de gozo la madre derramaría su corazón, cuando el pequeño grupo estuvo a solas en la choza? La vida del niño estaba segura bajo la protección de la hija del mismo Faraón, quien había dicho: «Críamele». Y el sueldo que había prometido iba a suplir todas sus necesidades. Dios había hecho infinitamente más de lo que se le había podido pedir...

Cuántos años pasó el niño en aquella casa humilde, no lo sabemos -tal vez hasta que tuvo cuatro o cinco años-, pero el tiempo suficiente, en todo caso, para que supiera algo de los peligros y padecimientos de la suerte de su pueblo; para saber aquellas sagradas tradiciones de su pasado, que después había de relatar con tan majestuosa sencillez en el libro de Génesis, y recibir en su corazón el amor del único Dios, que había de llegar a ser la gran pasión y la estrella polar de su carrera. Los sacerdotes, los filósofos, y los

eruditos, quizás harían lo posible para desviarlo después; pero estas cosas habían sido introducidas en la creciente estructura de su alma, y nunca podrían ser quitadas de ella.

¡Cuánto debe animar a las madres esta narración para que empleen bien los primeros años en que los niños están confiados a su cuidado! Las circunstancias en que el cuidado de los niños debe ser confiado a otros deberían en verdad ser excepcionales.

Al fin llegó el tiempo en que Thermutis reclamó como suyo al niño a quien había rescatado. Había ahora llegado a ser tan hermoso, que según nos dice Josefo, los transeúntes se detenían para mirarlo y los trabajadores dejaban sus faenas para verlo pasar. Sin duda el corazón de la madre sufrió amargamente cuando dejó a su niño entrar en el mundo desconocido de más allá de la gran puerta del palacio; y debe haber quedado muy solitario el pequeño hogar cuando se le dieron los últimos besos, las últimas instrucciones, y se hizo la última oración.

¡Qué multitud de pensamientos tiernos, especulaciones curiosas y ansiosos anhelos deben haber seguido al pequeño favorito del hogar hebreo, cuando su madre lo tomó y lo llevo a la hija de Faraón, y vino a ser su hijo! Pero, en medio de todo esto, la fe se hizo preeminente, y ella creía que Aquel que había librado al niño de los peligros del Nilo lo guardaría puro y dulce en medio de las fascinaciones de la corte.

¡Qué magnífica tierra debe haber sido Egipto en aquellos días de que hablan Herodoto y los jeroglíficos! No había lluvias; el Nilo traía desde lejos la rica tierra aluvial, que daba suficiente trigo para alimentar al mundo; las orillas del río estaban cubiertas de ciudades, villas, templos y todas las evidencias de una gran civilización; mientras las grandes pirámides y figuras colosales se erguían hasta cien pies de altura. Siete millones de personas vivían en esta verde faja de territorio; y mientras la gran mayoría de ellos eran probablemente pobres e ignorantes, las clases superiores, y especialmente los sacerdotes, eran notables por su familiaridad con muchas cosas que nos jactamos de saber ahora. La flor y nata de todo esto fue vertida en la copa de Moisés. Fue criado en el palacio y tratado como nieto de Faraón. Si salía a la calle era en un carruaje real, en medio de los gritos de «doblada la rodilla». Si navegaba en el Nilo, era en una dorada chalupa al son de una música voluptuosa. Si deseaba alguna cosa, los tesoros casi ilimitados de Egipto estaban a su alcance.

Allí, en palacio, aprendió a leer y escribir los misteriosos jeroglíficos; allí también fue instruido en matemáticas, astronomía y química, en cuyos estudios los egipcios eran muy sabios. Allí también adquirió gusto para la música, de modo que en años posteriores podía cantar alegres y triunfales cantos de victoria y componer odas que conservaron la historia de las relaciones de Dios con su pueblo. ¡Cuán maravillosamente Dios lo preparaba para su vida posterior! Dijo Esteban: «Y fue instruido Moisés en toda la sabiduría de los egipcios» (Hch. 7:22).

Indudablemente gran parte de ella era completamente vana; pero otra parte también le fue muy útil cuando llegó a ser el fundador de un nuevo estado. Pero Moisés era algo más que un estudiante real, que pasaba sus años en los refinamientos de la cultura y el sosiego de los eruditos. Era estadista y soldado. Esteban nos dice que era poderoso en palabras y en hechos: poderoso en palabras -allí está el estadista-, poderoso en hechos: allí está el soldado. Josefo dice que cuando estaba todavía en los primeros años de su virilidad, los etíopes invadieron Egipto, derrotaron al ejército enviado contra ellos, y amenazaron Menfis. A causa del pánico, los oráculos fueron consultados; y por su recomendación, el mando de las tropas reales se le dio a Moisés. Inmediatamente emprendió la campaña, sorprendió y derrotó al enemigo, capturó su ciudad principal, Meroe, ciudad de pantanos, y volvió a Egipto cargado de los despojos de la victoria.

Así siguió año tras año hasta que tenía cuarenta años de edad. Ya le estaban abiertos los puestos importantes del estado; y parecía como si el río de su vida siguiera en el mismo cauce, ancho y más profundo en su corriente.

Pero, ante todo, otro pensamiento siempre estaba presente con él, y paulatinamente fue empequeñeciendo todos los demás, a medida que crecía en su alma. No podía olvidarse de que sus padres eran esclavos; que los esclavos que gemían en las ladrilleras bajo el látigo de los capataces eran sus hermanos. Nunca dejó de pensar en Dios, a quien su madre le había enseñado a orar, y en sus momentos más alegres de triunfo, cuando apuraba el cáliz venenoso del éxito terrenal, no podía deshacerse de la impresión de que su destino no lo conducía en medio de semejante ambiente, sino que de alguna manera iba a ser asociado con aquella promesa que había oído con tanta frecuencia de los labios de su madre.

Pensamientos como éstos con frecuencia ensombrecían de una manera extraña su rostro, sorprendiendo a aquellos que lo conocían mejor. Su madre adoptiva podía atribuirlo a mala salud o a algún amor no correspondido. Sus amigos y compañeros se burlaban de su distracción. Su comitiva con frecuencia discutía el asunto de la depresión de su amo, preguntándose acerca de su causa. Pero el misterio quedó escondido en su corazón hasta que sus impresiones vagas llegaron a ser resultados firmes, y con tanta suavidad como le fue posible, dio a su bienhechora la noticia de que ya no podía permanecer en la posición a la que ella lo había elevado, esto es, llamarse su hijo, sino que tenía que volver a la posición humilde a que pertenecía por nacimiento.

El anuncio fue recibido, tal vez, con amargas lágrimas y ardiente indignación por parte de aquella a quien debía tanto; pero ningunas de estas cosas lo hicieron apartarse en lo más mínimo de su propósito. Y cuán grande debió haber sido la sensación causada en la corte cuando llegó a saberse la noticia... ¡En cuántos círculos sería discutida, y cuán distintas interpretaciones se le darían! Algunos lo atribuirían a mortificación o celo; otros a la presencia en sus venas de la baja sangre de los esclavos; y otros, a algún plan para engrandecerse a sí mismo de alguna manera. Todos compadecieron a la princesa cuya bondad parecía tan mal pagada. Pero nadie adivinaba la fuerza o la pureza del propósito oculto, nacido de Dios, y nutrido por su buen Espíritu.

Nótense los nobles ingredientes de esta gran resolución de Moisés...

En primer lugar, fue hecha en la plena madurez de sus potencias. El ardor impulsivo de la juventud a veces hará que un joven diga: «Este pueblo será mi pueblo y su Dios mi Dios».

Pero no había nada de esto aquí; fue la resolución deliberada de un hombre que había visto mucho en la vida, que sabía todo cuanto podía presentarse desde cualquier punto y que ya estaba en la edad madura. No esperando ganar nada sino sabiendo que lo perdería todo, después de examinarlo todo detenidamente, descendió de los peldaños del trono más elevado del mundo. Además, fue hecha cuando los hijos de Israel estaban en la más baja condición. Eran esclavos, sufrían aflicción y reproche. En lugar de palacio había choza; en lugar de lujo, duras condiciones y comida ordinaria; en lugar de respeto y honra, odio y desprecio; en lugar de los tesoros de Egipto, pobreza y necesidad; en lugar de la asociación con los eruditos y



aristocráticos, asociación con los ignorantes y depravados. Pero ninguna de estas cosas lo conmovieron; las contó como el polvo insignificante de la balanza. Con una resolución deliberada bajó la cerviz para recibir el yugo, aunque era áspero y pesado.

Finalmente, esta resolución de Moisés fue hecha cuando los placeres del pecado parecían más fascinantes. No se gana nada afirmando que no hay placeres en el pecado: los hay. El fruto prohibido es hermoso a los ojos y grato al paladar; los primeros pasos en el camino ancho se dan sobre una aterciopelada alfombra de flores. Hay notas dulces en el canto de las sirenas que arrebatan el corazón. La tentación no tendría fuerza ninguna si no fuera así. El estremecimiento del placer es el cebo en el que el enemigo de las almas esconde el anzuelo. Y Moisés no era insensible a todo esto; sin embargo, en el meridiano de su fuerza, en los primeros años de su virilidad, en una corte donde la continencia y la pureza deben de haber sido desconocidas, él renunció a todo eso.

Y por supuesto fue hecha de una manera decisiva. Muchos habrían tratado de retener la encumbrada posición, y favorecer a sus hermanos esclavizados al mismo tiempo, de practicar un culto exterior a Osiris, y lealtad de corazón a Jehová, de guardar buenas relaciones en la corte y también en el campo de los ladrilleros. Pero no había rastros de esto en la gran renuncia que separó a Moisés de toda asociación con las relaciones caras y fascinadoras de su juventud.

¿No hay ocasiones en la vida de todos nosotros cuando tenemos que dar un paso semejante? Tenemos que morir a mucho de lo que es agradable y atractivo a fin de levantarnos a nuestra verdadera vida. Tenemos que ser sepultados para dar fruto; mutilados, para entrar en la vida. Tenemos que poner a nuestro Isaac sobre el altar, para poder llegar a ser guía de los fieles, volvernos de la puerta de un alegre jardín, para seguir una senda mas oscura y pedregosa, renunciar lo que otros retienen sin reprensión, a causa de algún propósito noble que se ha hecho sentir en el alma, escoger el Getsemaní, el Calvario, el sepulcro, y el compañerismo con el Varón de Dolores, estar dispuestos a renunciar a amigos, riquezas, reputación y buen éxito, y a ser echados como un marinero náufrago, en alguna playa solitaria, a causa de alguna visión que nos llama. Los que han hecho alguno de estos sacrificios pueden entender, como no pueden hacerlo otros, la nobleza y grandeza de la elección de Moisés.

«Por fe Moisés rehusó...».

Ciertamente, la fe descansa en promesa. Para ella la promesa equivale al cumplimiento, puesto que si tan sólo tiene la primera, se atreve a contar lo segundo como si ya fuera suyo. Importa relativamente poco que la cosa prometida no sea dada; es segura y cierta porque Dios ha dado su palabra acerca de ella, y con anticipación se goza. Pesa las cosas que puede tocar contra aquellas que no son sino predichas, porque en su juicio éstas son tan reales como aquellas. Así sucedió con Moisés.

Así, Moisés creía en la promesa de Dios dada a Abraham, que después de cuatrocientos años de esclavitud, su pueblo saldría; y sabía que ese período casi había espirado. Acariciaba una creencia ferviente en la promesa hecha al pueblo escogido, de que de entre ellos mismos, el verdadero Libertador había de levantarse; una creencia vaga en el Mesías venidero, que, no obstante su vaguedad, la retenía. Creía que esperaba al pueblo escogido en el lejano futuro, un destino que sobrepasaría a toda la pompa y el esplendor del magnífico Faraón. Creía que les esperaba más allá de los límites de Egipto una remuneración más gloriosa que sus más grandes premios y honras. Evidentemente creía lo que esperaba que sus hermanos creyeran: que Dios los libraría por la mano de Él. Y fue esto lo que lo determinó.

De haber obrado sencillamente por lo que veía, nunca habría dejado el palacio de Faraón. Pero su fe le hablaba de cosas escondidas a sus contemporáneos; y éstas cambiaron su curso, y lo hicieron obrar de una manera que para ellos era incomprensible.

No simplemente cerró los ojos a las demandas de Egipto, y se fortaleció contra las amenazas de Faraón, aislándose como ciudadano, pues esto podía haber sido dictado por una política fuerte y sabia, sino que hizo lo que hizo porque vio por fe lo que ojo no había visto, ni oído escuchado, ni corazón concebido; y siendo estas cosas -aquellas riquezas y aquella remuneración- mucho mejor que todo lo que Egipto podía ofrecer, tomó contento la senda de aflicción, de abnegación y vituperio, que conducía a ellas.

¡Ve, hijo de Dios, lo que está a tu alcance, si tan sólo te atreves a negarte y tomar tu cruz! Envía los espías a la tierra de promisión. Sube las montañas deleitosas y pon el telescopio delante de tus ojos. Y cuando el lejano y extremo peso eterno de la gloria se presente a tu visión estarás preparado para contar todo lo demás que te había parecido era ganancia, como pérdida y escoria, e indigno de mencionarse en la comparación. ¿Es difícil la

renuncia? No te olvides de que Cristo está sufriendo contigo en toda ella. Sus pisadas pasan por ese camino. Es el «vituperio de Cristo», una pequeña fase de su largo padecimiento por los padecimientos de su pueblo. Conoce todos los pasos del camino, porque tantas veces lo ha transitado en su propia experiencia. No hay otro consuelo tan dulce para el alma angustiada como la mención perpetua de su querido Nombre, como si sintiera que en todas sus aflicciones Él está afligido, y que el Ángel de su presencia va a su lado.

¿Y quién puede estimar el resultado? El agua brota de la peña herida, la flor nace de la semilla muerta, el río cristalino fluye de la morena del ventisquero, el brillante oro emerge de la mina oscura y las llamas purificadoras. En definitiva, un éxodo y el nacimiento de una nación de hombres libres fueron el resultado de esta gran renuncia...

## Capítulo 4: Liberación por viva fuerza

Hubo verdadero heroísmo en el acto cuando Moisés bajó del trono de Faraón para participar de la suerte de sus hermanos. Podría haberse conformado con enviarles dinero de los tesoros de Egipto; pero era una cosa más grande y más noble darse a sí mismo. Y el verdadero instinto religioso de su alma resplandeció cuando él lo hizo. Hubo una revelación de la fe que había sido encendida en él cuando se arrodillaba al lado de su madre en su choza de esclavos, y había sobrevivido a todas las influencias de la corte egipcia, como una chispa de fuego viviendo entre los negros carbones.

Al mismo tiempo tenía mucho que aprender. En días posteriores había de conocer los caminos del Señor. Mejor dicho, Dios se los daría a conocer (véase Sal. 103:7-9); pero justamente ahora estaba lleno de sus propias ideas. En días posteriores había de ser una mano usada y fortalecida por Dios mismo (Sal. 77:20); pero ahora obraba con su propia energía: temerario, impetuoso, obstinado, ciñéndose y andando a donde quería. En días posteriores había de ser el más manso y menos importuno de los hombres, demasiado consciente de su propia debilidad, y a cada paso mirando arriba para pedir dirección y ayuda; pero ahora se apoyaba completamente en su propio entendimiento, y, sin tomar consejo con Dios, esperaba asegurar la emancipación de su pueblo por su propia voluntad, y el ejercicio de su poder.

Tenía material para ser un santo; pero habrían sido necesarios muchos y largos años de pruebas y una vida solitaria, antes de que esta naturaleza fuerte y obstinada hubiera sido vencida, transformada en un instrumento útil para el uso del maestro, y preparada para toda obra buena. La obra de Dios puede ser hecha sólo por los instrumentos escogidos por Él, y tienen que ser especialmente preparados para el servicio exigido de ellos. Aquella adaptación especial no es natural en ninguno de nosotros, y sólo puede venir después de años de profunda y escrutadora disciplina.

Su primer esfuerzo de liberación resultó en gran parte por la simpatía humana. Luego que llegó a Gosén su primer acto fue salir y ver a sus hermanos en medio de sus faenas, trabajando en las más difíciles condiciones. El hacer ladrillos en pozos de barro tiene era trabajo arduo, ¡pero cuánto más lo era cuando en Egipto el sol derramaba verticalmente sus

rayos sobre ellos, y un capataz estaba a su lado con un pesado látigo para castigar el menor esfuerzo de evitar el trabajo o escaparse del yugo! Imaginaos al cortesano cumplido, acostumbrado al lujo, al hombre erudito y de hechos poderosos, moviéndose en medio de estas largas filas de esclavos. Al principio debe haberle parecido muy extraño comprender que tenía parentesco tan cercano con estos hebreos que trabajaban, padecían y morían.

«Salió a visitar a sus hermanos».

Pronto sintió Moisés una intensa conmiseración; al oír a la nación gemir a causa de la servidumbre y suspirar por sus acumulados pesares, su alma se llenó de tierna compasión. Pero, a poco, aquella compasión se convirtió en indignación contra sus opresores. A pocos pasos vio a uno de los capataces azotando cruelmente a un hebreo; y al ver el terrible espectáculo, los pesados golpes cayendo sobre el cuerpo indefenso y tembloroso, ya no pudo refrenarse y arrojó al malvado muerto al suelo, y entonces se llevó su cuerpo y lo sepultó en las arenas más cercanas, que siempre avanzaban sobre las tierras más cultivadas de Egipto.

Fue un acto caballeresco, hecho con buena intención y, al menos, significativo de la fuerza de las emociones que lo llenaban; pero después de todo, el mero impulso de compasión nunca habría sido bastante fuerte para sostenerlo a través de los cansados años de la marcha por el desierto. Bajo las repetidas provocaciones del pueblo, se habría acabado. Nunca podría haberlos llevado como una nodriza en su seno, o rogado que fuese quitado su nombre del libro de la vida para que el de ellos permaneciera, ni habría abogado por Dios con ellos. Nada menos que una provisión de la paciencia Divina, internada en su alma como las olas del océano hallan paso en una playa profundamente cortada, podría bastar para las demandas que se le harían en aquellos terribles años venideros.

¿No hay una lección aquí para muchos de los obreros de Dios? No han aprendido a distinguir entre pasión y principio, entre impulso y propósito fijo. Si se relata alguna historia conmovedora, se hace una petición compasiva de ayuda, o si alguna gran congregación es arrollada por una ola de entusiasmo, son los primeros en cederse al impulso, en dar su servicio voluntariamente, en dar su dinero y arrojar en la brecha. Pero, después de todo, esto no es el motivo más alto para el servicio cristiano, y por cierto no es el más permanente. En poco tiempo se acaba, y nos deja sobre la playa como náufragos. Es mucho mejor sacrificar el impulso natural a favor del fuerte sentido de lo que es recto, y lo que Dios exige. Si emprendemos una

obra definida porque Él nos ha llamado a hacerlo, porque nos es propuesta como un deber por amor a Él, o por ser nosotros conductos por donde fluye la corriente invariable de su compasión, hemos alcanzado un principio de acción que nos sostendrá en medio de decepciones, fracasos e ingratitudes. La manera en que los hombres nos traten no nos importará, porque estaremos haciéndolo todo por Él.

Sin embargo, la señal que había de dar Dios para la liberación de su pueblo no iba a darse en cuarenta años. La iniquidad de los amorreos no había llegado a su colmo aunque estaba en el borde de la copa (Gn. 15:16). Su propia educación estaba muy incompleta; se necesitaban al menos cuarenta años para despojarlo de su voluntad propia y su dependencia de sí mismo, y hacerlo un vaso escogido para el uso del Maestro. El pueblo hebreo no había llegado todavía al grado de angustia a que se hace una referencia tan conmovedora cuando la muerte de su principal opresor parece haber producido en ellos una crisis, y abandonaron los dioses falsos a quienes habían dedicado sus vidas a fin de volver al Dios de sus padres (Éx. 2:23).

Todos sabemos algo de este apresuramiento. Hallamos muy difícil quedarnos quietos mientras nuestro gran Booz hace su trabajo (Rt. 3:18). Pensamos que el tiempo señalado para la salvación de Dios debía haber llegado mucho tiempo antes de que la hora sonara en el reloj. Como Saúl en presencia de la invasión de los Filisteos, suponemos que no podemos durar otra hora, y nos violentamos a ofrecer el holocausto; y nos inquietamos al ver la figura de Samuel acercándose lentamente por la senda montañosa, mientras las últimas chispas del fuego se extinguen, y oímos de sus labios la sentencia de destitución por nuestra impaciencia (véase 1 S. 13: 12, 14). Bien puede el Maestro decir de nosotros, como dijo en una ocasión a sus hermanos: «Mi tiempo no ha llegado todavía; mas vuestro tiempo siempre está listo» (Jn. 7:6).

¡Quisiéramos tener la gracia para esperar a Dios, aunque terror de grande oscuridad cayera sobre nosotros, y el sueño embargara nuestros ojos, y las canas de la vejez cubrieran nuestras cabezas! Un golpe dado cuando el tiempo es venido vale más que mil dados con ansiedad prematura. No es para ti, oh alma mía, saber los tiempos y las sazones que el Padre ha puesto en su propia potestad; en Dios solamente confía callada porque de Él depende tu esperanza; espera a las puertas de Jericó aún siete días: no pronuncies palabra hasta que Él diga «clama»; pero cuando Él dé la señal,

con un grito gozoso de triunfo pasarás sobre el muro derrumbado a la ciudad.

Era muy natural que supusiera Moisés que podía hacer algo para mejorar la suerte de su pueblo. Siempre había estado acostumbrado a hacer su propia voluntad. Multitud de servidores y cortesanos obsequiosos habían obedecido su más leve capricho. Con su propia diestra fuerte se había abierto una gran carrera. Consciente de que poseía grandes tesoros de energía juvenil y de fuerzas naturales que no habían sido utilizadas, y que seguramente no habían sido disminuidas por excesos físicos, creía que podía hacer algo digno. Haría que aquella nación de opresores se tambaleara ante sus golpes, y por supuesto sería aclamado por sus hermanos como su libertador enviado de Dios.

Fue una sorpresa ruda cuando, al siguiente día, al salir para continuar la tarea que se había impuesto, y procurar ajustar una diferencia entre dos hebreos, uno de ellos le dijo: «¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros?».

Nunca había esperado recibir una repulsa de uno de ellos. Pues suponía que sus hermanos hubieran de entender que Dios por mano de él les daría salvación; mas ellos no lo entendieron así. Evidentemente, pues el tiempo de Dios no había llegado; ni podía llegar hasta que el calor de su espíritu se hubiera evaporado lentamente con el aire del desierto, y hubiera aprendido la más difícil de las lecciones, la de que por fuerza propia no prevalecerá ninguno.

Hemos estado demasiado dispuestos a atribuir mucho del triunfo del éxodo a las cualidades naturales del gran líder; pero debemos acordarnos siempre de que, al principio, como la hueste de Gedeón, tenía demasiada fuerza propia para agrandar a Dios. Dios no puede dar su gloria a otro. No se atreve a confiar su poder a los hombres hasta que estén humillados, y despojados y conscientes de su impotencia. Aun el Hijo aprendió la obediencia por las cosas que sufrió, y descendió hasta la misma muerte clamando: «Mas yo soy gusano y no hombre», antes de poder decir: «Toda potestad me es dada en el Cielo y en la Tierra». El más eminente de los santos tenía que sufrir de una espina en la carne, para recordarle su debilidad; y confesó su gratitud por ello porque sólo siendo débil era fuerte.

Cuando el alma está hinchada con una sobrada confianza en su suficiencia, el poder de Dios no puede efectuar su entrada, o utilizar aquella alma como conducto para su obra. Es cuando estamos dispuestos a ser contados como gusanos, como cañas cascadas, como niños, como insensatos, débiles, bajos, menospreciados, como «cosas que no son», cuando llegamos a saber que somos medios para que obre en nosotros la fortaleza de su poder, que obró en Cristo cuando le levantó de entre los muertos. Tienes que dejar de confiar en ti mismo antes de que Dios pueda comenzar a usarte. Pero una vez que has llegado a ese punto, no hay límite a lo que pueda efectuarse en el transcurso de una sola vida por el hecho de pasar por ella su poder y Deidad eternos.

Moisés pensaba demasiado en el juicio de otros hombres. Se nos dice que miró a todas partes antes de herir al egipcio; y cuando supo que su acto de venganza se conocía, temió y huyó (véase Éx. 2:15). Pero suponiendo que hubiera sentido que había sido divinamente comisionado para ejecutar juicio sobre Egipto, suponiendo que hubiera comprendido que la presencia Divina estaba con él, ¿le habría importado quién lo veía o qué se decía? No habría sido posible esto. Fijando su vista en el movimiento de la nube divina, absorto en la única pasión de hacer la voluntad de Dios, seguro de que era inmortal hasta que hubiera acabado su obra, habría sido completamente indiferente a la aprobación de los hombres. Siempre que los hombres miran a todas partes para ver lo que otros hombres están haciendo o diciendo, podemos estar completamente seguros de que no saben el plan de su Maestro; están adelantándose a Él, y están obrando según el dictamen de su propia voluntad, aunque tal vez lo atribuyan al celo religioso.

No ha pisado este mundo sino un sólo Siervo perfecto de Dios. El nunca «miró a todas partes». Allá arriba en la cumbre de la comunión no alterada, recibió el plan de su vida, cuyos detalles cumplió diariamente, y Él fue el único que pudo decir: «El que me envió está conmigo; el Padre no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre las cosas que le agradan».

¡Quisiera Dios concedernos ojo sencillo, para que todo el cuerpo fuera lleno de luz!

La nueva del primer esfuerzo de Moisés llegó a oídos de Faraón y quiso matarlo. Pero Moisés temió y huyó de la presencia de Faraón. En otros años, bajo circunstancias semejantes se dice: «Dejó Egipto, no temiendo la ira del rey» (He. 11:27).



Y cuando nos preguntamos la razón de su valor, aprendemos que fue por fe que lo hizo así: «porque persistía como quien veía al que es Invisible». Pero si este fue el caso después, ¿por qué no fue así en el tiempo de que tratamos? ¿Por qué no ejercía fe en el Dios invisible? ¿Por qué no latía su corazón tranquilamente en la primera crisis como en la segunda? La razón es obvia.

La fe no es posible sino cuando estamos siguiendo el plan de Dios y confiando en su promesa. Es inútil pedir aumento de fe hasta que hayamos cumplido las condiciones de la fe. Es igualmente inútil gastar tiempo en remordimientos y lágrimas por los fracasos que se deben a nuestra incredulidad: «Jehová empero respondió a Josué: *¡Levántate! ¿Por qué estás postrado así sobre tu rostro?*».

La fe es tan natural a las condiciones rectas del alma, como lo es la flor a la planta. Y entre aquellas condiciones la primera es alimentarse con las promesas de Dios. Y cuando cada una de éstas está cumplida la fe viene por sí misma; y no hay absolutamente nada que sea imposible. El alma creyente puede hacerlo todo con Dios, porque está viajando por el camino señalado por Dios; en verdad es ella como los rieles a lo largo de los cuales Dios viene a los hombres en amor, gracia y verdad.

Pero Moisés no estaba en comunión con Dios; y por esto huyó y cruzó el desierto que estaba entre él y la frontera oriental; pasó por las gargantas de la península de Sinaí, a lo largo de las cuales en años posteriores había de conducir a su pueblo; y al fin se sentó cansado junto a un pozo en la tierra de Madián. Allí de repente se vio precisado a intervenir caballerosamente a favor de las hijas del sacerdote de Madián, que según parece tenían que soportar diariamente la insolencia de los pastores que se apropiaban el agua que las pastoras habían sacado para sus rebaños. Ese día, sin embargo, los patanes fueron reprendidos y obligados a dejar las artesas a las mujeres, las cuales llegaron a casa más temprano que de ordinario, para decir, con el entusiasmo de la juventud, cómo un egipcio las había librado de las manos de los pastores. Fue un hecho bueno que no podía pasar sin ser premiado en aquella tierra hospitalaria, y que abrió la puerta a la tienda del jeque. Y al fin vino el casamiento con una de aquellas pastoras; y más tarde la vida sosegada de un pastor en los espacios abiertos y tranquilos de aquella maravillosa tierra, que, en más de una ocasión ha servido como una escuela Divina.

Semejantes experiencias nos vienen a todos nosotros. Nos apresuramos, pensando en hacerlo todo a nuestra manera, damos unos cuantos golpes en vano, tenemos que soportar una cruel decepción, y retrocedemos... Acaso nos atemoriza la primera palabra de desaprobación humana. Huimos de las escenas de nuestro desconcierto para escondernos mortificados. Entonces estamos escondidos del orgullo del hombre, en el secreto de la presencia de Dios. Y allí se esclarece nuestra visión: el fango cae de la corriente de nuestra vida, así como del Ródano a su paso por las profundas aguas del lago de Ginebra; nuestra vida egoísta mengua, nuestro espíritu bebe del río de Dios, que tiene agua en abundancia, nuestra fe comienza a asirse de su brazo, y a ser el conducto para la manifestación de su poder; y así, al fin salimos para ser su mano que conduce un éxodo. Esto también procede de Jehová de los ejércitos, el cual es maravilloso en consejo y grande en sabiduría.

## Capítulo 5: El maravilloso coloquio

Un día memorable. Hay días en la vida de todos nosotros que vienen sin anunciarse; no nos miran rostros de ángeles del Cielo, ni voces angelicales nos amonestan, pero al mirarlas retrospectivamente en años posteriores, comprendemos que desde entonces nuestra existencia ha sido distinta. Tal vez deseamos volver a la monotonía de la vida que los precedió, pero el ángel, con la espada desenvainada, prohíbe nuestra vuelta, y exige que sigamos adelante. Así sucedió con Moisés...

Completamente ordinaria era aquella mañana cuando amaneció. El sol salió como siempre entre neblinas sobre la expansión de arena, o encima de los picos desnudos de las montañas, quebradas y cortadas en peñascos, y al avanzar el nuevo día, comenzó a brillar en un cielo sin nubes, arrojando largas sombras sobre las llanuras, y al llegar al cenit arrojó una luz escrutadora, ardiente, en cada abertura del panorama de abajo. Las ovejas pacían como de costumbre en la escasa hierba, o yacían jadeantes a la sombra de un gran peñasco; pero nada había en su actitud que sugiriera el pensamiento de que Dios estaba cercano.

Las formas gigantescas de las montañas, la expansión de los cielos, el asombroso silencio no interrumpido por cantos de pájaros o zumbidos de insectos, las acacias bajo el calor no mitigado con la sombra, estas cosas estaban como habían estado por cuarenta años, y como amenazaban estar después de haber caído Moisés en un sepulcro oscuro y olvidado. Entonces, de repente, un arbusto común comenzó a resplandecer con el emblema de la Deidad; y de su corazón de fuego la voz de Dios rompió el silencio de las edades con palabras que cayeron sobre el oído del pastor como un toque redoblado: «Moisés, Moisés».

Y desde ese momento, toda su vida cambió. La puerta que había tardado tanto tiempo en repararse, de repente fue puesta de nuevo sobre sus goznes y abierta. La pacífica quietud, la sosegada meditación, el retiro de la contienda de las lenguas, la sencilla piedad del hogar donde ministraba el sacerdote de Madián, y de donde Séfora salía con sus niños a darle la bienvenida, cuando traía el rebaño a su redil, de pronto se desvanecieron, como un trayecto de

tierra sumergido bajo el océano. Y salió, no sabiendo claramente a dónde; sabiendo solamente que no se atrevía a ser desobediente a la visión celestial, o a rehusar la voz de Aquel que le hablaba.

Aquella voz habla todavía a los que tienen el corazón preparado para oír. Por la carta escrita o la página impresa, por la hermosura de una vida santa, el encanto de alguna memoria preciosa, o la voz de algún maestro que vive, el Dios de las generaciones pasadas todavía da a conocer su voluntad al oído del ungido. No será nuestra vida tan satisfactoria hasta que comprendamos que Dios tiene un plan para cada hora en ella; y que espera revelar ese plan al corazón amante y vivo, dándolo a conocer por uno de los miles ministerios que están a nuestro derredor. Insensiblemente contraemos el hábito de pensar en Él como el Dios de los muertos, que habló a los padres por medio de oráculos y profetas; mientras que el «Yo soy» es Dios de los vivos: pasa por nuestros caminos atestados, cobijando nuestros lugares desiertos, y buscando corazones que estén suficientemente desocupados de sus propios planes y actividades para prestar atención. El punto principal para nosotros es poder contestar al llamamiento con las palabras: «Aquí estoy». Parecerá larga la espera tal vez, y tardó en venir el día tan deseado, de modo que el corazón desfallezca, oprimido con la multitud de los días ordinarios, perdiendo la esperanza; pero tu oportunidad vendrá al fin...

¡Estáte siempre listo! No dejes que tus lomos estén desceñidos, ni que se extingan las lámparas; nunca te arrojes perezosamente cuan largo eres, para beber del límpido riachuelo. A la hora que tú no esperas vendrá el señor. ¡Qué éxtasis poder contestar a su llamamiento con las palabras «aquí estoy»! Si aquella intimación se nos hiciera hoy, muchos de nosotros tendríamos que pedir un momento más para acabar alguna obligación descuidada. Quisiéramos tener el espíritu libre y desembarazado, enteramente sin trabas, para estar prontos a ir en cualquier momento a donde quiera que el Señor nos dirigiera.

De aquella zarza salió la voz de Dios, mezclando lo pasado, lo presente y lo futuro en una maravillosa declaración. A saber, lo pasado: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob».

*Lo presente:* «He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he escuchado su clamor a causa de sus exactores; porque conozco sus dolores, y he descendido para libertarle» (Éx. 3: 7 y 8).

*Y lo futuro:* «Ahora pues ven, y te enviaré a Faraón» (vs. 10).

Nos embargan pensamientos profundos y escrutadores que deben meditarse con suma seriedad, especialmente por los más ocupados obreros del Señor. Somos demasiado dados a correr antes de ser enviados, como hizo Moisés en sus primeros esfuerzos bien intencionados, pero prematuros. Por nuestra propia voluntad echamos mano a una obra que necesita hacerse, suplicamos a Dios que nos ayude y seguimos muy bien, impulsados por nuestra propia energía por un día al menos. Pero al día siguiente, cuando se suscitan quejas, reprensiones y dificultades, como sucedió con Moisés, nos decepcionamos, y dejamos la empresa, huyendo y escondiéndonos en el desierto.

¡Pero qué contraste a todo este esfuerzo ineficaz y triste desilusión se presenta a los que han aprendido a esperar a Dios! Cumplido el tiempo, lo oyen decir: «He bajado, y te enviaré; y desde ese momento ya no son promovedores, sino instrumentos, y agentes, mediante los cuales ejecuta sus planes».

¿Qué pues son las dificultades para ellos? Las ven venir sin ansiedad; las soportan sin temor. Dios debe haber visto todo antes de echar mano a la obra. Sin duda, Él conoce una senda para atravesar el desierto que parece ser intransitable. Sabe de una puerta que da paso a través de lo que parece ser una barrera inexpugnable de roca. De todos modos el alma escogida, sencillamente tiene que andar con Él; estar pronta para dar los recados que Él exige, ya sea que consistan en reprender monarcas, en levantar una vara o en hablar sus palabras. Esto es todo; y entonces estar queda para mirar con cuánta facilidad abre un paso a través del mar y da provisiones en el desierto.

En su entusiasmo juvenil, Moisés había tenido la impetuosidad de hacer el esfuerzo para emancipar a su pueblo con los golpes de su diestra. Pero ya que Dios le propone enviarlo para dirigir un éxodo, se sobrecoge de temor casi petrificado por la proposición. ¡Pero cuán natural es esto! El estudiante, como muchacho de escuela, cree que sabe todo cuanto puede aprenderse de cierto ramo de la ciencia; pero veinte años después, siente que no ha dominado sus elementos, aunque nunca ha cesado de estudiar. El creyente que comenzó llamándose el «menor de los santos» acaba llamándose el más grande de los pecadores. Y Moisés, que se había adelantado a Dios con febril impaciencia, ahora sigue tras Él, desfallecido de corazón.

Al principio contendió: «¿Quién soy yo, para que vaya a Faraón?».

Había aquí más que humildad; había un tono de desprecio de sí mismo, que era inconsecuente con una verdadera fe en la selección y elección de Dios. Seguramente le toca a Dios escoger sus instrumentos especiales; cuando estamos persuadidos de que estamos cumpliendo sus propósitos, no tenemos derecho para dudar de la sabiduría de sus mandatos, ni de dudar de su poder y voluntad para llenar todas nuestras necesidades: «Y dijo Dios: *Ve, porque Yo estaré contigo*».

En otras palabras: «Yo cuya gloria resplandece aquí, Yo que soy tan inalterable por el transcurso de las edades como lo es esta zarza por el fuego, Yo que no necesito sostenimiento ni combustible del hombre, Yo que hice de los padres lo que eran; cuya naturaleza es incapaz de cambio: Yo seré contigo».

¡Qué seguridad había aquí! Y todavía algo de esto se nos dice cuando somos llamados a emprender alguna cosa nueva. Hemos sido llamados a la comunión del Hijo de Dios: «El cual murió por nosotros».

Y esto para que en aquel día, estemos velando o durmiendo, vayamos a vivir juntamente con Él. Está con nosotros todos los días aun hasta el fin del siglo. Nunca nos dejará ni nos desampará. «No temas -parece decirnos-, Yo soy contigo; Yo que no cambio, y que sin Mí, ni un pajarillo cae al suelo. Ni una hora sin que Yo te acompañe; ninguna dificultad sin mi cooperación; ni un Mar Rojo sin mi diestra; ni una milla de viaje en el desierto sin el Ángel de mi presencia».

Nuestros días son muy distintos. A veces, al abrir la puerta, vemos el mundo inundado de luz; a veces, un cielo cubierto de negras nubes; luego funerales; entonces bodas; hay horas en que es un lujo vivir, y otras que pasan con pasos de plomo; pero nada puede separarnos de nuestro Divino compañero, nada, sino la congoja inútil o el pecado permitido.

En su siguiente excusa, Moisés declaró ser incapaz de responder si se le preguntaba el Nombre de Dios (vs. 13); y esto fue contrarrestado con la proclamación del Nombre que conmueve el espíritu: «Yo soy el que soy». Allí tenemos la unidad de Dios con exclusión de los muchos dioses de Egipto; la inmutabilidad de Dios que vive en un eterno presente; la suficiencia de Dios que no tiene equivalente.

Ningún otro término puede describirle; cuando has dicho lo más posible tienes que volver a éste: Dios es Dios.

El término Jehová no era del todo desconocido para Moisés, porque entraba en el nombre de su madre: Jocabed, que significa «Jehová mi gloria»; pero ahora por primera vez fue adoptado como el título único con que Dios había de ser conocido en Israel. Lentamente se introdujo en la fe del pueblo, y siempre que se emplea habla de la existencia de por sí y las cualidades redentoras de la naturaleza de Dios, y está encerrado para siempre en el Nombre precioso de nuestro Salvador, Jesús. Toda la vida subsecuente de Moisés y de Israel fue inspirada por este Nombre. En todas partes de su historia el pensamiento de lo que era, y lo que sería para ellos, sonaba como un repique de campanas.

Y para nosotros es de gran significación. «Éste -dijo Él- es mi Nombre para siempre, y este es mi memorial de siglo en siglo» (vs. 15).

Y cuando su plena significación se descubre a nuestra visión es como si Dios pusiera en nuestras manos un cheque, para que nosotros lo llenáramos a nuestro gusto. ¿Estamos en oscuridad? Añadamos a su «Yo soy» las palabras «la verdadera luz». ¿Estamos hambrientos? Usemos las palabras «el pan de vida». ¿Carecemos de defensa? Pronunciemos las palabras «el buen Pastor». ¿Estamos fatigados? Las palabras «Silo, el Dador de Descanso», nos ayudarán...

«Porque en Él reside toda la plenitud de la Deidad corporalmente; y vosotros estáis completos en Él» (Col. 2: 9 y 10).

La tercera excusa de Moisés fue que el pueblo no le creería, ni escucharía su voz (véase Éx. 4:1). Pero Dios contrarrestó esto también bondadosamente, mostrándole milagros que podía hacer en Egipto, y que le enseñarían lecciones profundas a él mismo: «¿*Qué es eso que tienes en tu mano?* Y él respondió: *Una vara*» (vs. 2).

Probablemente sólo era un cayado de pastor. Sin embargo, ¡qué historia había de tener! Había de ser extendida sobre el Mar Rojo, señalando un camino a través de sus profundidades, herir la dura peña, ganar la victoria sobre las huestes de Amalec, ser conocida como la vara de Dios. Y es que cuando Dios necesita un implemento para su servicio, no escoge el cetro de oro, sino el cayado de un pastor; la cosa más débil e insignificante que puede hallar -un cuerno de carnero, un pan de cebada, un aguijón de bueyes, un

cántaro de barro, una honda de pastor, un gusano para trillar las montañas y desmenuzar los collados como tamo-, ello es lo que emplea. Porque una vara en la mano de Dios es más poderosa que el ejército más grande.

Al mandato de Dios la vara fue echada al suelo y se hizo serpiente. En el culto egipcio la serpiente tenía un papel muy conspicuo. Y mientras se agitaba en el suelo y procuraba hacerle daño, de modo que huía de ella, era un emblema de la potencia de Egipto ante la cual se había hecho fugitivo. Pero cuando Dios dio su palabra, con cuánta facilidad vino a ser de nuevo una vara en su mano, al coger sin temor al animal venenoso por la cola. Así Dios quería instruir su fe. Si tan sólo se resolvía a obrar como le era mandado, Faraón y todos sus sacerdotes, y toda la fuerza del imperio egipcio serían igualmente sumisos.

La segunda señal fue aún más significativa. Su mano metida en el seno se hizo leprosa; y luego, pura y limpia. Fue como si Dios reconociera su conciencia de contaminación moral, y le enseñara que podía serle quitada tan fácilmente como su carne fue limpiada por su gracia perdonadora.

Y la tercera señal, en la cual fue prometido que el agua del Nilo vendría a ser sangre sobre la tierra seca, estaba llena de terrible amenaza para los dioses de ese país, cuyo pueblo dependía tan enteramente de su río, adorándolo como si fuera un dios.

Haremos bien en meditar en estas señales significativas. ¿No somos solamente como varas, y varas que antes eran serpientes? Sin embargo, Dios puede hacer grandes cosas por medio de nosotros si tan sólo estamos dispuestos a ser manejados por su mano. ¿Estamos contaminados con la lepra del pecado? No obstante, podemos ser como la mano metida en el seno hecha limpia y pura. ¿Son muchos nuestros enemigos? Son también enemigos de Él, absolutamente en su poder, para que los llene de confusión. La última excusa que presentó Moisés fue su falta de elocuencia: «¡Ah, Señor! Nunca he sido hombre elocuente, sino que soy torpe de boca y torpe de lengua» (vs. 10).

Probablemente como Oliverio Cromwell, no tenía muchas palabras. Pero Dios estaba dispuesto a contestar esto también, con su gracia y paciencia; y si tan sólo Moisés hubiera querido confiar en Él, es probable que hubiera añadido los dones de una oratoria persuasiva y espléndida a los otros talentos con que fue dotado tan abundantemente:



*«Le dijo Jehová: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién le hace mudo o sordo, dotado de vista o ciego? ¿Acaso no soy Yo Jehová? Ahora pues, ve, que Yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que has de decir» (vs. 11 y 12).*

Pero Moisés no quiso creerlo; de modo que al fin se encendió en contra de él la ira Divina y el Señor acabó la conferencia diciéndole que enviaría a Aarón con él para ser su colega y hablar por él. Habría sido mil veces mejor para él creer a Dios que ser depuesto así del primer lugar. Aarón hizo el becerro de oro, cometió pecado en Israel y vino a ser una espina en el costado del santo de Dios. Y probablemente a la vista de sus contemporáneos, Aarón recibió más atención y tuvo más de la honra y crédito de la gran liberación. Finalmente, respondió Moisés: «¡Ah Señor! envía te ruego por mano de aquel que has de enviar».

Era como si dijera: «Puesto que estás resuelto a enviarme, y tengo que emprender la misión, sea así; pero ojalá que hubieras escogido a otro, pues yo voy porque soy compelido a ello».

Con mucha frecuencia retrocedemos del sacrificio o de la obligación a que Dios nos llama; nos parece que vamos a la destrucción. Buscamos todas las razones para escapar de la voluntad Divina, comprendiendo poco que Él está forzándonos a salir del hogar sosegado a una carrera que incluye, entre otras cosas, el cántico de victoria sobre las playas del Mar Rojo, las dos solitarias estancias de cuarenta días de comunión con Dios, el rostro resplandeciente, la visión de gloria y la honra suprema de estar al lado del Señor en el Monte de la Transfiguración.

## Capítulo 6: A Egipto

El fuego se apagó en la zarza. La luz que sobrepujaba el resplandor del sol se extinguió. La voz calló; y Moisés miró a su alrededor las ovejas y las grandes montañas, con la admiración de un hombre que se despierta de un éxtasis. Había sido la hora suprema de su vida; para la cual todos los años previos habían estado preparándole y de la cual todos los futuros tomarían su fecha.

Lenta, pensativa, tal vez penosamente, Moisés se preparó para obedecer el mandato celestial. Reuniendo su rebaño, lo condujo desde la parte posterior del desierto, dejando su severa grandeza, sus espacios desocupados, su silencio intenso, a Madián, el sitio de su tribu, donde las voces e intereses humanos pudieran volver a sentirse: «Moisés entonces fue, y volvió a Jetro su suegro».

Casándose en la tribu de que Jetro era jeque, Moisés había tenido que adoptar aquellas antiguas costumbres que todavía prevalecen, invariables como el mundo de la naturaleza, entre los hijos montaraces del desierto. Una de estas costumbres exigía que cualquier miembro de la tribu tenía que pedir y obtener permiso antes de emprender un viaje largo, que implicara una larga ausencia del campamento. Este permiso Moisés lo buscó: «Iré, si te parece, y volveré a mis hermanos que están en Egipto, y veré si viven todavía».

Probablemente no dijera nada de la visión que había visto, ni de la misión que le había sido encargada; y fue una reserva noble. Conservamos la fuerza espiritual cuando nos detenemos de hablar de nuestras experiencias con el Señor. Por supuesto, a veces es necesario hablar de ellas, para explicar nuestras razones de obrar o para conducir a otras almas a las mismas experiencias; pero quita frescura y delicadeza a nuestra comunión íntima con Dios estar siempre hablando de ellas. No es la naturaleza del amor más profundo descubrir todos sus encarecimientos a los ojos no simpatizantes. Es mucho más importante que estos hombres vean y aprovechen los frutos de semejante compañerismo, y no que sean admitidos a estudiar sus secretos íntimos. Así fue que Moisés no hizo más que pedir permiso para partir por el camino por donde había venido cuarenta años antes.

Sin duda la súplica acarrió sorpresa y pena a toda la familia. Nunca sospecharon que aquel noble corazón anhelaba ver de nuevo la tierra donde sus parientes eran esclavos. Parecía haberse identificado tan completamente con ellos... Y su ida implicaría la de su esposa e hijos y la del niño que había nacido recientemente. Sin embargo, no se le puso obstáculo en su camino, y el permiso que pidió le fue concedido con la respuesta lacónica: «¡Véte en paz!».

Pero aun entonces se detuvo. Tan completamente habían hecho su obra los cuarenta años, que su espíritu impulsivo y arrojado se había moderado; y el que antes se había adelantado a Dios, comenzó ahora a quedarse atrás. No se apresuraba a irse. ¿Sería que recelaba del tumulto y el bullicio de aquellas ciudades atestadas de hombres activos? ¿Sería que había llegado a sentir el peso de los años, que le indisponían para hacer grandes esfuerzos? ¿Sería porque amaba el silencio de aquellas soledades desiertas, y el compañerismo de aquellas grandiosas montañas, y sentía separarse de ellas? ¿Sería que dudaba de la seguridad de su persona si se exponía al odio del rey y de la corte? No sabemos la razón; nuestro único punto es notar la maravillosa transformación que había sido efectuada en su vida interior, la deliberación, el señorío de sí, la reserva. Porque estas cualidades predominaban tanto, que fue necesario que Dios volviera a mandarle: «Jehová también había dicho a Moisés en Madián: *Anda, vuelve a Egipto; que ya han muerto todos los hombres que buscaban tu vida*».

Movido por este segundo mandato, como lo había sido Abraham con la segunda orden -que le vino a él también-, cuando había muerto Tera, Moisés se preparó para marcharse a Egipto. Fue una cabalgata muy sencilla, y nos recuerda otra, semejante en su humildad, aunque siglos después, que fue destinada a viajar a través de una parte de ese mismo desierto hacia el mismo país. Moisés, empero, iba como el siervo que era fiel en toda su casa; pero el infante a quien María llevaba era el Hijo que había construido la casa, y venía para vivir en ella para siempre.

Imaginemos, pues, aquella partida. Séfora sentada sobre el asno, tal vez teniendo en su regazo un niño recién nacido, mientras el marido y padre caminaba a su lado. Y en su mano estaba la vara sagrada -que no era sino un cayado de pastor, pero que era ahora la vara de Dios-, destinada a ser empleada para efectuar hechos de poder trascendental, y recordándole siempre lo que pueden hacer las cosas débiles cuando son manejadas por manos fuertes.

Tres cosas sucedieron en aquel viaje...

En primer lugar, otra revelación: «Y dijo Jehová a Moisés...» (vs. 21). Y siguió un maravilloso epítome de los acontecimientos que habían de suceder dentro de pocos meses después, desde la conversión del agua en sangre, hasta la muerte del primogénito.

Esto está en armonía con uno de los más grandes principios en el reino moral y espiritual. Sólo aprendemos cuando procuramos obedecer. Se nos da luz para saber el próximo paso que debemos dar; justamente la suficiente luz, y nada más; un rayo de luz rodeado de oscuridad, cayendo como un débil círculo sobre nuestra senda. ¿Daremos ese paso? Vacilamos, porque no podemos ver el de más allá, y luego el siguiente; o porque dejamos de ver la razón, y no estamos satisfechos de obrar sobre la convicción de un deber conocido; o porque recelamos de la terrible pena que amenaza anonadarnos y hacer desfallecer el corazón. Pero mientras rehusamos obrar, aquella luz no puede aumentarse, sino que inevitablemente comienza a menguar. La obediencia es la única condición de su aumento, y aun, de su mantenimiento.

Puede ser que estés envuelto en una oscuridad como la que envolvió al rey Saúl hacia el fin de su agitado reinado, cuando el Señor no le contestaba, «ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas». Hace mucho que oíste su voz, o viste su rostro. Pero así como sucedió a Saúl, así te ha sucedido: la desobediencia es la causa. Has dejado de obedecer los mandamientos Divinos; has desobedecido la palabra clara del Señor. Y nunca volverás al círculo ferviente y bendito de su presencia manifiesta, donde se ve su sonrisa y se oye su voz, hasta que hayas vuelto al lugar donde dejaste caer el hilo de la obediencia, y, tomándolo de donde lo dejaste, hagas lo que sabes es la palabra y la voluntad de Dios. Entonces cuando comiences a obedecer, la voz de Dios te saludará de nuevo con el antiguo tono familiar.

En segundo lugar, hubo un rito Preparatorio. Parece que en la posada Moisés fuese atacado por una enfermedad repentina y peligrosa, y estuvo a punto de morir. ¡Qué visión tan extraña y terrible, que el que había sido destinado a ser el libertador de Israel muriese en medio de la batahola y confusión de un khan oriental! Cancelado su llamamiento, vuelta su esposa a su pueblo, ya viuda, sus hijos huérfanos, su pueblo no emancipado. Pero en medio de aquella hora de horror, la conciencia hizo su obra tranquilamente, y escudriñó los secretos de su corazón con su antorcha encendida. ¡Con cuánta frecuencia hemos experimentado semejante trato de manos del Señor!

Hemos pasado la noche en un baño de fuego; hemos sufrido casi hasta volvernos locos; hemos bajado a las profundidades del océano del dolor: y al levantar nuestros cansados ojos a Dios, y preguntar la razón de disciplina tan estricta, Él nos ha contestado haciéndonos recordar algún pecado secreto o deber descuidado.

Parece que por algún motivo Moisés había descuidado el rito de la circuncisión en uno de sus niños, tal vez en el recién nacido. Puede ser que fuera por la aversión de Séfora. Moisés le permitió obrar según su gusto; pero, como cabeza de la casa, era responsable de esta omisión. No podemos librarnos de las responsabilidades puestas sobre nuestros hombros, por Dios mismo. El esposo no debe dejarlas sobre la esposa, ni la esposa quitarlas del esposo. Y mientras parecía estar suspendido entre la vida y la muerte, se le recordó esto, y fue obligado a insistir en que el rito se efectuara. Era relativamente una cosa trivial, insignificante a la vista de los hombres; sin embargo, no hay cosas triviales en conexión con los tratos del hombre con Dios.

Grandes principios están envueltos en actos muy insignificantes, así como grandes puentes se revuelven en pivotes muy pequeños. A veces el egoísmo está más atrincherado en una cosa pequeña que en una grande. Y así se le hace esperar en el umbral de la gran empresa de su vida, porque este rito de la circuncisión no había sido administrado a un recién nacido. Podemos estar conscientes de haber sido enviados a hacer una gran obra por Dios y, sin embargo, estar rehusando cumplir con un pequeño deber, y la desobediencia aquí impedirá nuestro progreso, como la piedra en el zapato del caminante. Nunca podremos aprender demasiado bien la lección, de que nuestra manera de obrar en los actos ordinarios de la vida está decidiendo nuestro destino. Lo que seamos en ellos afectará todo nuestro futuro, haciéndonos ya los emancipadores de nuestro pueblo, o ya cadáveres que se emblaquecen en las arenas del desierto.

Hay un pasaje notable en uno de los profetas menores en el que Dios dice: «A vosotros solos he conocido de entre todas las parentelas de la Tierra; por tanto os castigaré por todas vuestras iniquidades» (Am. 3:2).

Mientras más caros seamos a Dios, más cuidado pondrá en corregirnos. Mientras más cualidades idóneas para dar fruto poseamos, más cumplidamente seremos podados. Los metales más finos, más raros, son expuestos al calor más intenso. Y fue porque Moisés había de ser usado tan

eminentemente por lo que fue sometido a la disciplina más estricta de Dios. ¡Anímate hijo de Dios que sufres! Dios castiga porque ama, y está para usarte. Pon cuidado en cerciorarte de las cosas malas que le contristan, y abandónalas; o si te parece imposible separarlas de tu vida, suplica al Sacerdote, que te las corte, porque, aunque tocado con nuestro dolor, Él tiene una espada aguda de dos filos que penetra hasta el mero límite entre alma y espíritu. Entonces Dios quitará su mano castigadora: «Y Jehová le soltó».

La manifestación de incompatibilidad manifestada por Séfora, cuando había cumplido con el rito, parece haber hecho a Moisés sentir que no sería prudente llevarla consigo; y, bien considerado, le parecía mejor que se quedara sosegadamente con su propio pueblo, hasta que fuera consumado el acto de liberación. Y esto era más fácil puesto que Dios le había dicho que conduciría al pueblo por aquellos mismos desiertos en camino para Canaán (véase Éx. 3:12). Y sucedió según su fe porque en la narración subsecuente hallamos esta noticia: «Vino pues Jetro suegro de Moisés con los hijos y la mujer de éste, a Moisés en el desierto, donde había acampado junto al Monte de Dios» (Éx. 18:5).

No debemos seguir siempre este ejemplo de deshacernos de los vínculos de la familia para hacer la obra de Dios. Al mismo tiempo, el hombre debe siempre adelantar firmemente, siguiendo el plan señalado para su vida, no dirigido por los miembros de su hogar, sino llevándolos a ellos consigo mismo en una obra común. Las circunstancias deben ser muy excepcionales cuando afectan los círculos íntimos del hogar; pero cuando tales circunstancias se presentan, serán tan evidentemente indicadas por la presencia de Dios, que no acarrearán reproche sobre el carácter de sus siervos.

Finalmente, hubo una alianza fraternal. A saber, recobrado de su enfermedad, pero solo, Moisés, habiendo devuelto a su mujer e hijos, emprendió de nuevo su viaje, desfilando entre aquellas gargantas de piedra arenisca, por donde había pasado hacía cuarenta años. ¡Pero cuán distinto parecía ya todo! Él mismo era diferente. Ya no era un hombre decepcionado, irritado por el sentido de un fracaso reciente; sino fuerte en el Señor, y en el poder de su fortaleza, consciente de una gran misión, y de la presencia de un ángel a su lado que sería su compañero en toda dificultad.

Y sabía que la misma potencia que lo hacía avanzar, traía hacia él a un hermano que no había visto por cuarenta años. ¡Cómo latían los corazones de ambos, con el pensamiento de verse de nuevo! ¡Cuán ansiosamente cada uno se apresuraría en su camino! ¡Con cuánto anhelo miraría cada uno la figura del otro en lontananza! Y, finalmente, Dios arregló de modo que se encontraron en el Monte de Dios, donde había ardido la zarza, y la voz de Dios había llamado a Moisés de pastorear un rebaño para ser hecho el pastor de una hueste. Entonces, ¡qué saludos! «Y le besó».

Qué intercambio de confidencias: «Y Moisés hizo presente a Aarón todas las palabras que Jehová le había enviado a decir». ¡Cuántas preguntas haría él, de los seres a quienes había amado!

Así nos encontraremos nosotros. Dios sabe dónde está nuestro Aarón, el alma gemela que necesitamos tener a nuestro lado para el cumplimiento de la obra de nuestra vida. Puede ser que esté muy lejos. Pero está acercándolo a nosotros, y nosotros a él. Se va Séfora, pero viene Aarón. Y no dejaremos de encontrarlo puesto que Él es el Guía. Vivamos en su providencia y amor; y finalmente todo lo arreglará, de modo que nos encontremos en el Monte de Dios, en algún sitio consagrado, en algún lugar adecuado para pláticas santas, en algún bendito retiro escogido por Él mismo. Y el abrazo, el gozo, el beso de bienvenida, nos harán olvidar, en el éxtasis, los cuarenta años de destierro, soledad y pesar.

## Capítulo 7: Fracaso y decepción

En intercambio afectuoso de pensamiento, los nobles y venerables hermanos llegaron a Egipto; y en obediencia al mandato Divino citaron a los ancianos de Israel a una conferencia, en la cual habían de presentar sus credenciales y anunciar el mensaje Divino que les había sido confiado.

La entrevista con los ancianos debió haber sido una reunión muy notable, tal vez la primera de su clase que se tuviera jamás. Nunca antes había esta nación oprimida tenido el valor de dar semejante paso, el primero en verdad, hacia la autonomía nacional. No se nos dice si hubo alguna inclinación de parte de estos ancianos, quienes eran probablemente las cabezas de las familias y tribus hebreas, a dudar del derecho de los hermanos para convocarlos. Con toda probabilidad, tuvieron muchísimo gusto en olvidar todas las pretensiones anteriores y egoístas, en un esfuerzo unido a favor de su pueblo; y probablemente se relataban muchas historias de la vida y los hechos de Moisés, antes de su expatriación extraña y repentina, que los predisponían a obedecer su llamamiento y a reunirse en algún lugar conveniente dentro del territorio señalado para su habitación.

Cuando todos se habían reunido, Aarón relató de parte de Moisés, que probablemente estuvo a su lado sin decir palabra, las grandiosas palabras habladas desde la zarza (véase Éx. 3:16-22). No sabemos cómo fueron recibidas. Tal vez el temor de Moisés que expresó a Dios -«ellos no me creerán, ni escucharán mi voz, porque dirán, no te ha aparecido Jehová»- fuera en parte realizado. Puede ser que los largos años de esclavitud hubieran extinguido sus esperanzas y avasallado sus espíritus al grado de no poder comprender que la hora de la liberación había llegado. Así como los que estaban en la casa de María no pudieron comprender que Pedro, por cuya liberación habían estado rogando realmente, estuviera a la puerta, así les era casi imposible creer a ellos que los días de su esclavitud ya tocaban a su fin, y que las manecillas del reloj de su destino al fin señalaban la hora de su emancipación.

En este trance los hermanos probablemente dieron las señales con que Dios los había provisto: la vara cambiada en serpiente, la mano leprosa vuelta natural y sana, el agua del río convertida en sangre al ser vertida en la tierra



(véase Éx. 4:2-9). Estas produjeron convicción; y desde aquella reunión la nueva se extendió a todos los de la nación, murmurada de choza en choza, narrada a media voz entre los esclavos en las ladrilleras: «Y creyó el pueblo; y oyendo que Jehová había visitado a los hijos de Israel, y que había mirado su aflicción, inclinaron la cabeza y adoraron» (vs. 31).

La siguiente cosa que debían hacer los hermanos era ir a Faraón, con la demanda de que dejara al pueblo ir a tener una fiesta en el desierto. Esto se hizo en conformidad con la dirección Divina (véase Éx. 3:18); y además de esto era una súplica razonable. Un pueblo tan melindroso como lo eran los egipcios, bien podía entender que Israel prefería observar sus ritos donde no pudiera ser mirado por los extranjeros, ni sufrir el contagio del culto religioso, predominante en su derredor. Además de eso, era como pedir un breve descanso, después de un término ininterrumpido de trabajo incesante. No se manifestó todo lo que ellos deseaban; pero siendo que era una conclusión entendida que Faraón no concedería nada, se puso todo cuidado en privarle de la excusa de que sus demandas eran exageradas.

Fue probablemente en el auditorio de un espléndido palacio, donde el augusto Faraón recibía diputaciones y embajadas, donde lo vieron. ¡Cuán mezclados estarían los sentimientos de Moisés al entrar como suplicante en aquellos recintos donde había tenido un papel tan conspicuo en aquellos años lejanos! Entonces Aarón y él hablaron las palabras, que repercutieron como un trueno en el auditorio: «Así dice Jehová, el Dios de Israel: *Deja ir a mi pueblo, para que ellos me celebren una fiesta solemne en el desierto*».

Para poder apreciar la audacia de la demanda, debemos recordar el poder y autoridad no refrenados que se arrogaban los monarcas egipcios. Cada Faraón era el hijo del Sol. Se le pintaba como el mimado de los dioses y sentado con ellos en los santuarios de sus templos para recibir culto igual al de ellos. «Por la vida de Faraón», era el juramento supremo. Sin Faraón, no podía ningún hombre levantar mano ni pie en toda la tierra de Egipto. Para él era el gran Egipto. Para él todos los demás hombres vivían, sufrían y morían. Para él el gran Nilo fluía de fuentes desconocidas para fertilizar el suelo. Para él grandes ejércitos de sacerdotes, magos y cortesanos, trabajaban y ministraban.

Desde su alto trono veía las miserables multitudes de pueblos sojuzgados, indiferente a sus miserias. ¡Qué eran sus lágrimas y gemidos y el lamento de su esclavitud, sino un sacrificio alto para ser ofrecido a su exaltada majestad!

Por añadidura, aquel monarca había recientemente, por medio de sus generales, alcanzado ciertas grandes victorias; y estos éxitos habían aumentado con mucho, su arrogante orgullo. De modo que fue con un acceso de menosprecio altanero como contestó la demanda divina: «¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? No conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel».

El punto de la respuesta se halla en la palabra obedecer. Faraón vio que estos hombres no se le presentaron con una súplica sino con un mandato de Uno de más autoridad que él mismo. Esto lo hirió en lo más vivo. El también era dios. ¡Quién era este otro Dios, más fuerte que él, que osaba expedir semejante orden! ¡Un Dios cuya existencia había ignorado hasta ese momento! ¡El Dios de una tribu de esclavos! ¡Cómo osaban ellos hablar de su mezquina Deidad en presencia de él, y en medio de sacerdotes, cortesanos y altos oficiales de estado!

Los hermanos contestaron esta exclamación reiterando su mensaje, diciendo cómo el Dios de los hebreos los había encontrado; y suplicando, en un tono más grave, que se les permitiese hacer lo que Él les había exigido. Pero el rey rehusó creer que su súplica era genuina; e insistió en mirar todo el negocio como un deseo de escaparse de sus faenas, y como un pretexto para la ociosidad. Volviéndose bruscamente hacia los dos hermanos, los acusó de interrumpir los trabajos de su pueblo, y los mandó que se fuesen a sus propias tareas en la ladrillera: «¿Por qué, oh Moisés y Aarón, hacéis desistir al pueblo de su obra? ¡Id a vuestras cargas!».

¡Qué amargo vituperio había en las últimas palabras! ¡Cómo se plegó el labio real al pronunciarlo! ¡Ya había comenzado a endurecerse su corazón! Y así se acabó la audiencia, y los hermanos pasaron por los corredores atestados de gente oyendo la risa burlesca de la corte. Una escena muy diferente había de ser vista allí, unos pocos meses después, cuando llegara la nueva de la derrota del monarca en el Mar Rojo, la última etapa del conflicto entre él y el Dios de los hebreos, cuyo nombre había oído ese día por primera vez. Ese mismo día fue promulgada una nueva orden de palacio, emanada del Faraón mismo, a los sobrestantes del pueblo. Y probablemente antes de que cayera la tarde, la orden ominosa de los sobrestantes había pasado a los capataces, que estaban puestos sobre sus compañeros los hebreos, y por esto eran responsables de que se entregara diariamente cierto número de ladrillos, de que no habían de esperar ya más paja, aunque la tarea diaria tenía que cumplirse:

«Esto dice Faraón: *No os daré paja; id vosotros mismos a coger la paja en dondequiera que la halléis; pero no se rebajará nada de vuestro trabajo*».

Entonces siguió un tiempo de terrible angustia. Los capataces nombraron algunos hombres para que se esparcieran sobre el país a recoger paja en dondequiera que la hallaran, y para que lo hicieran con toda prisa. Y entre tanto, apresuraban a los demás del pueblo para que compensaran la ausencia de los que recogían la paja, con redoblada energía. Cada nervio fue puesto en su máxima tensión. Desde al amanecer hasta que se acababa el último rayo de luz, toda la nación procuraba hacer lo imposible bajo el sol abrasador, y sin detenerse ni por un momento. Y sin embargo, al contarse los ladrillos, inevitablemente faltaban en la cuenta. En vano los capataces los apremiaban, diciéndoles: «Acabad vuestra obra, la tarea de cada día en su día, como cuando había paja».

En vano eran golpeados los oficiales de los hijos de Israel a quienes los sobrestantes habían puesto sobre ellos, al grado de poder acarrearles la muerte. Era como si toda una tripulación, desnuda hasta la cintura, trabajara para echar fuera el agua que se introducía a la embarcación, y no pudieran sacarla tan pronto como entrara, la línea del agua no bajara, y al fin fuera preferible ahogarse a sufrir la agonía de la ansiedad.

Al fin, ya no pudieron soportar y resolvieron apelar personalmente a Faraón: «Entonces entraron los capataces de los hijos de Israel, y clamaron a Faraón» (Éx. 5:15).

Fue un día amargo para los dos hermanos cuando el pueblo tomó el asunto en sus propias manos, y, sin valerse de ellos como intermediarios, fueron directamente al rey para suplicarle que los devolviera al punto donde estaban antes de aquella intervención bien intencionada aunque desastrosa. Pero evidentemente era mejor que Moisés y Aarón esperaran fuera del palacio para saber el resultado de la entrevista (vs. 20).

El resultado fue lo que era de esperarse, el rey no quiso escuchar la apelación que se le hacía: «Él respondió: *Estáis ociosos, sí, ociosos; por eso seguís diciendo: ‘¡Vayamos a ofrecer sacrificios a Jehová!’.* Ahora pues trabajad, que no se os dará paja; mas habéis de entregar la cuenta de los ladrillos» (vs. 17 y 18).

Puede ser que volviera a referirse con sarcasmo a las «palabras mentirosas», en que los hermanos los habían hecho esperar (véase vs. 9). Y así salieron de Faraón, sufriendo hasta no poder más, recelando de la lenta muerte de extenuación y azotes que aparentemente había de padecer toda su nación; y viendo a Moisés y a Aarón allí, derramaron sobre ellos toda la amargura de su espíritu. ¿Qué triste sería para ellos oír de aquellos labios los más amargos reproches que pudieran expresar, cortándolos como cuchillos, ellos que gozosamente habrían dado su vida para aliviar las circunstancias de las cuales brotaban? «Jehová os mire, y juzgue, porque nos habéis hecho odiosos a Faraón y a sus siervos, con el fin de poner espada en mano de ellos para matarnos».

Mirando nosotros la escena podemos entender, hasta cierto punto, la razón de todo. Dios puede hacernos pasar por pruebas como esta, a causa del resultado a que conducen. Era necesario que Moisés, Aarón y los hebreos llegaran a ver que su causa era desesperada, y que ninguna apelación, razonamiento o reconvención podían cambiarla. Era necesario que los líderes perdiesen fe en la lealtad entusiasta del pueblo, a fin de que se apoyaran solamente en el brazo del Dios vivo, y se aventuraran dependiendo solamente de Él. Era necesario que el pueblo viera que no podía mejorar su condición por ningún esfuerzo propio. Sí, y desde entonces sus pensamientos se dirigirían más allá de los líderes, que fueron desacreditados en su primer esfuerzo a la mano y al corazón del Todopoderoso. «Entonces volvióse Moisés a Jehová y dijo: *Señor, ¿por qué has hecho mal a este pueblo? ¿A qué intento me has enviado?»* (vs. 22).

No hay otra ayuda para nosotros cuando pasamos por tan severa disciplina; y el hombre que no puede acudir a esa ayuda, realmente merece ser compadecido. Cuando vemos nuestras esperanzas frustradas, contrariados nuestros planes, nuestros esfuerzos haciendo más mal que bien, al mismo tiempo que somos desacreditados y culpados, perseguidos con los vituperios y el odio de aquellos por quienes teníamos voluntad de sacrificar nuestra vida, puede ser que conservemos una calma exterior, pero ocultemos un corazón despedazado, y la parte más noble de nosotros se marchitará, como trigo chamuscado por un viento oriental, a menos que podamos derramar toda nuestra queja delante de Dios.

La agonía del alma por la cual pasó Moisés debe haber sido como la muerte. Murió a la estimación de sí mismo, a sus castillos en el aire, a su orgullo en sus milagros, al entusiasmo de su pueblo, a todo lo que es amado de un líder

popular. Mientras yacía allí sólo en el suelo delante de Dios, deseando estar de nuevo en Madián, y pensando que había sido tratado duramente, estaba como un grano de trigo que cae al suelo para morir, para ya no quedar solo sino para llevar mucho fruto.

¡Pero morir no es trabajo agradable! No es fácil ni placentero abandonar los planes propios, cesar de nuestras propias obras, renunciar la reputación propia, ser menospreciado e insultado por los mismos esclavos que quisiera uno salvar. ¿Qué grano de trigo se deleita en que su vaina impermeable sea quitada rudamente, sus elementos desintegrados, su corazón devorado, mientras yace impotente, expuesto a las fuerzas de la tierra, en el frío, húmedo y negro suelo? Y sin embargo, esta es la condición necesaria que tiene que cumplirse antes de que pueda levantar en el delgado tallo, como una mano elevando al sol, treinta, sesenta, o cien granos como él mismo: «Lo que tú siembras no es vivificado si antes no muere (...) mas si muere lleva mucho fruto». Es una lección para todos nosotros. Dios tiene que abatirnos antes que pueda levantarnos. Vaciar es antes que llenar. Tenemos que perder toda confianza en nosotros mismos antes que pueda comenzar su obra en nosotros. ¡Pero qué buen comienzo hace!

«Jehová empero respondió a Moisés: *Ahora verás lo que voy a hacer a Faraón; porque forzado por mano potente, él mismo os enviará, y compelido por mano fuerte, os echará de su tierra*» (Éx. 6:1). Y oyendo estas palabras de ánimo y promesa, debe haber olvidado las miradas torvas y las palabras amargas del pueblo, y levantándose a un nuevo mundo de gozosa expectativa. La liberación era segura, aunque había aprendido que no dependía de nada que él pudiera hacer, sino de aquel Dios todo suficiente, quien se había anunciado como el «Yo soy».

Y de toda la historia viene a nosotros esta lección: no debemos suponer que las dificultades que afrontamos indican que no estamos en el camino de Dios, y haciendo su obra. En verdad, generalmente sucede lo contrario. Si tenemos voluntad de andar con Dios, Él probará la sinceridad y el temple de nuestra alma; hará que los hombres cabalguen sobre nuestra cabeza. Nos hará pasar por fuego y por agua; pero después de todo nos llevará a un gran lugar y nos dará lo mismo en que hemos sido enseñados a poner nuestro corazón. Las playas orientales del Mar Rojo con su cántico de victoria borrarían de la memoria aquellas amargas decepciones, aquellos duros reproches, aquellas horas de angustia solitaria.

## Capítulo 8: El amor de Dios en las primeras cuatro plagas

En su desesperación, Moisés había apelado a Dios, diciéndole la historia de su fracaso y vergüenza: «¿Por qué has hecho mal a este pueblo? A qué intento me has enviado?».

Pero su Amigo fuerte y fiel, que conocía su hechura y se acordaba de que era polvo, no lo reconvino ni lo reprendió: «¿Jehová empero respondió a Moisés: *Ahora verás lo que Yo voy a hacer a Faraón*».

El énfasis está en las palabras «empero», «ahora» y «Yo». A saber, «empero» cuando había llegado al punto mínimo de confianza en sí mismo, «ahora», puesto que todo esfuerzo humano había sido en vano, y «Yo» quiere decir que el Señor existente de por Sí, y siempre glorioso, no dará su gloria a otro. Por amor a nosotros es celoso de su honra. Por esto es que nos hace humillarnos hasta el polvo, nos vacía del orgullo humano, divide con su espada aguda de dos filos la energía de nuestra vida espiritual y la energía Divina de la suya. Sólo cuando esto está completo, y hemos bebido hasta las heces la amarga copa de la desesperación propia, entra, diciendo en realidad: «Hijo de mi amor, retírate; acállate como un niño destetado de su madre, y verás lo que haré. Yo no te necesito sino como el vehículo y la expresión del propósito que he formado en mi corazón, y que estoy preparado para ejecutar con mi fuerte brazo».

El tiempo de depresión con el desanimado siervo de Dios es siempre un tiempo de promesa. Entonces Dios toma un nuevo Nombre (Éx. 6:3); entonces deja columbrar la significación de su modo de obrar en el pasado (vs. 4), y revela la simpatía de su corazón que puede descubrir gemidos inarticulados (vs. 5); luego, puesto que no puede jurar por otro, promete, dando una garantía séptupla (vs. 6-8). Si hay algún alma entre mis lectores que está oprimida bajo la esclavitud que abate hasta el polvo todas sus energías, que el tal reciba en su corazón las promesas repetidas de Jehová en este collar maravilloso de declaraciones Divinas, que son *Sí* y *Amén* en Cristo Jesús, aplicables en todas las circunstancias, paralelas a todas las edades, inmutables y eternas como lo es la naturaleza de Jehová que las dio:

«Os sacaré (...) Os libertaré (...) Os redimiré (...) Os tomaré (...) Yo seré vuestro Dios (...) Os traeré a la tierra (...) Os la daré».

Y nótese que este grupo de promesas está contenido entre dos paréntesis, que ofrecen para garantía de su cumplimiento la misma naturaleza de Dios: «Yo soy Jehová» (vs. 6, 8).

Dios siempre vincula la obediencia y la promesa. El cumplimiento de su voluntad debe suceder al llamado de su voz. La promesa se da para estimular la acción. Oímos a fin de que pasemos a otros las palabras que han conmovido nuestro espíritu; y por esto sucedió que Moisés recibió de nuevo la comisión de hablar, primero a los hijos de Israel, y después a Faraón, rey de Egipto. Debe haber sido un día muy memorable aquel en que fue comisionado de nuevo en la tierra de Egipto, como había sido comisionado antes en el desierto de Sinaí (véase Éx. 6:28).

¿Acaso se le había ocurrido que aquella visión y aquella voz eran inseparables de la soledad de aquellas tierras poco frecuentadas, y del silencio de aquellas eternas montañas, y que lo que era posible allí no podría tener parte correspondiente en medio del bullicio de la vida egipcia y de los antiguos monumentos de la idolatría? Si fue así, la sugestión fue contestada desde luego por aquella voz que le habló en Egipto mismo. ¡Oh!, almas de los hombres, Dios habla no sólo en la quietud de la vida del ermitaño, sino en medio de la vida activa y el ruido de las multitudes.

Se necesitaba valor extraordinario para que los dos hermanos pudieran seguir en este ministerio; su pueblo estaba demasiado quebrantado con la angustia del espíritu y la esperanza frustrada para poner mucha atención en lo que se decía, especialmente cuando era dicho por un hombre que había sido la causa del aumento de sus cargas; y en cuanto a Faraón, era ocioso suponer que fuese conmovido por labios que no tenían poder para influir en los oídos de los hebreos: «Mas respondió Moisés en la presencia de Jehová, diciendo: *He aquí que los hijos de Israel no me oyen; ¿cómo pues me oirá Faraón, a mí que soy de labios incircuncisos?*» (Éx. 6:12).

Pero no era tiempo de discutir. No había duda en cuanto a su deber, no debía haber vacilación en cuanto a su obediencia. Al principio de la entrevista, Faraón, como era de esperarse, pidió sus credenciales, que presentaron como Dios les Había mandado. Pero la evidencia fue neutralizada por los magos que los imitaron, ya por la destreza de su prestidigitación, ya por la colisión

con aquel espíritu malo, que siempre ha procurado imitar la obra Divina. Fue significativo, sin embargo, que la vara de Aarón tragara las varas de ellos. Pero la gran cuestión tenía que resolverse en una área más amplia, y por una serie de señales más notables.

Es necesario que consideremos por un momento el principio fundamental del trato de Dios para Faraón, especialmente en las primeras plagas. Y no será difícil discernir la operación de los principios internos de la justicia y amor Divinos, en los tremendos golpes que Dios asestó a Faraón y a su tierra.

Siempre y en todas partes, Dios es Amor. Quien posee la sabiduría Divina, y tiene los ojos limpiados de las escamas de la preocupación y pasión, verá tanto de las tiernas misericordias de Dios, en el Antiguo Testamento como en el Nuevo; tanto en la tempestad como en el céfiro; en el terremoto como en la voz queda y apacible; en las plagas como en la cruz. El mismo término «Jehová», tan constantemente empleado en estas páginas, indica, en primer lugar, la inmutabilidad, y en seguida el lado redentor de la naturaleza de Dios. Y seguramente tenemos que creer que Faraón estaba incluido en el amor de Dios que dio a Jesucristo al mundo, que fue abrazado en el círculo de su propiciación y podría haber resplandecido como una estrella en el firmamento de los santos comprados con sangre.

Debe ser posible, pues, hallar una clave que reconcilié el amor de Dios, que cobijaba a Faraón y su tierra, con la aparente aspereza que infligieron las plagas sucesivas. Y será una ayuda recordar que hay una señalada diferencia entre las primeras cuatro plagas y las demás. En el principio del trato de Dios al tirano, casi parece que se pusiera a contestar la pregunta: «¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz?». Y a quitar la ignorancia de que se quejó cuando dijo: «No conozco a Jehová».

El caso es éste. Era un hombre que desde sus primeros años había estado acostumbrado a pensar que los dioses de su nación eran supremos en el Cielo y en la Tierra; tales como la diosa bondadosa, que desde su urna secreta, siempre estaba derramando las aguas del sagrado Nilo, e inundando la tierra de fertilidad y hermosura, la fuente prolífica de vida, cuyo emblema favorito era la rana, que en número ilimitado pululaba sobre las orillas del Nilo, entre tanto daba importancia reverencial a la pureza del sacerdocio y a la supremacía del dios sol, de quien el escarabajo era la señal sagrada. Habría sido imposible que en una semana se volviera de estos, para aceptar



los mandamientos de Uno cuyo Nombre fue por primera vez pronunciado en su presencia por los representantes de una nación de esclavos.

Cuando en Atenas el Apóstol Pablo descubrió un altar al Dios desconocido, no reprendió al pueblo por no haberle dado el culto conveniente; sino que se puso a declarar su naturaleza y atributos. Y siguió mostrando que la naturaleza, con todos sus maravillosos procedimientos, se debía no a las deidades del Panteón sagrado -aunque sus efigies, esculpidas por el arte de Fidias, se presentaban ante la vista de su auditorio, radiantes a la luz e inmaculadas al aire puro-, sino que era la creación de Aquel que había hablado a la humanidad en Jesús, y cuyo representante era él. Y así Dios se puso a mostrar que los dioses de los paganos no eran dioses; que todo el sistema del culto egipcio tenía que estar subordinado a un Dios más grande que ninguno de los que conocían sus magos o sacerdotes; y aunque había pasado por alto los días de tal ignorancia, había llegado el tiempo en que mandaba a todos los hombres en todas partes -al Faraón sobre su trono, al sacerdote en su templo, al labriego en su choza- que se arrepintieran.

«¿Quién es Jehová?». Es el Dios de la naturaleza, a cuya orden el Nilo ya no bendice, sino maldice a sus adoradores; a cuyo mandato los objetos del culto egipcio vienen a ser un fastidio y una abominación, que hacen heder toda la Tierra; a la expresión de cuya voluntad los cuerpos de los sacerdotes se cubren de piojos que se burlan de todo lo que pueda hacer la navaja o el agua para exterminarlos, y a cuyo llamamiento el sagrado escarabajo corrompe la Tierra. ¿No lo conoces? Es el Dios que habla por medio de las voces humanas, el Dios de los ancianos hermanos, el Dios de aquellos esclavos que gimen, el Dios que no podía faltar a un pacto en que había entrado con aquel pueblo afligido, el Dios de la redención y de la eternidad...

Aunque es verdad que el amor de Dios obraba procurando revelarse a Faraón al ordenar las plagas, con todo, debemos recordar siempre que la fe de Moisés tuvo mucho que ver con respecto a ellas. Esto es muy evidente en conexión con la última de la serie, acerca de la cual se nos dice que por fe Moisés dejó Egipto, y que persistió como si viera al que es invisible. Lo que era verdad, pues, acerca de la última plaga, era probablemente verdad acerca de las demás; y nos conviene leer en la historia del éxodo, las cualidades espirituales descubiertas a nuestra vista en la Epístola a los Hebreos, donde el Espíritu de Dios descorre el velo de las acciones de su vida interior y lo manifiesta como era.

Con toda probabilidad, pues, en todo el conflicto que resultó de la emancipación de Israel, Moisés estuvo en constante comunión con Dios. Dios estuvo vívidamente presente a la vista de su alma. Pensaba mucho más en la presencia y el poder de Jehová, que en la majestad y poderío del más grande rey de su tiempo; y al paso que Dios le revelaba cada etapa sucesiva de su trato a Faraón, su fe reclamaba que hiciera como había prometido. Fue pues la fe de él el medio e instrumento con que Dios obró con su mano levantada y su brazo extendido.

¿Se narra en las Escrituras alguna maravilla que se efectuara aparte de la operación de la fe de algún alma creyente o de algunas almas creyentes? Si Enoc fue trasladado del mundo sin ver muerte fue porque tuvo fe para ello. Si Isaac nació de una madre que había renunciado a toda esperanza de tener hijos, fue porque su fe se fortaleció. Si el Mar Rojo abrió un camino para las huestes rescatadas, fue porque la fe de su líder arrolló las cristalinas olas. Si los muros de Jericó cayeron, fue porque Josué tuvo fe para creer que lo harían. Justamente como la electricidad necesita de un alambre para que la conduzca, así la potencia todopoderosa de Ojos demanda el órgano de nuestra fe. Aquella fe puede ser muy débil; puede ser que el creyente sea muy deficiente en las cualidades que el mundo considera las más preciosas: pero si tan sólo hay una conexión genuina entre el Dios eterno y el caso que tiene que resolverse, toda la Deidad puede pasar por la débil fe de un hombre muy indigno, así como el océano puede pasar por un canal muy angosto. Con semejantes pensamientos en la mente es como consideramos las primeras cuatro plagas, y la manera en que Dios mostró su amor en ellas.

Una mañana, poco después de los acontecimientos ya descritos, a la hora cuando el cielo estaba cubierto con el matiz rosado del primer sonrojo de la aurora, Faraón, acompañado de altos oficiales, funcionarios de la corte, y sacerdotes, vino ya para hacer sus acostumbradas abluciones o para adorar. A la orilla del río encontró a Moisés esperándole, con la vara, con la cual estaba demasiado familiarizado, en la mano. No hubo ahora vacilación en la demanda perentoria: «Jehová, el Dios de los Hebreos, me ha enviado a ti para decirte: *Deja ir a mi pueblo, a fin de que ellos me sirvan en el desierto*».

Entonces siguen las palabras que corroboran lo que ya se ha dicho acerca del propósito de Dios en las plagas: «En esto conocerás que Yo soy Jehová».

La primera revelación de Dios había de hacerse en el agua herida vuelta en sangre; en la muerte de sus peces, que eran no solamente objetos de culto, sino que proveían gran parte del alimento ordinario, y en el hedor que hizo abominable a la Tierra.

La demanda fue contestada con plegados labios que expresaban escarnio o con silencio imperturbable; y como no había alternativa, Aarón hirió el agua con la vara en presencia de la corte. Sin duda, al hacer esto, los dos hermanos tenían fe en que Dios haría lo que había dicho; y según su fe, sucedió. Un cambio instantáneo se obró en la apariencia y la naturaleza del agua: se hizo sangre. De orilla a orilla la corriente de sangre roja siguió su curso, hora tras hora, día tras día, hasta que se hubo cumplido una semana. Los peces murieron, y flotaron sobre la superficie. El aire se llenó de corrupción. Y el efecto de la plaga se extendió por todos los estanques, fuentes y cisternas, en los lugares públicos de recreo, así como en los hogares del pueblo. No había agua en toda la Tierra, con excepción de la escasa provisión obtenida cavando pozos de poca profundidad, y recogiendo el agua salobre de la superficie. Los magos de alguna manera imitaron la maravilla; y probablemente Faraón pensaba que de parte de Moisés y Aarón no había sino una especie superior de juego de manos. Por esto no le dio importancia, aunque debió de haber comprendido que tenían que verse con un poder más grande que el de la diosa del Nilo.

Se ha supuesto que las plagas siguieron la una a la otra en sucesión rápida, de modo que la impresión de una no se había borrado cuando la otra se sucedía. Así es que probablemente todo el conflicto quedó comprendido en nueve o diez meses. Puede ser, pues, que no fuera sino cinco días después, cuando Moisés y Aarón presentaron de nuevo su demanda de emancipación, y dijeron al rey qué pena había de seguir a la negación. Pero no hubo respuesta, ni ninguna proposición, y el golpe inevitable cayó.

De pronto en la tierra aparecieron innumerables ranas. Millares salieron del río, hasta que la misma tierra parecía tener vida con ellas, y era imposible andar mucho sin aplastar centenares. Ranas en las casas, ranas en las camas, ranas cocidas con la comida en los hornos, ranas en las artesas amasadas con la harina, ranas con su monótono croar, ranas con sus pellejos fríos y viscosos en todas partes desde la mañana hasta la noche, desde la noche hasta la mañana: ranas. Y la gravedad de la plaga consistía en el hecho de que la rana era la diosa de la fecundidad; de modo que era sacrilegio destruirla.

Esta plaga sacó de Faraón el primer síntoma de rendición. Envió a llamar a los hermanos, y les suplicó que orarán para que el azote fuese quitado, prometiendo que si le concedían su súplica los libertaría: «Yo enviaré al pueblo».

Para hacer más manifiestos la supremacía y el poder de Dios, Moisés dijo al monarca que fijara su propio tiempo para que la plaga fuese detenida, y entonces fue a clamar al Señor: «Y clamó Moisés a Jehová; e hizo Jehová conforme a la palabra de Moisés».

Es de notarse que aunque los magos imitaron la venida de las ranas, evidentemente no tenían poder para quitarlas; y, en verdad, parece que el rey no pidió a ellos ayuda en este trance. El alivio de los padecimientos humanos no forma parte del programa del diablo ni de sus agentes. Esto puede venir sólo de Jehová por el clamor de sus siervos creyentes. Pero qué lección fue enseñada a Faraón; esto es, que Jehová era superior a todos los dioses, y que Él era el único que podía obrar según su voluntad.

Los egipcios eran escrupulosamente limpios en sus hábitos personales, anticipándose a los hábitos de nuestro propio tiempo; y los sacerdotes lo eran especialmente. Se bañaban repetidas veces, y de continuo se afeitaban, para que ninguna impureza les impidiera el desempeño de sus sagrados oficios. Qué horror, pues, no se apoderaría de ellos, cuando el mismo polvo de Egipto parecía estar engendrando piojos; y hallaron que no estaban exentos de la plaga, que era tan penosa como horripilante a su sensibilidad delicada.

Tal vez haya algo más de lo que se ve, en las palabras: «había piojos en los hombres y en las bestias». No sólo en los cuerpos de los sacerdotes, sino en los de las sagradas bestias, estaba esta odiosa peste. Cada santuario venerado se jactaba de su sagrado toro o macho cabrío, cuya lustrosa piel era limpiada con reverente cuidado; y era una calamidad nunca vista que estuviesen infestados de este parásito tan asqueroso. Así sobre los dioses de Egipto ejecutó Dios juicio, a fin de que Faraón supiera que Él era el Dios de los dioses, que merecía toda la lealtad que reclamaba. Los mismos magos parecían haber sentido que esta plaga era un síntoma de la actividad de un Poder más alto que ninguno conocido por ellos; y aun ellos instaron a Faraón a considerar que era el dedo de Dios.

¡Con cuánta frecuencia nos leen voces inesperadas las lecciones que Dios quiere enseñarnos!

No hay seguridad de lo que quiere decir la palabra traducida como «tábano». Aunque es posible que esté traducida correctamente, no obstante es muy probable que signifique una especie peculiar de escarabajo, que era el emblema del dios sol. Su deidad más poderosa parecía haberse vuelto en su contra y haber llegado a ser su azote al mandato del Dios de estos pastores esclavos. Los escarabajos cubrieron la tierra, se metieron a millares en las casas, y devastaron los productos agrícolas.

Que no era una aparición natural, estaba claro por el hecho de que se hizo una división de esta plaga entre la tierra de Egipto y la de Gosén, donde se hallaban los israelitas. Este Dios, que podía volver los mismos dioses de Egipto contra sus adoradores, podía, tan evidentemente, proteger a los suyos. Y tal vez esto obrara en el corazón de Faraón, como no lo había hecho otra cosa; porque ya estaba dispuesto a permitir que los israelitas sacrificaran en la tierra. Esto era una concesión que Moisés no podía aceptar, alegando que los israelitas tendrían que sacrificar animales que los egipcios consideraban sagrados, y que irritados los sentimientos, podrían provocar algún acto terrible de violencia. Faraón cedió a esta razón; y prometió dejarlos ir, con tal que no fueran muy lejos, y con la condición de que Moisés asegurara que la plaga sería quitada: «He hizo Jehová conforme a la palabra de Moisés».

En todo esto Moisés no era sino el medio, el embajador, el instrumento con el cual Dios obró. La sugestión de las plagas fue hecha por el Todopoderoso; su ejecución fue efectuada por la fuerte fe del fiel servidor, que hizo lo que le fue mandado y habló lo que le fue dicho. Y fue en respuesta a su oración de fe, que la plaga cesó. Por medio de una fe como ésta, Dios saldrá a hacer su obra de poder, amor y salvación entre los hombres.

## Capítulo 9: Cómo se desarrolló el carácter de Moisés

Si nos ocupáramos en relatar la historia del éxodo, nos convendría estudiar minuciosamente la historia de las plagas subsecuentes. Pero la historia de Israel es, para nuestro presente propósito, incidental al estudio de aquel ilustre personaje que dio tono y carácter al gran movimiento que resultó del paso del Mar Rojo.

En efecto, es en Moisés en quien debemos fijar nuestra atención, y, en verdad, es maravilloso el crecimiento de este hombre, en tal vez unos pocos meses, de la timidez y vacilación de Madián, a la sublimidad moral que lo hizo muy grande en la tierra de Egipto, a vista de los grandes oficiales de la corte no menos que a la de la gente común (véase Éx. 11:3).

Podemos trazar este desarrollo de carácter a través de las plagas restantes; y al hacerlo podemos descubrir inevitablemente que el secreto del crecimiento consiste en una obediencia instantánea y confiada, una completa indiferencia a las opiniones humanas, fuerza de propósito, una paciencia inagotable, valor indómito, fe y oración perseverante.

En la primera parte de su ministerio, Moisés se había opuesto a Dios repetidas veces, antes de ponerse a la ejecución de las comisiones Divinas: «¿Quién soy yo, para que vaya a Faraón? ¿Cómo pues me oirá el Faraón, a mí que soy de labios incircuncisos? (...) He aquí yo soy de labios incircuncisos; ¿cómo ha de escucharme el Faraón?».

Y, usando el lenguaje de los hombres, se necesitó mucha persuasión y ruego antes de que quisiera obedecer la palabra de Jehová. Pero todo esto se había desvanecido ahora. Aunque había estado al menos siete veces en la presencia real, y cada vez era portador de mensajes penosos, aborrecido cada vez más por Faraón y su corte, y aunque hasta aquí sus entradas allí habían dejado de tener éxito en conseguir el gran objeto que Dios le había propuesto, sin embargo, no vaciló, ni dudó, cuando por octava vez el Señor le mandó que se presentase en el palacio para demandar la emancipación del pueblo so pena de una morriña en las bestias.

Es casi imposible sobreestimar el valor de la obediencia sencilla e indubitable en cuanto al mejoramiento del carácter. El rechazo de Saúl, el primer rey de Israel, y la elección de David, se basó en el hecho de que aquel no obedeció la voz del Señor para ejecutar sus mandatos, y que éste era hombre según el corazón de Dios y cumplió toda su voluntad. El énfasis del último discurso de nuestro Señor está en la reiterada palabra: obedecer. La obediencia es la prueba del amor; la condición de la revelación Divina, la precursora de la más sagrada intimidad en que Dios puede entrar con el espíritu humano. En proporción de nuestra obediencia, llegamos a poseer elementos nobles de carácter que existen en nuestro corazón como vapor hasta que se condensan en algún acto de obediencia, y llegan a ser desde entonces una propiedad permanente.

Desconfianza y desobediencia son términos recíprocos (véase He. 4:11); de donde podemos deducir que así como sea nuestra obediencia, así llegará a ser nuestra fe. Haz lo que sabes que es tu deber; cumple en todos sus detalles los mandatos de Dios; nunca te detengas a considerar las consecuencias, o a dudar de los resultados. Si Dios dice: «entra a donde está Faraón y dile», y obedeces, no sólo serás puesto a desempeñar tareas más grandes, sino que adquirirás un carácter que no podría darte ni la meditación ni la oración.

La morriña vino en el tiempo señalado: «Y los ganados de Egipto murieron». Los ganados que pacían en los pastos verdes del Nilo, los caballos de los ricos, por los cuales Egipto era famoso, los asnos de los pobres, los camellos que transportaban las mercancías de Egipto, para cambiarlas por especies, bálsamo y mirra (Gn. 37:25), los bueyes que araban los campos, las ovejas que constituían una proporción tan grande de sus riquezas, en todos éstos cayó la morriña. La tierra se llenó de muertos, los ricos dueños de tierras quedaron muy empobrecidos; los pobres sufrieron severamente; miles de pastores y galereros fueron desocupados; la rutina de la comunicación comercial se interrumpió seriamente, y hubo evidencia de que la severidad de la plaga iba aumentando. Mientras, el cuidado de Dios se manifestaba claramente en el cordón protector que tiró alrededor de Gosén, acerca de lo cual se dice: «Mas del ganado de los hijos de Israel no murió ni uno solo».

Al estimar la obra de un hombre, debemos siempre considerar el carácter del hombre mismo. Ciertas clases de trabajos agradables a determinadas índoles son muy desagradables a otras; y sería tan razonable buscar manzanas en las enredaderas como querer hallar las dos juntas. Es mucho más asombroso

hallar ciertos atributos en algunos caracteres que en otros; es como hallar una capa de gneis en yeso. Y, seguramente, debe haber sido mucho más difícil para Moisés ser el medio de semejantes juicios, y objeto de tan amargo odio, que lo que habría sido para otros muchos. Por naturaleza, Moisés era bondadoso, tierno y muy manso, siempre listo para pedir la cesación de una plaga, y nunca para su advenimiento; muy compadecido de hermanas y hermanos, aunque lo hubieran injuriado gravemente; dispuesto a ser maldecido con tal que fuese perdonado el pueblo. Un hombre que había cuidado de ovejas por cuarenta años, con toda probabilidad adquiriría el corazón de un pastor. Y debe haber hecho no poco esfuerzo para ser instrumento de infligir penas. Sin embargo, esto le vino abundantemente en suerte de la terrible vindicación de la supremacía y la soberanía de Dios.

No le tocaba a él ser más compasivo que Dios; y por esto, cuando él y Aarón fueron mandados a tomar cenizas de algún horno que se extinguía, y arrojarlas al aire, para que se hicieran tumores apostemados en los hombres y en las bestias, no vaciló. Con las manos llenas de cenizas, se encaró con Faraón en alguna ocasión pública, cuando él y su corte de magos estaban reunidos al aire libre, y esparció el polvo gris claro hacia el cielo; con tal efecto inmediato, que «no podían los magos presentarse delante de Moisés a causa de los tumores; porque los tumores estaban en los magos y en todos los egipcios» (Éx. 9:11); y, tal vez, éstos penetraran en los recintos sagrados del templo, saliendo en las bestias que fueron guardadas allí celosamente libres de contaminación, como dioses de la nación (véase Nm. 33:4).

Al paso que avanzan las plagas, Aarón se pierde de vista. En las primeras tres plagas el Señor dijo claramente a Moisés: «di a Aarón» (véase Éx. 7:19; 8: 5, 16). En la cuarta (véase Éx. 8:20) y la quinta (véase Éx. 9:1), habló solamente a Moisés. En la sexta el mandato se da a los dos (véase Éx. 9:8). Pero en ésta, la séptima, el mandato se da exclusivamente a Moisés: «Y dijo Jehová a Moisés: *Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya granizo*» (vs. 22).

Y así en la plaga de las langostas (véase Éx. 10:12), y la de las tinieblas que podían palpase (véase Éx. 10:21). Por qué se hizo así, no se nos dice. No parece que Aarón hubiera perdido su posición debido a su conducta; pero puede ser que le faltaran aquella sencillez y pureza de motivo que eran tan características en su hermano: y la fe de Moisés crecía siempre que probaba la fidelidad de Dios, hasta que sólo ella podía obrar como el conducto de la



voluntad Divina. De todas maneras, Moisés se hizo más y más conspicuo como el que usaba la vara de los milagros, y como el emancipador de Israel. En el presente caso, también, parece haber adquirido hasta un grado sorprendente el poder de hablar. Aquellos labios torpes vinieron a ser inusitadamente elocuentes y fueron encendidos con un fuego inesperado. Fue como si de repente se hubiera sentido capaz para deshacerse de la mediación de Aarón, y reclamar aquellas palabras que el Todopoderoso había prometido poner en su boca. Y es un consuelo ver que el Señor no le exigió guardar el contrato equivocado que él había hecho, de que Aarón había de ser quien hablara por él (véase Éx. 4:15-17).

Puede ser que hayamos dicho en el pasado cosas impensadas, que luego sentimos profunda o seriamente; pero si nos mostramos ser dignos de un destino más grande del que nuestra débil fe imaginaba ser posible, puede ser que Dios no nos exija el cumplimiento de nuestras palabras, sino que habrá delante de nosotros posibilidades que no hemos soñado. Aarón no ha de hablar por nosotros; nos levantaremos y hablaremos por nosotros mismos. La amonestación dada a Faraón al amanecer fue muy solemne; pero fue en vano. Con tanta frecuencia se había endurecido deliberadamente, que ahora tanto amonestación como ruego cayeron sobre él como lluvia sobre granito, y aún tendieron a endurecer todavía más su corazón. No hay hielo tan duro como el que se derrite en el día y se endurece en la noche.

Y así se desató la tempestad. Al paso que se levantaba la vara, grandes nubes llenas de truenos se alzaron del mar, y cubrieron la tierra, y derramaron su contenido en forma de truenos, granizo y fuego. Las tempestades de cualquier clase son muy raras en Egipto; y ésta era «sobremanera grave, cual nunca había habido en toda la tierra de Egipto desde que fue nación». Hay varias referencias en los Salmos a esta terrible visitación.

Casi podemos oír el estruendo de los truenos, y vislumbrar la devastación causada por el granizo, en las notas vibrantes de la poesía hebrea. En los intervalos de los truenos, en que el Todopoderoso dejó oír su voz, podemos oír el coro de los granizos y la explosión de las bolas de fuego (véase Sal. 18: 12 y 13). Las vides arrancadas de sus enrejados y enterradas violentamente en el suelo, los sicomoros ennegrecidos por el hielo, los árboles de los bosques quebrantados, los sembrados de lino y cebada completamente destruidos, bestias y pastores sin abrigo, en los campos abiertos que habían desafiado la amonestación dada, muertos por los grandes granizos, que cayeron como la lluvia y podrían haber pesado (como se han

visto en casos excepcionales) de seis a ocho onzas, tales son algunas de las indicaciones dadas del terror de la escena (véase Sal. 78: 47 y 48; 105:32). Pero de todo esto la tierra de Gosén estuvo libre.

En medio de la furiosa tempestad, Moisés y Aarón fueron llamados a la presencia real para oír por primera vez de aquellos labios orgullosos la confesión de pecado (véase Éx. 9:27), con un ruego urgente de que los terribles truenos y granizos que sacudían el palacio y la ciudad cesaran. Moisés no tenía duda en cuanto a la respuesta que sería dada a su oración; pero tenía graves dudas acerca de la veracidad de la palabra real. Sin embargo, hizo como exigió Faraón. Pasando sin sufrir daño de la tempestad, salió de las puertas de la ciudad hasta el país abierto. Parecía que tenía conciencia de vivir en el lugar secreto del Altísimo, y habitaba a la sombra del Todopoderoso. Con las manos levantadas intercedió por los opresores de su pueblo; y Dios escuchó su súplica; de modo que los truenos y el granizo cesaron, y la lluvia ya no se derramaba sobre la tierra (vs. 33).

El tono de Moisés se levantaba con cada plaga. Hasta aquí se había conformado con repetir su demanda; pero ahora el hecho de que el rey no guardara su palabra, había cambiado las relaciones entre ellos. Faraón había perdido todo derecho a su respeto. Repetidas veces había hecho promesas y había faltado a ellas. Sus confesiones de pecado no habían sido seguidas de esfuerzos para enmendarse. Ya no era ignorante de Jehová, sino que era voluntariamente obstinado y desconfiado. Débil, vacilante, bajo, en medio de la prueba, imperioso y truculento en la prosperidad, había llegado a ser indeciblemente despreciable. Y Moisés cambió de tono; no tratándole ahora como soberano sino como pecador, y hablando directamente con su corazón orgulloso y obstinado: «Así dice Jehová el Dios de los hebreos: *¿Hasta cuando rehusarás humillarte delante de Mí?*».

La pena de más duración fue la plaga de langostas. Los egipcios sabían bien lo que podía ser una plaga de langostas; y por eso los servidores del rey le rogaron que concediera la demanda de los líderes de los hebreos. Mejor perder una nación de esclavos, dijeron ellos, que poner la tierra en peligro. De modo que desde ese momento, vino a ser una lucha reñida entre el rey de Egipto y Dios, quien por vez primera en su historia había encontrado un enemigo más fuerte que él.

Faraón, por sugestión de sus servidores, propuso un arreglo. Estaba dispuesto a dejar ir a los varones, y los amenazó con algo malo si no aceptaban su proposición. Pero los hermanos no vacilaron ni un momento en rehusarla; no podía ser. Los jóvenes y los ancianos, los hijos y las hijas, los rebaños y vacadas: todos. Ninguno debía estar ausente en aquella gran convocación, que había de reunirse en alguna parte del desierto para hacer una fiesta a Jehová. La corte nunca había oído que alguien se dirigiera así a Faraón; ni podía él soportar aquel discurso atrevido; y así, en obediencia a una señal hecha por él, fueron arrojados de su presencia.

Pero las langostas llegaron con un viento oriental, que, viniendo directamente del desierto, había soplado todo un día y una noche: «Y cuando vino la mañana, el viento oriental trajo la langosta».

Sus escuadrones llenaron el aire y literalmente cubrieron la tierra. La superficie verde quedó oscurecida por sus cuerpos cafés; y todo vestigio de verdura en los campos, en los árboles frutales y entre las hierbas abundantes, que gustaban tanto a los egipcios, desapareció instantáneamente. No hubo botón, ni flor, ni brote, ni hoja, dejado en ninguna parte «en toda la tierra de Egipto» (Éx. 10:15). Los animales habían perecido y ahora los productos de la tierra.

Seguramente la siguiente visitación barrería toda vida humana. Sobrecogido de pánico, el rey mandó llamar a los hombres a quienes poco antes había echado de su presencia; confesó que no sólo había pecado en contra de Jehová, quien por ahora había llegado a ser una personalidad evidente a su conciencia, sino en contra de ellos y rogó que esta muerte le fuese apartada. ¡Cuán bondadoso y longánime es Dios! En respuesta a la intercesión de Moisés, «Jehová hizo tornar un viento occidental muy fuerte, que alzando la langosta, la echó en el Mar Rojo; y no quedó ni una langosta en todos los términos de Egipto» (vs. 19).

Pero de nuevo Faraón faltó a su palabra...

Sin ser anunciadas, las tinieblas cayeron sobre la tierra: «tinieblas tales que podían palparse». Hay viajeros que nos dicen de tinieblas causadas por tempestades de arena, tan densas, que era imposible verse la mano puesta cerca de la cara. Sea cual fuera la causa, las tinieblas de esta plaga deben haber sido de esta misma clase: «Y no se vieron los unos a los otros, ni nadie se levantó de su puesto durante tres días».

Todas las actividades fueron paralizadas. Los corazones más fuertes desfallecieron. Les parecía como si su más grande deidad les hubiera abandonado de repente. Tal vez la luz nunca más los visitaría. En aquella tierra de radiante luz del sol, fue una terrible experiencia. Los mismos templos estaban tan sumidos en la oscuridad, que los sacerdotes no pudieron ver las bestias sagradas, ni pudieron desempeñar sus ritos acostumbrados. Por primera vez durante siglos, la gran estatua de Memmón dejó de saludar los rayos del sol naciente, con música.

Cuando pasó la plaga, por última vez el monarca llamó a los hermanos, e hizo un último y desesperado esfuerzo para llegar a un arreglo. La nación podía irse dijo él; pero los rebaños y vacadas tenían que quedarse. Pero Moisés entendió el fraude de aquella proposición y la hizo pedazos: «Nuestro ganado también ha de ir con nosotros; no quedará ni una pezuña. Claramente se necesitarán para los sacrificios» (vs. 25).

Entonces, de nuevo el espíritu orgulloso del rey, sin intimidarse por las repetidas desgracias, ni enseñarse por la severa disciplina de la pena, se desató con vehemencia; y dijo, como si estuviese irritado más allá de lo que podía irritarse: «¡Quítate de mi presencia! ¡Guárdate de volver a ver mi rostro! Porque en el día que vieres mi rostro, morirás» (vs. 28).

El espíritu de Moisés también se alteró con aquella ira que a largos intervalos le sobrevenía, como una tempestad en un lago tranquilo (Éx. 11:8); pero contestó con calma y dignidad, como convenía a un embajador de Dios: «A lo cual Moisés respondió: *Muy bien lo has dicho; no volveré yo a ver tu rostro*» (10:29).

Pero al volverse para salir de la presencia real, se irguió en su plena altura y derramó un torrente abrumador de denuncia y amonestación sobre el espíritu voluntarioso que había escogido deliberadamente el mal por su dios, y la destrucción por su suerte: «Por lo cual Moisés dijo a Faraón: *Así dice Jehová: 'Como a la medianoche voy a salir por en medio de Egipto, y morirá todo primogénito en la tierra de Egipto; desde el primogénito de Faraón que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito de la esclava que está detrás del molino'. Y descenderán a mi todos estos tus siervos, y se postrarán delante de mí, diciendo: 'Sal tú, con todo el pueblo que te sigue'; y después de esto saldré*» (Éx. 11:4-8).

Así, la caña mecida por el viento de Madián vino a ser como un roble que la tempestad azota en vano; el hombre que había salido de aquel palacio con temor, anduvo por sus atrios como rey, y la fe que había huido delante de la serpiente, se hizo tan fuerte que pudo arrojar los relámpagos del cielo, y traer la tierra de Egipto al mero precipicio de la destrucción.

## Capítulo 10: Preparativos para el éxodo

Ya hemos visto cómo, durante aquellos meses de agonía, Moisés fue el órgano por el cual Dios efectuó sus propósitos; primero el de instruir la mente de Faraón, y después el de quebrantar su obstinada voluntad. Y ya hemos tenido indicaciones de que por la fe de este hombre, que crecía en gran manera, iban a llegar bendiciones al pueblo escogido.

Las primeras tres plagas cayeron tanto sobre los hijos de Israel como sobre los egipcios; pero cuando los hermanos amenazaron a Faraón con la cuarta, fueron comisionados, en Nombre de Dios, para pronunciar este mensaje adicional: «Y haré distinción en ese día de la tierra de Gosén, en donde mi pueblo está» (Éx. 8:22).

Y desde aquella hora los hijos de Israel estuvieron exentos de las terribles aflicciones con que Egipto fue desolado. Moisés reclamó que Dios hiciera como había dicho. Y según su fe, aconteció. Ni morriña mató sus bestias, ni salieron tumores a las personas. Ni tempestades barrieron sus campos. Ni langostas destruyeron sus sembrados. Ni tinieblas les oscurecieron el sol. Así fue que, mientras las mentes de los egipcios estaban ocupadas por sus propios padecimientos, los hebreos estuvieron en paz; y cuando los egipcios estuvieron impedidos de moverse por las tinieblas, la población oprimida de Gosén tuvo bastante tiempo para prepararse para aquel éxodo que, Moisés al menos, sabía que estaba tan cercano. Al estudiar este episodio tan extraño y maravilloso, no debemos olvidar la luz arrojada sobre él, por el memorable versículo que nos dice lo siguiente: «Por fe Moisés celebró la Pascua y la aspersion de la sangre, para que el destructor de los primogénitos no los tocara a ellos» (He. 11:28).

La importancia de este versículo consiste en el hecho de que atribuya la observancia de la Pascua y la aspersion de la sangre sobre los dinteles de las casas hebreas, al efecto de la fe heroica que ardía tan constantemente en el corazón de este hombre sencillo, la entereza de cuya obediencia era igualada sólo por la fe absoluta y libre de duda, que se arriesgaba a creer toda palabra de Dios.

Ciertamente, toda fe tiene que basarse en promesas. Debe haber alguna palabra o empresa clara de parte de uno que es enteramente digno de confianza, pues de otra manera no habrá cimiento en que la fe pueda basarse. Esta es la diferencia entre la fe y la credulidad; entre la fe y el seguimiento de algún fuego fatuo, engendrado entre los miasmas de una imaginación malsana.

No podemos saber la forma en que la palabra Divina vino a los dos hermanos. ¿Sería como cuando un hombre habla con su amigo? ¿La habríamos oído nosotros con nuestros oídos incircuncisos, de haber estado en su compañía? ¿O sería una impresión retratada en el corazón de cada uno de ellos, levantados siempre hacia la fuente de luz? Pero como quiera que viniese la comunicación, en aquellos acentos -que por primera vez declararon lo que había de hacer Israel, y en seguida, con una precisión que no vacilaba, anunciaron los actos sucesivos que al fin habían de romper las cadenas de las manos de los cautivos, y librar a la nación en una sola noche-, reconocieron la voz que los había mandado ir a Faraón con las reiteradas órdenes de rendirse.

Las direcciones fueron substancialmente como sigue: el día diez del mes siguiente, la cabeza de cada familia, fuera esclavo o anciano, había de escoger un cordero de menos de un año, libre de enfermedad o defecto. Pero si la familia era tan pequeña que no necesitara todo el cordero, podía unirse con una familia vecina. No había temor de que el cordero fuese poco para una familia. Jesús basta para todos, basta para cada uno, y basta para siempre. El cordero había de ser guardado desde el día décimo hasta el decimocuarto del mes, y muerto en este último día, hacia el fin de la tarde. La sangre como brotara caliente de la herida sería recogida cuidadosamente en un tazón y rociada sobre los dos lados y sobre el dintel de las casas en que moraban los israelitas; el cuerpo asado y comido con pan no leudado y yerbas amargas.

Se dieron también instrucciones especiales acerca de la actitud en que aquella comida había de tomarse. Toda la familia debía estar reunida alrededor de la mesa, desde el anciano padre hasta el niño recién nacido. No debía haber ningún síntoma de lasitud o indolencia. Los hombres debían tener los lomos ceñidos, y el báculo en la mano. Las mujeres habían de tener su masa y sus artesas atadas con su ropa en pequeños bultos, para llevarlos fácilmente sobre los hombros. Todos habían de tener los pies calzados. La comida había de tomarse apresuradamente. Y así con los oídos alertas para

oír la primera nota de la trompeta, toda la nación había de esperar la señal de su éxodo, amparados tras la sangre; mientras, atesoraban fuerzas para las fatigas que tendrían que soportarse antes de que dejaran atrás para siempre la tierra de su esclavitud.

Había, pues, un gran contraste, entre la actitud de los israelitas en la destrucción de los primogénitos, y la que guardaron en las plagas anteriores. En aquellas habían estado enteramente inactivos, no haciendo otra cosa sino segar los frutos de las victorias pasivas ganadas por la fe de su gran líder. Pero ahora estaban llamados a apropiarse beneficios que podrían no resultarles, si dejaban de cumplir con las condiciones impuestas. Y en aquellas demandas de obediencia y fe, seguramente debe haber entrado en las mentes de los más inteligentes, al menos, la idea de que había, en toda la transacción, un significado más profundo que lo que aparecía en la superficie; y que estaban verificándose resultados eternos, cuyo significado no podían todavía comprender adecuadamente.

Al menos Moisés debió haber sentido que Dios en efecto decía a su pueblo que ellos no eran menos culpables, en algunos aspectos, que los egipcios con los que convivían. No bastaba que ellos afirmaran que no habían sido tan obstinados y duros de cerviz como lo habían sido Faraón y su pueblo. ¿No habían ellos olvidado sus sábados, y vuelto a servir a otros dioses, y mezclándose en los ritos de la idolatría egipcia? Por estas cosas, al menos, eran tenidos por culpables a su vista, y estaban expuestos a perder los primogénitos de sus hogares, a menos que guardaran el rociamiento de la sangre.

Y cuando todas las provisiones hubieron sido así recitadas solemnemente, siguieron las palabras de promesa, en las que, desde entonces, Moisés reposó su fe: «Yo pasaré por la tierra de Egipto esta noche, y heriré a todo primogénito de la tierra de Egipto, así de hombre como de bestia (...) y Yo veré la sangre, y os pasaré por alto, de modo que no habrá entre vosotros plaga destructora, cuando Yo hiera la tierra de Egipto» (Éx. 12: 12 y 13).

Luego, reunió a los ancianos de Israel y les dio las instrucciones que había recibido; y fuera que algunos pronósticos de su liberación venidera hubieran entrado en sus almas, o fuera que hubieran llegado a creer en su gran líder hasta un grado que había sido antes imposible, es cierto que no ofrecieron ni oposición ni hicieron sugestión a sus proposiciones. Así, inclinaron la



cabeza y adoraron y en seguida salieron para hacer «como lo había mandado Jehová a Moisés y a Aarón» (vs. 27 y 28).

Es cosa gloriosa para los hombres y los ángeles ver una fe que, sin ninguna apariencia exterior que la garantice, sin embargo camina pisando una senda de obediencia literal, aunque no se vea nada sino el aire tenue en que poner los pies. Parecía tan completamente extraordinaria, semejante cosa como la liberación de su pueblo, sencillamente por haber rociado sangre fuera de sus puertas. No había precedente; ninguna razón aparente que justificara semejante hecho al sentido común; ninguna probabilidad de que la obediencia tuviera conexión alguna con la liberación. Puede ser que muchos pensamientos de esta índole se le ocurrieran; pero los desechó de su mente, y sencillamente obedeció, creyendo que no podría haber equivocación, ninguna sombra de mutación en aquel a quien había tributado la obediencia de su alma.

¡Ojalá que tuviéramos nosotros semejante fe! Sin argüir, ni dudar, sino creyendo que las promesas de Dios son *Sí* y *Amén* en Cristo; y que lo que Él dice acerca de aceptar a todos los que creen en Cristo, de hacernos sentar juntamente con Él en su trono, y de amarnos con el amor que le profesa a su hijo, tiene voluntad y habilidad para verificarlo.

Y semejante fe viene a ser contagiosa. ¿Cómo terminó en Egipto aquella décima noche del mes de Abril? ¿No parecía el aire oprimido con la carga del desastre venidero? ¿No anunció con gritos agudos alguna sacerdotisa, intoxicada con vapores mefíticos, alguna amonestación de la terrible visitación que se acercaba? ¿No sombreó con sus alas el Ángel de la muerte a la tierra condenada antes de herir con su espada? Seguramente el hecho de que los israelitas obtuvieran tantos regalos de joyas y vestidos de los egipcios indica que, en ambos lados, había un presentimiento de su próxima liberación. Sin embargo, mientras había, por una parte, gran incertidumbre y recelo; por la otra había expectación y esperanza.

La fe de Moisés había encendido la fe de tres millones de personas; que estuvieron listas para introducir el cuchillo en la lanuda víctima que lo esperaba, para rociar la sangre, y arrojarse a la marcha lejana, pero sin temores de que el primogénito de la casa fuera dejado cadáver. Ningún padre miraba a su hijo con ansiedad; ninguna madre temblaba temiendo oír el crujir del ala del ángel; ningún niño se estremecía pensando que la muerte se le acercaba. Bastaba que Dios hubiera dicho que cuando viera la sangre,

pasaría. Pero aunque no podían verlo ni entenderlo, sabían que la sangre estaba allí para hablar por ellos; y creían, por lo tanto, que todo iría bien. Y aunque nadie sabía exactamente su destino, ni cómo llegar a él, no tuvieron dudas acerca del resultado.

¿Quién puede pintar aquella noche, siempre memorable en la historia de nuestra raza, cuando, en verdad, como dice Bunsen, nació la historia? ¡La noche cuando Dios sacó a Israel de la casa de esclavitud! Fue en los primeros días de la primavera, y en los de plenilunio, cuando la luna arrojaba su suave luz en cascadas de hermosura sobre la tierra que yacía bajo ella; desde donde, en la frontera occidental, el Nilo seguía su majestuoso curso, hasta las aguas del Mar Rojo en el distante límite oriental. Todo estaba quieto con un silencio casi sobrenatural: «...interrumpido solamente por el ulular del búho, o el grito del alcaraván, la zambullida del monstruo en el agua, o el aullar del chacal en las llanuras».

Pero de repente el silencio fue interrumpido por un grito de angustia, cuando una madre corrió gritando en las tinieblas que el Ángel de la muerte había empezado su obra, y al momento fue contestado por el lamento de otra que lloraba la muerte de su primogénito; y éste por otro, y otro más. No serviría de nada llamar a sacerdote o médico, mago o cortesano; pues éstos que no habían podido defender a los suyos de la muerte, ¿podrían ayudar a otros? La criada que molía y su señora que dormía bajo cortinas de seda fueron envueltas en un dolor común, que borró todas las distinciones sociales, e hizo de todos uno. No hubo ni una casa donde no hubiera muerto, ni el palacio de Faraón estuvo exento. La nueva de que el heredero del trono había muerto corrió como fuego: «Y hubo grande alarido en Egipto».

¡Ah, Egipto! por amarga que fuera esa noche no compensó los perjuicios que Israel había sufrido de tus manos por siglos. ¡Tus lágrimas fueron como un riachuelo en comparación con los ríos de dolor que habían sido extraídos de aquel pueblo de espíritu altivo, que fue obligado a convertir el suelo en ladrillo, sin más recompensa que el azote del capataz! ¡Tu pérdida de vida dulce y noble fue insignificante, en comparación con los miles echados al Nilo, o muertos por el trabajo en las crueles ladrilleras! Tus gritos, aunque agudos hasta despedazar el corazón, no fueron sino un murmullo, comparados con los sollozos que sacudían a las madres cuando los niños eran arrancados de su pecho, y los gemidos de los oprimidos al ver a sus seres queridos desfalleciendo bajo una esclavitud que no podían aliviar, y los gritos de los hombres reducidos a la desesperación.

«Entonces se levantó Faraón de noche, él y todos sus siervos y todos los egipcios; y llamó a Moisés y Aarón de noche, y dijo: *¡Levantaos, salid de en medio de mi pueblo!*».

No había fuerzas para discutir. Ellos, su pueblo, sus hijos, y sus bienes, habían de irse. Y el mandato del palacio fue repetido por diez mil lenguas. La única ansia de los egipcios era la de deshacerse de ellos lo más pronto posible, costara lo que costara. Se alegraron de darles cuanto pidieron, y así les dieron algo en pago de su labor tanto tiempo no remunerada; y aun Faraón, el orgulloso monarca, les suplicó que lo bendijeran antes de irse.

Y así la hueste salió a la libertad. Por primera vez los israelitas comprendieron que eran una nación, y apuraron el primer sorbo rico y satisfactorio de libertad. Una mera horda de esclavos, de repente se había cristalizado en un pueblo. El espíritu de su líder los inspiró y animó. Había fuego en sus ojos, elasticidad en su paso, valor en su corazón, que relataba su propia historia. Entonces se llenó su boca de risa y su lengua de alabanza. Dios había desnudado su santo brazo para libertarlos. Y comenzaron a suscitarse sentimientos que pronto estaban destinados a expresarse en gritos de alabanza a lo largo de las playas del Mar Rojo.

Lo que hizo por ellos la fe, hará por ti y por mí, que somos almas esclavizadas por una tiranía peor que la de Faraón. Si tan sólo reclamases la liberación, la tendrías. Escúchese el canto que anunció la obra de Cristo: «...el que, libertados de la mano de nuestros enemigos, le sirviésemos, sin temor, en santidad y justicia, delante de Él, todos nuestros días» (Lc. 1: 74 y 75).

Esto es para nosotros. Nosotros también podemos vencer por la sangre del Cordero, y por la palabra de nuestro testimonio. Por fe nosotros también podemos obtener promesas, y cerrar la boca de leones, y apagar la violencia del fuego. Si tan sólo reclamas tu libertad, pisarás sobre el león y el áspid; al leoncillo y a la serpiente hollarás.

## Capítulo 11: El paso del Mar Rojo

Poco después de la medianoche toda la hueste de Israel estaba en marcha; y cuando la luz de la mañana tiñó las nubecillas de púrpura, los encontró marchando. Los hombres de cinco en fondo mientras las mujeres, hijos, ganados y equipaje los seguían. Desde distintos puntos la vasta hueste que, juzgando por el hecho de que el número de varones llegaba a seiscientos mil, no podría haber sido menor de dos y medio millones, convergía hacia el lugar central en Sucot.

Probablemente Moisés conducía el más grande de varios destacamentos; y casi podemos imaginarnos la expresión de legítimo orgullo en su rostro, mezclado con un sentido de profunda humildad, porque había sido honrado como el instrumento, en la mano de Dios, de tan grande liberación. Sucot quedaría como a quince millas de su lugar de partida, y allí hicieron su primer alto prolongado; cocieron panes sin levadura de la masa que habían llevado consigo; y dejaron descansar a las cansadas mujeres y niños en enramadas hechas apresuradamente del follaje de aquella región: de modo que toda la hueste, animada y refrescada, pudo emprender su segunda etapa, que la condujo a Etam, a orillas del desierto, donde la verde vegetación de Egipto se cambia en arenal. Hay un episodio en esta partida que no debemos olvidarnos de mencionar y que muestra cuánto del éxodo se debió a la fe, al menos en el caso de Moisés, y tal vez de otros: «Y tomó Moisés los huesos de José» (Éx. 13:19).

Este ilustre antepasado de su raza había muerto como cuatrocientos años antes; pero en su lecho de muerte había exigido a sus hermanos que prometieran que cuando Dios los visitara, como no dejaría de hacerlo, y los sacara de Egipto, llevarían sus huesos consigo en su marcha. En su muerte, y durante aquel largo tiempo de espera, había sido el profeta del éxodo; y con cuánta frecuencia habrían sido tema de conversación aquellos huesos insepultos en los hogares de los hebreos. Y ahora que ellos acompañaban su marcha, todo el pueblo comprendió que los pronósticos de generaciones se cumplían. Dios ciertamente los había visitado...

Se dice que en las campañas de Alejandro el Grande un brasero lleno de combustible y elevado sobre un palo alto indicaba su pabellón, y dirigía la marcha de sus ejércitos victoriosos. Pero un espectáculo aún más grande se dejó ver cuando aquella hueste de hebreos partió de la tierra de esclavitud. ¿Quién no ha visto en un cielo de verano un majestuoso cúmulo moviéndose lentamente al través del cielo, como si hubiera tomado la figura de algún grandioso monte de los Alpes, cuyas peñas, gargantas y nieves, estuvieran siendo reproducidas en su forma y color? Algo semejante se condensó en la atmósfera matutina, a la cabeza de la vanguardia, para no volver a desamparar a aquella compañía de peregrinos, hasta que hubiesen pasado el Jordán y hubieran descendido para dar calor a la casa de Dios. Pero por todos los años, al caer la noche, ardía con fuego interior; fuego que siempre era el símbolo y la señal de la presencia de Dios.

Esta señal tenía muchos propósitos: era la guía de su marcha, una sombra para el calor ardiente de un sol vertical, que extendía sus pliegues en blanca hermosura para cubrirlos en una «tierra cansada», y en la noche les proveía de luz mientras los vigilaba como el ojo de Dios. En una ocasión, como veremos más adelante, les dio el mayor servicio ocultando los movimientos de Israel, estando entre ellos y sus enemigos que los perseguían.

También Jesús afirmó la Luz del mundo para toda alma. Él es nuestro Guía; por su Espíritu en nosotros, por el ejemplo de su vida, por las palabras de su Evangelio, y por las múltiples indicaciones de su providencia, nos conduce por los desiertos de nuestra peregrinación terrenal hasta la tierra donde deseáramos estar. No nos adelantemos, pues, apresurándonos temerariamente, u obrando según nuestras precipitadas conclusiones. No le sigamos indolentemente de lejos. Resolvámonos a esperar meses o aun años, si Él no da señal indicando que ha llegado el tiempo para levantar las tiendas y seguir.

Asimismo, Cristo es nuestro Escudo; bajo su pabellón podemos abrigarnos de las saetas del sol de la tentación, de la prosperidad y del brillo del éxito terrenal. Es nuestra Luz; los que lo siguen no andan en las tinieblas de la ignorancia, impureza o pesar, sino que tienen la luz de la vida. Descorre la cortina de tu tienda, peregrino cristiano, mira la noche iluminada ya, con los millares de estrellas de promesa; en medio de todas ellas verás la señal de que Aquel que no duerme ni dormita, y para quien la noche resplandece como el día, está contigo.

En el pensamiento de Moisés, aquella nube de día y de noche estuvo pletórica de seguridad, porque era el mismo carro de Dios, en que andaba delante de su pueblo. Y es muy conmovedor entender que nunca la quitó, como si ni el pecado, ni las murmuraciones, ni la desobediencia, pudieran alguna vez desterrar a Aquel que nos ama, no por ser nosotros buenos, sino para hacernos buenos; y que no puede dejar ni desamparar a aquellos a quienes ha enseñado a balbucear: «Abba, Padre».

La ruta más fácil para llegar a la tierra de Canaán pasaba por el istmo de Suez y la tierra de los filisteos. Un viaje de poco menos de cien millas los habría conducido directamente a su destino. Pero Dios no les permitió ir por ese camino por temor de que la vista de huestes armadas los desanimara. En años posteriores, cuando la educación y las revelaciones del desierto fueran acabadas, podrían mirar aquellas escenas sin amedrentarse. Pero no debían conocer aún la guerra hasta que estuvieran más instruidos en cuanto al poder y cuidado de Dios. Así es nuestro viaje; siempre adaptado a nuestras fuerzas. Dios está siempre considerando lo que podemos soportar; no metiéndonos nunca en peligros ante los cuales el corazón y la carne desfallecerían: «Dios hizo que diese vuelta».

Las vueltas prueban nuestra paciencia; pero es la mejor ruta para los corazones tímidos y los pies inexpertos.

Sin duda el pueblo se desanimó cuando la nube cambió su curso, para llevarlos directamente hacia el sur. Pero no había alternativa; y así al fin se hallaron acampados en un lugar que el juicio humano nunca habría escogido. Parecería como si Moisés mismo hubiera vacilado en acampar así a no haberle sido mandado claramente que adoptara aquella posición. A un lado de ellos estaba Migdol (la moderna Muktala) y un desierto infranqueable de arena; por el otro lado estaba el Mar Rojo. Al este de ellos, o, como si pudiera ser enfrente de ellos, estaba la sierra infranqueable de Baal-zefón. Era una completa emboscada. No había modo de retirarse de ella sino por el camino por donde habían entrado. Entonces, fuertes y penetrantes fueron los murmullos y protestas del pueblo: «¿Es éste el camino para Canaán? ¡Sabemos que no lo es! ¿Cómo es que te atreves a conducirnos, cuando aun tus primeras tácticas son tan descabelladas? ¡Gracias a que Faraón tiene que sepultar a su hijo; pues si viniera tras nosotros, seríamos como un rebaño de ovejas acorraladas, la presa del primer lobo que pudiera saltar sobre la cerca!».

Semejante reflexiones y reproches no son fáciles de soportar. Sólo pueden soportarse por un hombre que ha aprendido a confiar completamente en su Dios. No hicieron impresión en Moisés. Sabía en quién había creído. Había aprendido a obedecerle implícitamente, y a verse siempre completamente vindicado.

¡Quisiéramos tener más de esta confianza en Dios que descansa tan completamente en su dirección y ayuda! Ello para que el creyente se atreviera a hacer lo que para otros parecen señales de locura y fanatismo insensato, pero que es vindicado por el resultado.

Con frecuencia Dios parece poner a sus hijos en situaciones sumamente dificultosas, conduciéndolos a un ángulo de donde no hay modo de escaparse; trazando una posición que ningún juicio humano habría permitido, a haber sido consultado previamente. La misma nube los conduce allí. Puede ser que tú, lector mío, puedas ser envuelto así en idéntica hora. Es incomprensible y misterioso en sumo grado; pero está perfectamente bien. El resultado hará más que justificar a Aquel que te ha llevado allí. Es una plataforma para la ostentación de su gracia y poder omnipotentes. No sólo te librarás sino que al hacerlo te enseñará una lección que nunca olvidarás; y la cual celebrarás en días posteriores con muchos salmos y cánticos. Nunca podrás agradecer suficientemente a Dios el haber obrado justamente como lo ha hecho. De haberte puesto tú mismo por tu capricho en semejante situación, habrías perecido miserablemente; pero puesto que es Él quien te ha llevado allí, sólo tienes que estarte quedo para ver su salvación, que está preparada como la mañana.

Luego que Israel hubo partido, Faraón lo sintió. Las obras públicas se habían detenido por falta de obreros. Grandes territorios quedaron de repente desocupados. La labor de este pueblo esclavizado hacía falta por todos lados, en la ciudad y en el campo. Hubo una súbita pérdida de rentas y de servicios que apenas podía soportarse. Y su orgullo le prohibió dar, sin esfuerzo, su aquiescencia al éxodo. Además de eso, en su loco deseo de deshacerse de este pueblo, los egipcios los habían cargado con joyas de plata y joyas de oro y vestidos; tanto así que se dice claramente: «despojaron a los egipcios». Es claro, por las contribuciones que tuvieron que dar después para la construcción del tabernáculo, que Israel llevaba consigo una gran cantidad de tesoros y cosas de valor:

«Y mudóse el corazón de Faraón y de sus siervos acerca del pueblo, de modo que decían: *¿Qué despropósito es este que hemos hecho dejando ir a Israel, para que deje de servirnos?»* (Éx. 14:5).

En esta relación el rey fue informado del movimiento extraordinario, hacia el sur, que parecía haberlos puesto de nuevo en su poder. ¡Seguramente sus dioses recobraban su antiguo poder y acudían de nuevo en su ayuda! Y dijo: «Perseguiré, alcanzaré, repartiré despojos, hencharé de ellos mi alma». Entonces se apresuraron mucho para ordenar a los valientes, el orgullo de Egipto, y reunir los seiscientos carros escogidos, y la caballería y la infantería: «Y los egipcios siguieron al alcance de ellos, todos los caballos y carros de Faraón (...) y los alcanzaron» (14:9).

Y así se cerró la tarde del día que era probablemente el quinto del éxodo; los de la retaguardia de la hueste fugitiva vieron las formas terribles de los guerreros egipcios bajando los cerros del desierto; y al caer la noche sabían que toda la hueste egipcia estaba acampada cerca de ellos, sólo esperando la luz de la mañana para caer sobre ellos, envolviéndoles en una matanza general, o en lo que era tal vez peor, la vuelta a la esclavitud.

Era una situación espantosa. Terrible, en verdad, era aquella nueva para aquellos corazones cobardes. Inmediatamente volviéronse contra Moisés, y le hicieron sentir en su corazón toda la fuerza de su temor y angustia: «¿Por qué has hecho esto con nosotros? ¿Acaso por no haber sepulturas en Egipto? ¡Mejor haber perecido allí que aquí! ¿Por qué no nos dejaste en paz? ¿Dónde está tu Dios?».

Entonces aquel noble espíritu se levantó en la fuerza de su fe, y en las palabras que habló vemos su propia actitud interior. No temió ni se pasmó, sus mejillas no palidieron, ni se intranquilizó su corazón; estuvo quedo esperando ver la salvación de Dios. Estaba enteramente seguro de que se efectuaría aquel día; y sabía que Jehová pelearía por ellos, y los redimiría, y vindicaría su propia palabra...



## Capítulo 12: El cántico de victoria

Cuando la nube de Dios pone a alguno de sus hijos en dificultades sin paralelo, puede siempre contar con que Él lo libraré. Nuestro Padre Todopoderoso, como el águila de la cual cantó Moisés después, se deleita en conducir a los tiernos polluelos objeto de su solicitud, a la mera orilla del precipicio, y aun empujarlos al borde de las profundidades del aire, para que entiendan su posesión de los poderes embrionarios de volar, los cuales les serán siempre después un lujo; y si, en el esfuerzo son expuestos a un peligro inusitado, Él está preparado para ponerse debajo de ellos, y llevarlos hacia arriba sobre sus poderosas alas.

Un ejemplo conspicuo lo tenemos aquí. De su carro de nubes su Amigo Todopoderoso vio a la atemorizada muchedumbre de fugitivos que clamaba a Él: «En todas sus aflicciones, Él fue afligido y el Ángel de su presencia los salvaba; en su amor y en su compasión los salvó; y los alzaba y los llevaba todos los días de la antigüedad».

Sí, durante aquel día y aquella noche memorables, como Moisés predijo, «Él peleó por ellos mientras ellos estaban quedos». Esto sugiere otro pensamiento, que nuestra liberación no depende de nuestros merecimientos, sino del propósito Divino. Y aunque podría suponerse que nuestra conducta en medio de los peligros no dejaría de alejar de nosotros la ayuda Divina, sin embargo no será así, sino que no obstante todo eso, obrará milagros poderosos por los que no tienen derecho de reclamar nada de Él, sino lo que da su amor.

El único que parecía no estar conmovido en medio del pánico del pueblo era su heroico líder, cuya fe fue el órgano de su liberación. Y por esto sucede que en todas las alusiones posteriores a este gran acontecimiento, siempre se refiere a su mano como el instrumento por el cual el poder de Jehová obró: «Guiaste como rebaño, a tu pueblo, por mano de Moisés y de Aarón» (Sal. 77:20).

«Los condujo por la diestra de Moisés» (Is. 63:12).

El pueblo, por lo tanto, tenía buena razón de acordarse de los antiguos días de Moisés; porque fueron hechos famosos por la gran fe de él.

Hay un límite a la oración. Aunque Moisés presentaba al pueblo una apariencia de fortaleza tranquila, alzándose entre ellos como una roca, ante Dios se doblaba como una caña cascada, clamándole. Esa no era, sin embargo, una hora de súplica angustiada, sino de la acción; debía dar al pueblo el mandato de avanzar. Sobre el mar en el cual las sombras de la noche caían rápidamente, debía extender su vara; y por su fe dar al poder de Dios un conducto por el cual separar las grandes aguas.

Aquella vara ya había desempeñado muchos papeles; creció al principio en alguna cañada húmeda de la península del Sinaí, poco sabedora de su destino, hasta que fue cortada por el pastor con el propósito de dirigir su rebaño, o defenderse de alguna bestia de presa; estaba en su mano cuando Dios lo encontró al principio, y echada sobre la tierra vino a ser una serpiente, emblema del orgullo egipcio. Ya había tenido su parte en muchas de las plagas egipcias; extendida sobre las aguas del río las había vuelto sangre; levantada hacia el cielo había llamado a la tempestad; extendida sobre la tierra había vuelto el polvo en piojos; en adelante había de ganar la victoria sobre Amalec, y sacar aguas del corazón de la peña; en todas partes era «la vara de Dios». Pero nunca en toda su historia había hecho, ni haría, tal maravilla como la que le esperaba aquella noche, cuando al mandato de Dios fue extendida sobre las aguas del Mar Rojo.

Lo que la vara era en la mano de Moisés, era él en la mano de Dios; y lo mismo puede ser cada uno de nosotros en su mano, si tan sólo nos cedemos a Él implícitamente para el servicio. Puede ser que por naturaleza seamos de la más tosca textura; ni de pino, ni de encino, ni de cedro; puede ser que en cuanto a educación no tengamos cultura ni refinamiento; puede haber en nosotros muchos nudos que afeen nuestra simetría y belleza... Pero, ¿qué importan estas cosas? Lo único esencial es saber que somos movidos y usados por las manos que amoldaron los mundos y construyeron el arco de los Cielos. El grabador de vidrio tiene junto a él en el banco los más rudos instrumentos de hierro para ayudarle a formar los diseños más exquisitos; pero la destreza de su toque es más que compensación por su aparente ineptitud. No importa que seas un pedazo de hierro, o una vara cortada de un árbol tosco; pero ten cuidado de estar en la diestra del Obrero Divino.

Hasta ahora la columna de nube se había movido con majestuosa gloria en los cielos; pero en esta hora bajó a la tierra como un gran muro de vapor movedizo, formando una cerca entre el campamento de Egipto y el campamento de Israel. Para los primeros era oscura y amenazadora,

impidiendo el avance, y cubriendo los movimientos de los fugitivos; a los segundos les daba luz, arrojando un resplandor sobre la arena y el mar, e indicando con una exactitud que no erraba, el camino que pronto apareció. Por toda la noche aquellos fanales celestiales brillaron; y en días posteriores la memoria del efecto producido por el reflejo de su luz en los muros de las aguas como de vidrio, sugirió al profeta inspirado las imágenes con que pintó el triunfo de los redimidos que están a orillas «del mar de vidrio mezclado con fuego, teniendo las arpas de Dios». Parece que la misma inspiración no podría hallar un emblema más digno de aquel acontecimiento supremo que el rapto y el triunfo de la hueste de Israel en la noche, cuando la gloria del shekina fue reflejada en las olas amontonadas a cada lado, como columnas a la entrada de un magnífico templo.

En este punto, siguiendo la narración del salmista, es claro que una terrible tempestad entró en escena. La tierra se estremeció y tembló lo mismo que los macizos cimientos de las montañas; de entre las tinieblas, sobre sus cabezas, las cortinas del pabellón de Dios salían los repetidos relámpagos, seguidos de las largas reverberaciones de los truenos. El Altísimo dejó oír su voz seguida por el azote de los granizos y las bolas de fuego. El viento oriental se levantó furiosamente, empujando delante de sí las aguas que se sintieron heridas por el aliento de su nariz; y enseguida, recogiénolas en las manos, las amontonó, ola sobre ola, hasta que se irguió un muro de espuma tumultuoso, desde la base hasta la cumbre, irritado, hirviente, humeando, resistiendo el refrenamiento inesperado, y sorprendido de la postura inusitada, pero sostenido firmemente todo el tiempo por la presión de aquel poderoso ventarrón que no le dio tregua, sino que lo mantuvo firme y toda el agua de atrás, amontonada, se apoyó en aquel baluarte, tan extrañamente construido, tan maravillosamente mantenido.

Por el otro lado la corriente se retiraba cada vez más hacia las grandes profundidades tras de ella. Era como si cada ola sintiera el impulso, la sucesión de un abismo que se abría en alguna parte lejana del mar, y se apresurara a llenarla, dejando desnudo el fondo en la irresistible huida: «Entonces aparecieron los canales de las aguas; fueron hechos patentes los cimientos del mundo».

De modo que rocas y piedras depositadas en tiempos primitivos, y celosamente veladas a todas las miradas escudriñadoras, se despertaron para hallarse descubiertas.

De pronto parecía que había habido una pausa en la velocidad de las aguas que se retiraban, y comenzaron a volverse lentamente; pero al hacerlo encontraron que eran restringidas por la mano de Dios, que, dejando un camino de suficiente anchura desde el muro ya formado, comenzó a construir un segundo: «E hizo elevarse las aguas cual montón, cuajáronse los abismos en el corazón del mar».

Descendiendo de la orilla entre estos dos muros de agua, se veía un camino ancho, comparado por el profeta a aquellas sendas montañosas por las cuales los ganados descienden de las tierras altas donde pacen, a los valles donde reposan (véase Is. 63:14). ¿Ha habido alguna vez alguna comparación tan extraña? Y sin embargo, por el momento parecía muy natural; y en ese momento, las palabras que habían pronunciado los labios del líder, y habían sido oídas por los que lo rodeaban más de cerca, pasaron como fuego en la llanura, aunque en secreto, de boca en boca: «Manda a los hijos de Israel que marchen».

E inmediatamente, sin precipitarse, pero con alegre obediencia, la hueste rescatada bajó, fila tras fila, y pasó entre los muros de vidrio y fuego en medio del ruido de la tempestad, lo que hizo que su retiro no pudiera ser oído por sus enemigos.

Imagínate, oh hijo de Dios, si puedes, aquella marcha triunfal; los niños excitados refrenados de lanzar exclamaciones de admiración por el silencio perpetuo de sus padres, la excitación casi irrefrenable de las mujeres al hallarse de repente salvas de una suerte peor que la muerte, mientras los hombres las seguían o las acompañaban, avergonzados o confundidos de haber alguna vez dudado de Dios, o murmurado contra Moisés; y al ver aquellos grandes muros de agua, amontonados por la mano extendida del Eterno, en respuesta a la fe de un solo hombre, aprende lo que Dios hará por los suyos.

No receles del resultado de la obediencia implícita a su mandamiento; no temas las aguas irritadas que en su orgullosa insolencia impiden tu progreso; no temas a las muchedumbres turbulentas de hombres que son comparados con las aguas alzando la voz y rugiendo con sus olas. No temas ninguna de estas cosas. Sobre las voces de muchas aguas, de las poderosas olas del mar, el Señor se sienta como rey sobre el diluvio; Jehová se sienta como rey para siempre. Una tempestad no es más que como el borde de su manto, un síntoma de su advenimiento, el ambiente de su presencia. Su camino no sólo

está en el mar, sino que lo atraviesa, su camino está entre las poderosas aguas, y sus pisadas están ocultas de la razón humana. ¡Atrévete a confiar en Él! ¡Atrévete a seguirle! Pisa en el fango del mar y hallarás que es roca; descende a las grandes profundidades y hallarás que las mismas fuerzas que interrumpieron tu progreso y amenazaron tu vida, a su mandato vienen a ser los materiales que componen la avenida que te conduce a la libertad.

Luego que los egipcios se dieron cuenta que Israel se les escapaba, los siguieron desesperadamente aun hasta en medio del mar. Hubo bastante orgullo y obstinación en este acto, que tentó a Dios y lo retó a hacer lo peor que pudiera; y, desde luego, cuando toda la hueste estaba entre los muros de agua, toda la fuerza de la tempestad parecía gastarse en ellos. El Señor los miró de en medio de la columna de fuego y de nube y los puso en consternación; un pánico repentino les sobrevino; sus pesados carros podían avanzar muy poco en medio del fango del fondo del mar, y las mismas ruedas llegaron a embarazarse y ligarse de modo que no pudieron moverse; y volviéronse para huir, reconociendo que Uno mayor que Israel los acometía.

En estos momentos comenzó a despuntar el alba, y, al mandato de Dios, Moisés extendió su mano sobre el mar; y el mar volvió en su fuerza. Los egipcios huyeron en vano en contra de él; y fueron sumergidos con el repentino empuje de las aguas que venían contra ellos de ambos lados. Se hundieron como plomo en las poderosas aguas; bajaron como una piedra a sus profundidades; y en menos tiempo de lo que se gasta en relatar la historia, no quedó ni un resto de su poderosa ostentación.

Entonces cantó Moisés. La luz de la mañana reveló uno de los espectáculos más memorables de la historia. Una nación de esclavos, huyendo de sus amos, de repente había llegado a ser una nación de libres y se halló sobre las playas de un continente nuevo. El pueblo orgulloso, que por generaciones les había infligido semejantes pesares, había sufrido una humillación de la cual no se recobraría por generaciones. La gente más ilustre de Egipto fue anegada en medio del mar, no quedó vivo ni uno de ellos; y por todo el largo de la playa se veían los cadáveres de los muertos, arrojados de las profundidades del mar. El día de hoy, un blanco significativo en los memoriales escritos en los jeroglíficos de Egipto, dice la historia de aquel desastre abrumador. Y fue dada a Israel para todo el tiempo subsecuente una evidencia de que Dios era digno de la confianza que los obligaba a creer no sólo en su gran Libertador, sino en su siervo Moisés. Es así, si tan sólo

estamos quietos, y remitimos a Él nuestra causa, de las calumnias de nuestros infamadores y sacamos nuestro juicio a la luz. Y miraremos las formas de aquellos que antes nos llenaban de recelo, muertos sobre la playa del mar; impotentes para perseguirnos o perjudicarnos.

Y aquella hueste rescatada, reunida allí en una vasta multitud, rompió en un cántico, cuyos sublimes conceptos de lenguaje lo hicieron digno de la ocasión, y ha sido modelo de los cánticos triunfales en todo el tiempo subsecuente.

No hay otro pensamiento sino del Señor en todo el escrito. El cántico fue entonado para Él y acerca de Él. Era Él quien había triunfado gloriosamente, y echado al caballo y su jinete dentro del mar. Era su diestra la que había despedazado al enemigo. Fue porque sopló con su viento por lo que ellos se hundieron en las poderosas aguas. Fue por la grandeza de su excelencia por lo que fueron derrumbados los que se habían levantado contra Él. Todos los honores de la victoria fueron puestos reverentemente a los pies de Él. No se refiere ni una vez a Moisés.

Y la facilidad de su victoria estaba claramente acentuada. Las aguas fueron alzadas como muros por su aliento. Sopló con su viento y todo un ejército se hundió como una piedra en las profundidades. Sólo tuvo que extender su diestra, y el mar se tragó al más grande ejército del mundo.

Nótense los epítetos acumulados a Dios: «Mi fuerza y mi canción y mi salvación». «Glorioso en santidad, pavoroso en alabanzas, hacedor de maravillas».

Mientras, los hombres lo ensalzaban como «hombres de guerra», y se esparcían en la angustia que sobrevendría sobre los habitantes de Canaán al oír la historia de su derrumbamiento. Las mujeres, encabezadas por María, contestaron en un noble refrán: «Cantad a Jehová, porque se ha ensalzado soberanamente, al caballo y a su jinete ha arrojado en el mar».

Si esta oda fue compuesta antes, en previsión de este momento, no podemos saberlo. Puede ser que así lo fuese; pues de otro modo, ¿cómo podría haber sido cantada por aquellos miles reunidos? Pero esto en sí mismo sería una señal notable de la fe que moraba tan vigorosamente en el corazón de Moisés. Fue preeminentemente el cántico de él; y en sus últimas notas

columbramos sus anticipaciones del futuro y la certidumbre de sus convicciones: «Los harás entrar y los plantarás en el monte de tu herencia».

Así, en ocasiones, Dios vuelve nuestras ansiedades en cantos. Una noche podrá durar la pena, mas a la mañana vendrá la alegría; los redimidos obtienen alegría y gozo; Dios pone gozo en su corazón y canciones nuevas en su boca. Largos años de espera, preparación y obediencia serán premiados al fin, tan seguramente como Dios es Dios. Si no antes, sin embargo seguramente cuando la mañana despunte sobre las playas del tiempo, nos uniremos en clamores de victoria que despertarán ecos eternos, cuando nos unamos con millares y millares para entonar el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero.

## Capítulo 13: Mara y Elim

La Península del Sinaí, en cuyas orillas estuvo el pueblo rescatado, y que por cuarenta años había de ser su escuela, es uno de los países más ásperos, más grandiosos y más estériles del mundo. Ha sido descrito como una masa enredada de montañas amontonadas en una confusión inextricable, y levantándose paulatinamente en altura hacia la elevada cumbre de Um-Shomer, al sur del Sinaí. Entre el Mar Rojo y las menos elevadas cimas exteriores de estas grandes ciudadelas de roca, hay una llanura de cascajo; y de ésta el país se eleva lentamente a través de largas avenidas y pasos compuestos de granito purpúreo o brillante piedra arenosa, que dan un color al paisaje que no se conoce en nuestros cerros desnudos y grises.

No tenemos que tratar ahora de aquellas avenidas majestuosas que conducían al santuario interior; sino de la llanura arenosa, sobre la cual, durante las primeras semanas de su peregrinación, la hueste fue conducida, siguiendo las playas del Mar Rojo, a lo largo de las cuales probablemente vieron los cadáveres de sus enemigos: un espectáculo horrendo.

Aunque no se declara expresamente, debe haber una división de la hueste de los israelitas, desde el punto donde fueron levantados sus primeros campamentos en esta tierra nueva y extraña de libertad. Los rebaños y ganados, como es la costumbre entre los árabes modernos, fueron bastante esparcidos en el país para que pacieran en los escasos «pastos del desierto», de que habla el salmista.

«En casi todas partes -nos dice el Deán Stanley- hay una capa delgada, casi podría decirse transparente, de vegetación. Y en unos pocos lugares hay más verdura, hallados no junto a los torrentes de invierno, sino los pocos manantiales vivos que son tal vez perennes; que por el mero hecho de su escasez ganan una importancia que es difícil entender en los paisajes húmedos de estas tierras septentrionales». Fue allí donde se conservaron sus ganados y rebaños, mientras la masa del pueblo marchó con Moisés.

¡Cuán maravilloso el cambio! Ya no sentían el latir incesante del movimiento de Egipto, con festivales y espectáculo, canto y fiestas, la corte y el ejército; ya no veían el verde valle del benéfico Nilo, donde nunca faltaba el agua, y sabrosas legumbres, melones y ajos satisfacían la sed; ya



no veían la majestuosa gloria de la esfinge, las pirámides y los templos: sino en lugar de éstos un silencio tan intenso que dicen los árabes que pueden hacer oír sus voces a través del Golfo de Akaba, una devastación tan seca, que podrían darse por afortunados si encontraran un manantial en la marcha de un día; mientras, estaban literalmente encerrados en un templo, cuyas paredes eran rocas estupendas, tal como manos humanas nunca habían levantado.

Pero en medio de todas estas experiencias variadas, la nube los guiaba lentamente hacia adelante; y mientras las escenas sucesivas pasan rápidamente ante nuestra vista, no podemos menos que ver en ellos una alegoría o parábola de la vida humana, y reconocer la verdad de la declaración del apóstol: «Estas cosas les sucedieron a ellos como ejemplo» (1 Co. 10:11).

Moisés conocía bien aquel desierto: su carácter áspero y desolado, los lechos secos de sus torrentes, su carencia de todo lo necesario para sostener la vida humana; sabía también que si seguían la ruta hacia el norte, pronto llegarían a la tierra de los filisteos, «que estaba cercana», y donde fácilmente podrían conseguir todo lo necesario, ya por medio de la conquista o por medio de la compra; sin embargo se nos dice que deliberadamente los condujo hacia el sur, al desierto: «Y Moisés condujo a los hijos de Israel del Mar Rojo, y salieron al desierto de Shur».

No podía obrar de otro modo porque la nube se dirigía hacia allá; pero aun teniendo delante de los ojos aquella indicación de la voluntad de Dios, fue una fe heroica la que lo condujo con dos millones de personas directamente al desierto (véase Éx. 13:17; 15:22).

Todos nosotros necesitamos ser conducidos por la vía del desierto. En medio de sus escenas majestuosas, nuestra mente torcida y apocada por la demasiada familiaridad con las obras de los hombres adopta una tónica más elevada, y llega a admirarse de la pequeñez de las vanidades que interesan a tantos. Allí aprendemos a tratar con Dios, no por segunda mano, como sucede con demasiada frecuencia en la civilización humana; mas directamente con quien esparce con su propia mano el maná que constituye nuestro alimento, y deriva de la «dura peña» las corrientes vivas que han de apagar nuestra sed.

Perdemos los lujos que estaban minando y enervando nuestra naturaleza moral, para hallarnos fortalecidos y reforzados en cada músculo por las privaciones y el trabajo. La paciencia, la libertad, la fe, el espíritu del peregrino, todas estas cosas son producto de la peregrinación en el desierto, que florecen en su ambiente raro y peculiar.

Hubo buenas razones, pues, para que el gran líder siguiera el camino señalado por la nube; pero esto no aminora la evidencia sublime de fe que podía confiar en Dios hasta lo sumo, cuando volvió la espalda a Filistea, y se dirigió firmemente hacia el centro del desierto, escondido de la vista hasta ahora por aquellos grandes baluartes y muros de roca.

«Y anduvieron tres días en el desierto sin encontrar agua» (Éx. 15:22).

La jornada del primer día sin duda fue muy aflictiva: las tempestades de arena que los cegaban, la brillante luz del sol reflejada por las blancas tierras calcáreas, la ausencia de sombra, de árboles, de agua. Y el agua que llevaban en sus botas de cuero se había calentado, de modo que no refrescaba.

El segundo día no fue menos aflictivo. Ya habían dejado muy atrás el mar, y no había nada que interrumpiera la monotonía del horizonte sin árboles, sin vida y sin agua. Y seguramente cuando levantaron sus negras tiendas para pasar la noche, era difícil reprimir algún descontento o al menos ansiedad, en cuanto a lo que la mañana podría traer para sus pies llenos de ampollas y sus labios febriles. Su provisión de agua también ya casi se acababa si no era que ya se había acabado.

Amaneció el tercer día. Tal vez Moisés, sabiendo que los manantiales de agua no estaban lejos, los animara a perseverar, y todos tendieron la vista para columbrar desde lejos las palmeras u otros árboles verdes. No más ansiosamente busca la madre las señales de la restauración de la salud en las mejillas de su niño, o la guarnición sitiada escudriña el horizonte para ver la primera señal del escuadrón de socorro, que aquellos ojos ansiosos buscaban las señales prometidas.

Y cuando al fin, al caer la tarde, las divisaron en lontananza, cuán alegremente gritaron, cuán regocijados sintieron sus corazones, con cuánta prontitud expresaron su confianza en Moisés. Sus fatigas, quejas y privaciones fueron todas olvidadas, mientras con pasos acelerados se dirigían hacia los pozos. Pero cuán grande fue su decepción y desaliento

cuando el primer sorbo llenó su boca de amargor, y descubrieron que estaba tan nauseabunda que no podían tomarla.

Mientras no hubo nada, habían soportado; pero este pesar era insoportable, y volviéronse hacia Moisés y murmuraron: «¿Qué hemos de beber?». Pronto se olvidaron de sus obras. Dejaron de cantar alabanzas y se hicieron rebeldes.

¿No sabemos todos nosotros algo de la marcha a través del desierto? Puede seguir después de una gran liberación. Pero ¡cuán grande el contraste entre las extasiadas aleluyas de uno y la triste monotonía del otro! El principio es interesante y deleitoso, pero es muy difícil seguir andando día tras día, en medio del polvo del taller, el deslumbramiento de la tentación, la opresión de la consumidora pobreza, la rutina del trabajo enfadoso. Nadie halla agradable el desierto; ha de ser nuestra escuela, nuestro campo de disciplina, nuestra arena, donde estamos siendo severa y cuidadosamente educados para nuestro gran futuro. Y entonces llegaremos a Mara...

¿Vendrán amargas decepciones, pesares que despedazan el corazón? Nuestros ideales serán rotos y nuestros planes acariciados destruidos. Sería mejor caminar día tras día sin la visión venidera, que despertarnos para ver que ha sido un espejismo insubstancial. Se permiten las Maras para ponernos a prueba, o, en otras palabras, para mostrar lo que está en nosotros. ¿Qué peregrino a la Nueva Jerusalén no ha visitado aquellos manantiales y mezclado sus amargas lágrimas con las amargas aguas?

Entonces Moisés clamó a Jehová. Cuánto mejor es esto que reprender al pueblo, o amenazar con dejar de ser su líder, o sentarse melancólico y completamente desesperado. Los discípulos de Juan, cuando habían sepultado a su amado maestro, fueron y se lo dijeron a Jesús. Y en todos los siglos los siervos de Dios se han regocijado en volver de sus decepciones y la ingratitud de aquellos por quienes habrían muerto gozosamente, a Aquel cuyo corazón está atento a cada sollozo, y cuyo amor está sobre todos, y en todos y por todos.

Al lado de cada amarga Mara crece un árbol el cual, cuando es echado en las aguas, las vuelve sabrosas y dulces. Es así siempre. El veneno y el antídoto, la infección y la cura, la pena y la medicina, siempre están cercanos. La palabra que salva está cerca aun de la boca y el corazón. No vemos siempre la gracia suficiente, pero está allí. Por estar demasiado ocupados con nuestra

decepción, no nos animamos a buscarla; pero cuando clamamos es mostrada a nuestra vista anhelante.

Y ¿de qué es tipo aquel árbol, sino de la cruz de Cristo, que es el símbolo, no sólo de nuestra redención, sino de una voluntad rendida? Fue allí donde su obediencia a la voluntad de su Padre llegó a su suprema manifestación. Se hizo obediente hasta la muerte, muerte de cruz. No hay otra cosa que quite tanto la amargura de la decepción, y la haga tan agradable, y tan conducente a la vida, como el mirar desde ella a la cruz, y decir: «Sea hecha no mi voluntad sino la tuya. Tu voluntad es mi felicidad. En tu voluntad está mi bienaventuranza».

¡Qué lección tan patente aprendía Moisés de día en día! En verdad Dios debe haberse hecho una realidad viva para él. Aprendió los caminos de Dios; se nos dice expresamente que le fueron dados a conocer. Y debe haber llegado a sentir poco a poco que toda la responsabilidad de la peregrinación estaba sobre los grandes y anchos hombros de su Amigo Todopoderoso.

¡Compañeros de trabajo, no llevemos nosotros las responsabilidades que resulten de su obra! Nuestro único pensamiento debe ser seguir sus pisadas y estar en unión viva con Él. Podemos dejar todo el resto a Él.

Hay más Elims en la vida que Maras; y acampamos junto a ellos. A veces no se nos permite descansar en uno, pero podemos pasar días largos y felices en otros. ¡Cuán agradable la sombra de aquellas setenta palmas! ¡Cuán dulce el agua de aquellos doce pozos! ¡Cuán deleitosos aquellos días llenos de descanso! ¿Dices que nunca tendrás esta felicidad? ¡Pero te equivocas! Todas las almas cansadas alcanzarán descanso. No hay marcha a través del desierto que no llegue al fin a un Elim. El Cordero no dejará de conducirte por fuentes vivas de agua, y de limpiar toda lágrima de tus ojos, antes de que pases la puerta de perla. Hay una tregua en la tempestad; un cenador en la cuesta del cerro de la dificultad; una pausa en la marcha. Hace que sus ovejas yazcan en pastos de tierna verdura, y las conduce junto a aguas de descanso...

«¡Engrandeced a Jehová conmigo, y ensalcemos su Nombre a una!».  
Tenemos que atravesar el desierto, pues de otro modo nunca podremos llegar a Elim. Pero Elim debe al desierto gran parte de su felicidad. Es el castillo de las dudas lo que hace que la visión desde las montañas de las delicias sea tan encantadora. La larga enfermedad hace que el aire sea tan

exquisito en el primer paseo a pie o en coche que se permite al enfermo. Las largas nieves del invierno pintan los más bellos colores en las flores de la primavera. No te quedes murmurando en Mara, ¡apresúrate a partir! Vislumbramos a lo lejos nuestro Elim. Espera tú en Dios porque aún has de alabarle.

En Mara, Moisés recibió de Dios una nueva y gozosa revelación, la de que Él sería el sanador de su pueblo en su peregrinación a través del desierto, protegiéndolos de las enfermedades de Egipto. ¡Es maravilloso que semejante mensaje fuese enviado en ese tiempo! Pero la gracia de Dios no es refrenada por el pecado humano para que no conceda sus gozosas sorpresas. Y Elim fue la vindicación de la promesa. ¡Qué Dios es el nuestro! Derrumba nuestros enemigos en el mar y disciplina a su pueblo en el desierto. Nos conduce a través de la arena calurosa, y nos hace descansar en valles lozanos; permite la decepción en Mara, y nos sorprende en Elim. Nos conduce con una nube, pero nos habla de una voz humana. Enumera las estrellas, pero conduce a su rebaño como un Pastor, y dirige suavemente a los débiles. Escoge la nube de la tempestad para pintar en ella sus promesas en los colores del arco iris. Nos prueba en Mara, y en Elim nos refresca.

## Capítulo 14: La dádiva del maná

Podemos acampar en Elim, pasar días largos y felices en sus verdes enramadas, pero no podemos vivir allí; al menos la mayoría no puede. Es mucho más difícil, y se exige mucho más gracia para permanecer devoto y celoso, mantener los lomos ceñidos y el espíritu marcial, en su clima dulce y enervante, que en la arena dura y estéril del desierto, con su aire puro y estimulante. Hay pocos caracteres que pueden llegar a su más alta y noble excelencia en medio de las condiciones fáciles a través de las cuales a cada vida se le permite pasar. Por esto es que, aunque la nube de la dirección Divina se detiene en Elim el tiempo suficiente para refrescarnos, pronto recoge sus pliegues y comienza su progreso majestuoso sobre la expansión del desierto, no dejándonos más alternativa que la de levantar nuestro campamento y seguir.

Y así se dice: «...levantando el campamento de Elim, vino toda la Congregación de los hijos de Israel al desierto de Sin, que está entre Elim y Sinaí» (Éx. 16:1).

¡Adiós a las setenta palmas y a los doce manantiales de agua! ¡Adiós a las breves y suaves horas de descanso de la luz deslumbrante del desierto! Pero Aquel cuya naturaleza era reflejada en aquella belleza exquisita, que podía reproducir innumerables Elims si le pareciera hacerlo, nunca podría quedarse atrás, sino que siempre tenía que acompañar a su pueblo.

No importa si nos coloca en medio de vegetación o en medio del desierto. Él es responsable para suplir de sus propios recursos lo que falta en circunstancias exteriores. ¿Qué importa que no haya palmas? La sombra del Todopoderoso ha de abrigarnos del calor bochornoso.

Hay cosas acerca de Dios y de su habilidad para suplir todas las debilidades del alma del hombre, que no podrían aprenderse en ningún Elim, no obstante toda su hermosura; y sólo pueden adquirirse en aquellos largos corredores de roca que conducen al pie del Sinaí, como las antiguas avenidas de obeliscos conducían a las columnatas de Karnak. Las alas de águila sobre las cuales Dios lleva a su pueblo no se extienden debajo de ellos cuando el nido está destruido y abandonado. La supremacía de Dios sobre todas las leyes

naturales sólo se aprende cuando éstas se ven como estacionadas delante de Él a semejanza de ángeles que ejecutan sus mandatos, escuchando la voz de su palabra. La tierna paciencia de Dios, el lado maternal de su naturaleza, no es patente sino cuando toda una hueste rompe en sollozos como un niño quejumbroso. La puntualidad de Dios se discierne más fácilmente en el desayuno preparado en el desierto que en la procesión de las estaciones del año y la marcha de los mundos celestiales. Hacen bien pues en dejar a Elim; más allá de él están Siná, Pisga y Canaán.

Se agravaron mucho las responsabilidades que ya pesaban sobremanera sobre el corazón de Moisés, al tener que soportar las murmuraciones del pueblo que amaba tanto. Le hicieron volver de continuo a su Amigo Todopoderoso, para derramar en su oído simpatizante y tiernísimo toda la historia de su pesar. Pero estas murmuraciones repetidas a lo largo del camino del desierto hacen aún más conspicua la hermosura de su dulce mansedumbre, y la gloria de su fe, que probablemente era el único conducto por el cual obraba el poder de Dios para la salvación y bendición de su pueblo.

La raza de los murmuradores -triste es decirlo- no está extinta. Labios que a veces han ayudado a cantar himnos de consagración a veces pronuncian quejas. Y ninguno de nosotros pone tanto cuidado como deberíamos hacerlo, para refrenar la expresión del descontento. ¡Con cuánta frecuencia se mezclan murmuraciones con el alimento que tomamos por no estar nosotros enteramente conformes con su cualidad y preparación! O bien con la temperatura, porque no cuadra exactamente con nuestros planes, con nuestra vocación diaria, porque es fastidiosa y cansada, con la presencia o la ausencia de ciertas personas en nuestra vida...

Los murmuradores son cortos de memoria. No había pasado sino un mes escaso desde que el pueblo había salido de Egipto, un mes pletórico de las maravillas que la diestra del Señor había hecho. El historiador nota especialmente que era el día quince del mes segundo, y agrega: «...murmuró toda la congregación de los hijos de Israel contra Moisés y Aarón en el desierto; y les decían los hijos de Israel: *¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, y cuando comíamos pan hasta la saciedad! Porque nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea*» (vs. 2 y 3).

Podían acordarse muy bien de los deleites sensuales de Egipto; pero se olvidaban del azote del capataz y de la angustia de corazón con que amasaban el barro. Olvidaban con cuánta bondad Dios había hecho provisión para sus necesidades, desde que se habían parado al derredor de sus mesas para comer la carne del cordero de la pascua. Olvidaban el cántico de triunfo en que habían afirmado su entera confianza de que Dios los metería y los plantaría en la tierra de su herencia. Ninguna de estas cosas prevaleció para refrenar el torrente de sus quejas.

Cuando nos sintamos dispuestos a murmurar, repasemos el pasado, recordando cómo Dios nos ha tratado en los años pretéritos. Nos libró en seis dificultades, ¿será posible que nos olvide en la séptima? Ha rescatado nuestras almas del poder del sepulcro, ¿no ha de tener cuidado del cuerpo, que fue incluido en el precio de compra? Cuando se quejaba el salmista y su espíritu estaba abrumado, nos dice que se acordaba de sus maravillas de antaño, de los años de la antigüedad; acordábase de su canción de la noche; se acordaba de los años de la diestra del Altísimo: «Me acordaré de tus maravillas antiguas, meditaré también en todas tus obras. Y al paso que llamado por la memoria, el mar del pasado da sus muertos, cada revivida historia de la bondad de Dios, condenará la murmuración, y esforzará la fe vacilante».

Los murmuradores son cortos de vista. Dejan de ver que detrás de todas las apariencias de las cosas están escondidas la presencia y la providencia de Dios. Moisés llamó la atención del pueblo a este hecho que aumentó tan gravemente su ofensa. Les parecía que no hacían más que expresar su desagrado con un hombre semejante a ellos. Enojados y celosos, sintieron alivio en expresar su descontento contra aquel a quien lo debían todo. ¡Cuán vano es confiar en el populacho que hoy grita *Hosanna*, y mañana *Crucifícale!* Pero su fiel líder les mostró que sus insultos iban dirigidos no contra él, sino contra Aquel cuyo siervo era él, y por cuyo mandato todo se hacía: «Oye Jehová vuestras murmuraciones con que murmuráis contra Él: ¿y qué somos nosotros?, vuestras murmuraciones no son contra nosotros, sino contra Jehová» (vs. 8).

Nos conviene meditar bien en estas palabras. Algunos de los hijos de Dios están más dispuestos a admitir que hay una providencia general, que una especial y particular. Pero la primera envuelve a la segunda. Toda la enseñanza de Jesús nos compele a creer en un cuidado que enumera los cabellos de nuestra cabeza. Las mismas necesidades de nuestra educación



exigen una superintendencia Divina de las cosas insignificantes y comunes de la vida. Dios tiene que estar en todas las cosas ordenándolas y permitiéndolas. Es imposible, pues, murmurar sin que la espada de nuestras palabras cortando la delgadísima cortina de lo que vemos hiera a Aquel a quien las circunstancias apenas sirven para ocultar. Las quejas y las murmuraciones son dirigidas contra la voluntad, el arreglo y el plan de Dios. Y su curación es aceptar todas las cosas como de su mano, y aprobar sus sabias disposiciones y creer que Él está asegurando los mejores resultados.

A los murmuradores les falta la fe. La presión de la necesidad había comenzado a hacerse sentir poco o nada, en la hueste. No era tanta la penuria que experimentaban al momento, sino la que pensaban era inminente. Los víveres se escaseaban; las provisiones se agotaban; el pequeño almacén rehusaba prolongar su duración más que un período corto. Por eso vinieron a Moisés y murmuraron.

Con frecuencia Dios dilata su ayuda. Retarda su venida el tiempo suficiente para que dejemos de confiar en nosotros mismos, y para mostrar la futilidad de confiar en la ayuda humana. En semejantes ocasiones, con demasiada frecuencia evadimos la lección que nos quiere enseñar; y lamentamos nuestra dura suerte, aunque no sea sino una sugestión de nuestros corazones temerosos. Desde los pantanos de nuestra vida interior se levanta el miasma de la desconfianza, en cuyos dobleces la imaginación pretende descubrir objetos desvaídos y espantosos, e inmediatamente pensamos que tienen o tendrán una verdadera existencia, y caemos inmediatamente cuan largos somos, y tememos que tienen o tendrán una verdadera existencia, y caemos inmediatamente cuan largos somos, y tememos mucho, como Saúl delante de la aparición de Samuel.

Muchos de los hijos de Dios se desesperan por lo que recelan y prorrumpen en murmuraciones declarando que van a ser muertos, no obstante que si se detuvieran a pensar por un solo momento, verían que Dios se ha comprometido con las más solemnes promesas a proveer por ellos. ¿Por qué murmuras? Es porque miras el futuro, o consideras tus circunstancias, aparte de Dios. Pero cuando el ojo es sencillo, en su mirada firme hacia Él -su amor, su sabiduría, sus recursos, -la fe se hace fuerte, lee el amor en sus ojos, cuenta con su fidelidad, y comprende que Él que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, juntamente con Él nos dará también libremente todas las cosas.

¡Cuán distinta de esta vida de murmuración fue la de nuestro bendito Señor, quien también fue conducido al desierto, y careció de comida por cuarenta días! Pero no se quejó; ni una palabra de murmuración pasó por sus labios. Podría haber reconvenido al Padre por tratar así a uno que siempre le había prestado una obediencia pronta y gozosa. Y aun cuando tuvo hambre, y el diablo le sugirió que no convenía el hambre al nuevamente designado Hijo de Dios, dijo humildemente que le bastaba a Él acatar la voluntad de su Padre. Estaba preparado para todo cuanto esto envolvía. Insistió en que si Dios le negaba pan, sostendría, de alguna otra manera el cuerpo que había hecho. El Hijo nunca dudaba del derecho que tenía su Padre de seguir cualquier línea de conducta que le pareciera bien; parecía estar completamente satisfecho. Había aprendido el secreto de ser saciado y de sufrir hambre, de tener abundancia y de tener necesidad. No vivía tan sólo de la boca de Dios. Y en esta paciencia Divina nos ha mostrado cómo se puede evitar que la murmuración tenga cabida, y cómo el alma puede ser fortalecida para soportar penalidades.

No podemos explicar aquí toda la historia del maná, con su riqueza de referencia espiritual al verdadero pan, que es Cristo. Nos basta recordar que fue hecho desde el cielo un estruendo como de un viento fuerte, y cayó maná... ¡Mira más arriba, hijo de Dios, al corazón y la mano del Padre!

Y dice la Escritura que los hebreos «recogían el maná todas las mañanas, más en calentando el sol lo sobrante se derretía». Acaso, igualmente, no hay otro tiempo tan bueno como la mañana para alimentarnos con la carne de Cristo por medio de la comunión con Él, y meditando en sus palabras. Si esto se pierde, se rompe el encanto por la intromisión de muchas cosas, aunque todas sean útiles y necesarias. No se pueden reproducir las reflexiones temblorosas de un lago movido por el viento. ¡Cuán distinto de todos los demás días es aquel cuyas primeras horas están dedicadas a la comunión con Dios! Ni es posible vivir hoy con los despojos recogidos ayer. Cada hombre necesita todo cuánto un nuevo día puede suplirle de la gracia y consuelo de Dios. Debe ser pan cotidiano.

Alimentarse de Cristo es el único secreto de fortaleza y bendición. Si tan sólo los creyentes en Cristo comprendieran y se apropiaran de las lecciones enseñadas tan claramente en esta narración, así como en el maravilloso discurso que nuestro Señor fundó en ella (véase Jn. 6:22-58), hallarían que se había efectuado en ellas un maravilloso cambio. Es casi increíble cuán grande es la diferencia que se efectúa por el estudio prolongado y amante de lo que las Escrituras dicen acerca de Él. Sentarse para leerlas con gusto; leer

dos o tres capítulos, una epístola, o un libro, sin interrupción; dejar que el corazón y la mente se embeban en la lectura; hacer esto antes de que otros intrusos hayan entrado en el corazón distrayendo su atención... ¡Oh, cuánto nos transforma esto!

Cerramos este capítulo, sin embargo, llamando la atención a la expresión extraordinaria usada por nuestro Señor, cuando dijo: «Moisés no os dio el pan del Cielo» (Jn. 6:32). Insinuando que aunque Moisés no dio el Pan eterno de que hablaba, sin embargo, sí dio una especie de pan, esto es, el maná: de modo que había un sentido en que el fiel siervo procuraba y daba diariamente la provisión con que se alimentaba su pueblo.

No dejamos de saber, en estos días, de casos en que la fe de un sólo hombre sirve para procurar el alimento diario de centenares de huérfanos y de otras personas. Dios da a ellos para que lo den a otros por los cuales son responsables. ¡Pero todo esto es insignificante comparado con el estupendo milagro de una fe que era capaz de cubrir el sitio del desierto con alimento por cuarenta años!

Ninguno que lea estas palabras debe vacilar en hacerse socio de Dios en toda empresa a la que el Todopoderoso lo llame. La única cosa necesaria es estar listo para entender la más leve indicación de su voluntad, estar pronto para obedecer, y fuerte para perseverar. Cuando estas condiciones se cumplen, el alma trabaja con Dios en bendito compañerismo; teniendo placer en dificultades, escaseces, hambre, y peligros, porque en cada una de estas cosas se ostentan los recursos Divinos, que allanan aun caminos en las montañas. Semejante persona es enteramente indiferente a las murmuraciones o aplausos, a las censuras o alabanzas; por estar el alma ocupada en una comunión que es perfecta felicidad, porque la satisface enteramente.

Gloriémonos, pues, sin cesar en el Señor al entrar en lo no experimentado y en lo desconocido. Y quién ha de lamentar la hermosura de Elim o las ollas de carne de Egipto, o las comidas frugales de la tienda de Jetro, cuando semejantes lecciones pueden aprenderse en la compañía de nuestro Amigo eterno, el que nunca puede faltar a los que se atreven a confiar en Él; y quien da hasta lo sumo capacidad a nuestra fe, para que a nuestro turno demos otro tanto a los que son amigos nuestros, que acuden a nosotros rogándonos que les demos ayuda y pan (véase Lc. 11:5-9).

## Capítulo 15: Refidim

Si procuras guiar hombres, tarde o temprano llegarás a un Refidim. Se nos dice claramente que conforme al mandamiento del Señor fue como los hijos de Israel viajaron «por jornadas», desde el desierto de Sin, y acamparon en Refidim. El carácter del obrero es tan caro a Dios como la obra que él está haciendo; y no debe ahorrarse esfuerzo para completar el diseño al que ha puesto su mano. No te sorprendas pues, obrero cristiano, si te hallas en Refidim. Hay lecciones que pueden aprenderse allí, de valor incalculable. Geógrafos e historiadores han hallado difícil determinar su sitio exacto; pero el sitio no importa. Estuvo, sin duda, en alguna parte cerca de la playa en una de las cañadas que conducen al corazón de las montañas que llevan a la meseta central. Pero las experiencias de las cuales ese lugar fue el escenario son comunes a todas las vidas, edades y tierras.

Allí aprendemos el límite de nuestras capacidades. Pocos de nosotros podemos soportar un éxito largo y continuado. Es comparativamente fácil andar en el valle de la humillación, cuando nuestra senda está escondida y los rostros de los hombres están desviados; pero estar parados sobre una altura, sin ningún rival, sin que quede nada por vencer, la admiración y la envidia de una multitud, esta es una tarea en que el cerebro se tambalea, vacila el paso, y el corazón se llena de orgullo. Es más fácil saber cómo ser abatido que ser exaltado, cómo estar pobre que cómo estar en abundancia. Somos muy dados a repetir la locura de Ezequías de mostrar sus tesoros a los embajadores de Babilonia; y a proferir la loca jactancia de Nabucodonosor: «¿No es ésta la gran Babilonia que yo he edificado para metrópoli del reino, con la fuerza de mi poder, y para la gloria de mi grandeza?».

Pero siempre que suceda esto, siempre que el corazón del hombre se hinche de orgullo y se alce en confianza propia, entonces se acaba su utilidad. Dios no quiere dar su gloria a otro. No permitirá que su poder sea empleado para el engrimiento del orgullo humano, o para contribuir a la exaltación de la carne. Es su decreto solemne que ninguna carne ha de gloriarse en su presencia.

«¿Acaso se gloria el hacha contra aquel que corta con ella? ¿O se engrandece la sierra contra aquel que la maneja?» (Is. 10:15).

Por esto es que tantos de los siervos de Dios, que antes hacían buen servicio, están puestos aparte. Fueron maravillosamente ayudados hasta que se hicieron fuertes; pero cuando llegaron a ser fuertes, sus corazones se alzaron para su destrucción. Todavía predicaban los sermones de otros días que antes sonaron como la trompeta del arcángel, o conmovieron con el lamento del corazón quebrantado del Calvario; pero ya no hay movimiento ni sacudimiento entre los huesos secos que llenan el valle de la visión. Pronuncian los antiguos exorcismos, pero los demonios se ríen de ellos detrás de sus baluartes, y rehúsan salir. Saben que el Señor se ha apartado de ellos, y que no son como en los días pasados. Si los tales tan sólo consideraran y examinaran sus corazones, hallarían que habían comenzado a confiar en sus éxitos pasados; y a pensar que de alguna manera la presa de peces se debía a su propia pericia en la pesca, en lugar de ser el don directo de Aquel que con frecuencia sobrepuja todas las reglas del arte por un conocimiento y un poder Divinos.

Podemos fácilmente suponer que Moisés corriera peligro de una caída semejante. Durante los últimos meses su carrera había sido marcada con un éxito no interrumpido. Había hecho que el monarca más orgulloso de su tiempo se arrojara delante de sus ojos pidiendo su favor. Había llegado a ser muy grande a los ojos del sacerdocio y de la corte; había encabezado el más grande éxodo que el mundo había visto o vería jamás. El océano dividido, la hueste sumergida, el cántico de victoria, la caída del maná, la evidencia de su habilidad como estadista y como un nacido para ser líder de los hombres, todo esto se combinó para ponerle en una posición sin paralelo de autoridad y gloria. Como lo expresa el cántico triunfal: «Él era rey en Jesurún cuando se juntaron las cabezas del pueblo» (Dt. 33:5).

¿No habría tentación en todo esto? Los hombres amonestan a otros contra las tentaciones en que han estado a punto de resbalar para su destrucción; y no puede haber sido por su propia experiencia por lo que Moisés sacara la amonestación dada al pueblo: «Cuídate, no sea que te olvides de Jehová tu Dios (...) cuando todo lo que tuvieses sea ya mucho, que entonces se ensalce tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios (...) de manera que digas en tu corazón: *Mi poder y la fuerza de mi mano me ha procurado esta riqueza*» (Dt. 8:11-17).

Los hombres grandes y buenos no están libres de los ataques del orgullo y la vanagloria. Fue por este motivo por lo que Pablo se gloriaba en sus enfermedades, hallando en ellas recuerdos perpetuos de su debilidad, que lo mantuvieron lo bastante bajo para que Dios lo usara como la plataforma para la exhibición de su poderío.

Es probable, pues, que Dios trajera a Moisés a Refidim para contrarrestar y refrenar todas las tendencias de amor propio; para abatirle hasta el polvo de la abyecta impotencia; para enseñarle los mezquinos límites de sus recursos y capacidades. He aquí todas estas cosas hace Dios «para apartar al hombre de su mala obra; y así al hombre le quita la soberbia» (Job 33:17).

Fueran cuales fueran los pensamientos que habían comenzado a ocupar la mente de Moisés, toda la confianza en sí mismo debe haberse desvanecido como una nubecilla de neblina entre los cerros cuando se halló cara a cara con aquel enfurecido motín que pasando por sobre las barreras levantadas por la gratitud, el patriotismo, el respeto de sí mismo, o el recuerdo de libramientos pasados, con violencia demandaron agua: «Por lo cual el pueblo altercó con Moisés, diciendo: *¡Danos agua que beber!* (...) Y murmuró el pueblo contra Moisés, y decía: *¿Por qué nos habéis hecho subir de Egipto, para matarnos de sed, a nosotros, y a nuestros hijos, y a nuestro ganado?* (Éx. 17: 2 y 3).

Y tal fue su irritación, que parecían listos a apedrearle. ¿Era esta la manera como pagaban su servicio ilimitado a favor de ellos? ¿No les importaba él? ¿Se veía que él no era rey de sus corazones, como había pensado y esperado! Y en cuanto al agua, ¿cómo había de producirla? Ninguna sabiduría, ningún poder suyo podrían ayudarle en semejante dificultad. Nada que él pudiera sugerir satisfaría el caso. Estaban absolutamente agotados sus recursos: «Entonces clamó Moisés a Jehová diciendo: *«¿Qué he de hacer?»*».

Es una posición bendita a que la Providencia de Dios nos reduce, cuando nos hallamos cara a cara con una necesidad abrumadora. Si fuera un riachuelo podríamos vadearlo, pero es un río. Si fuera la sed de un niño podríamos satisfacerla; pero son dos millones de personas sedientas. Si se deseara el agua de los pozos de la tierra, podríamos comenzar a construir presas para recibir el agua de los lagos que están en el seno de las montañas; pero se siente sed del agua viva que sale del trono de Dios y del Cordero. Entonces entendemos el límite de nuestra suficiencia. Clamamos: «¿Quién es suficiente para estas cosas?».

Confesamos que no somos suficientes a nosotros mismos, para reputar cosa alguna como de procedencia nuestra, sino que nuestra suficiencia es de Dios. No podemos producir un avivamiento, ni salvar una alma, ni convencer a un corazón de pecado, o humillarlo en contrición; no podemos consolar, ni satisfacer la ardiente sed. Y cuando hemos agotado nuestros recursos, estamos listos para probar los de Dios. Es del bajo umbral de la puerta de donde el río de la vida sale y procede en su camino ordenado del Cielo.

Allí, en Refidim, aprendemos también mucho acerca de Dios. Esto siempre se sigue de la otra lección. Se nos hace conocernos a nosotros mismos para que lleguemos a conocer a Dios. El Maestro siempre dice: «¿De dónde hemos de comprar pan para que éstos coman? ¿Cuántos panes tenéis?».

No es porque Él necesite los informes; sino porque quiere hacer comprender a sus siervos lo completamente inútil de su refuerzo, y prepararlos mejor para apreciar la grandeza de su poder. Pero aquella pregunta que saca a luz lo escaso que son los panes, es seguida invariablemente por el mandato: «Traédmelos acá», y por los montones de pedazos que evidencian la abundancia de la provisión. Así es que en Refidim aquella necesidad que nos abate y nos hace acudir a Dios revela a Dios.

Aprendemos además de la paciencia divina. Ni una palabra de reproche o reconvención se deja oír en el aire tranquilo del desierto. Si el pueblo hubiera sido ejemplar en su humilde confianza, no podría haber encontrado más tierna voluntad para suplir sus necesidades. El pueblo, y tal vez Leví especialmente, lo probaron en Masa, y altercaron con él en las aguas de Meriba, preguntando si el Señor estaba entre ellos o no, no obstante que la nube estaba sobre ellos, y el maná caía cada mañana al rededor del campamento; sin embargo no se dijo ni una palabra de reprensión, sino solamente las direcciones para suplir inmediatamente su necesidad. Es sólo en Refidim donde aprendemos su paciencia para con nosotros y para con otros; porque siempre se acordará de su pacto: «Su misericordia permanece para siempre». Y aprendemos la realidad de su presencia espiritual: «Yo estaré enfrente de ti allí, sobre la peña en Horeb» (vs. 6).

El pueblo acababa de amenazar con apedrear a Moisés; pero Dios, en efecto, le mandó que no temiera. Fue como si le dijera: «No temas pues, ni te amedrentes; Yo soy tu Dios; nadie te acometerá para maltratarte, porque Yo estoy contigo para librarte. Pasa delante de ellos, nada te acontecerá; y esto te será por señal de que Yo estoy realmente allí delante de ti sobre la peña, y brotarán de ella manantiales de aguas».

Nunca antes había sido Dios tan real a su siervo como lo fue ese día que se levantó como un baluarte para protegerle de las multitudes enfurecidas que le amenazaban con apedrearle. Es cuando los hombres se vuelven más en contra de nosotros, cuando el Señor se pone a nuestro lado, así como lo hizo con Pablo, y nos dice: «¡No temas!».

Pero, especialmente, en Refidim aprendemos dónde están los almacenes secretos de Dios: «Herirás la peña, y saldrán de ella aguas».

¡Esto es extraño! Una peña parecería ser el último lugar donde se almacenara el agua; pero las alacenas de Dios están en lugares muy inesperados. Los cuervos traen comida. El primer ministro de Egipto da grano. Ciro permite salir de Babilonia al pueblo de Israel. El Jordán sana al leproso. La harina hace benéfico el potaje envenenado. La madera hace nadar el hierro. Un samaritano cura las heridas y salva la vida de un viajero robado. José de Arimatea sepulta el cadáver sagrado en su propio sepulcro nuevo. Sirve mucho ir a Refidim para conocer los recursos de la providencia de Dios. Los que le temen no padecerán necesidad, y ningún temor de necesidad para los que han llegado a conocer sus almacenes secretos: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó (...) las cosas grandes que ha preparado Dios para los que le aman. Pero a nosotros nos las ha revelado Dios por medio de su Espíritu» (1 Co. 2: 9 y 10).

Aquella peña herida era un tipo de Cristo. ¡Una Roca en verdad! Estable en medio de cataclismos, permanente en medio de cambios. ¡Una Roca herida! El reproche quebrantó su corazón, y la lanza del soldado hizo salir la sangre y el agua que han brotado para sanar las naciones y satisfacer su sed: «Bebieron de aquella roca espiritual que les iba siguiendo y aquella Roca era Cristo». No hay otra agua que satisfaga tan bien la sed como esta agua límpida de la Roca: «Roca de la eternidad, fuiste abierta para mí...».

Por último, allí aprendemos el poder de la oración. La tribu de Amalec probablemente descendía de Esaú; y como él, era áspera, fiera y belicosa. ¿Sería probable que ellos se sometieran sin resistencia a la intromisión de un pueblo nuevo en los pastos y fortalezas que habían logrado defender contra Egipto? Esto era imposible; y así, según Josefo, esta poderosa tribu reunió en este sitio todas las fuerzas del desierto, desde Petra hasta el Mediterráneo: «... y acuchilló los rezagados de entre los tuyos, estando tú fatigado y trabajado».



Si Egipto representa el poder de las tinieblas, Amalec es un tipo de la carne, la cual, aunque completamente derrotada y quebrantada, es siempre dada a hacerse sentir en momentos de debilidad y descuido. Mucho después en la historia de Israel, Hamán, el amalecita, casi había logrado aniquilar a todo el pueblo. Concuera con este tipo que Saúl fuera comisionado a destruir completamente a los amalecitas, y que Jehová se obligara solemnemente a tener guerra con Amalec de generación en generación.

Moisés, que ahora tenía ochenta y un años, receló del choque de la batalla. Confió las tropas al mando de Josué, quien en este lugar por primera vez adquiere prominencia, mientras él subió el cerro, con la vara sagrada en la mano. De allí vio la batalla extendiendo las manos en oración y peleando con combatientes invisibles todo el día, y ganando la victoria por medio de intercesiones, de la cual aquellos brazos firmes eran el símbolo. Es un cuadro hermosísimo... ¡Tres ancianos orando! ¡Apoyando dos al tercero!

En efecto, en Refidim aprendemos que la oración efectuará lo que de otro modo sería imposible. En otros días, Moisés nunca habría pensado en ganar una batalla sino peleando. Ahora aprende que puede ganarla orando. Probablemente Pablo, también, aprendió aquella lección en sus encarcelamientos largos y fastidiosos. Cuán tediosos deben haber sido al principio para su espíritu ardiente, acostumbrado como estaba a ceñirse, e ir a donde quería.

Puede ser que estuviera tentado a sentir que toda su potencia para influir en el destino de la Iglesia ya había acabado; cuando de repente descubrió que tenía una palanca mediante la cual podía asegurar más grandes resultados que nunca; y desde entonces, cada Epístola contiene una referencia a sus oraciones. Recordad la frase que usa con tanta frecuencia: «Nunca dejo de hacer mención de vosotros en mis oraciones».

No podemos compararnos con ninguno de éstos, más que los liliputienses podrían compararse con un Gulliver; y sin embargo podemos, al menos, imitarlos en sus intercesiones.

Según las oraciones de una Iglesia son los éxitos de la misma. Si se mantienen ellas, la bandera indica sus victorias; si son lánguidas y tristes, el enemigo alcanza un éxito transitorio. Aprendamos, pues, a orar, llenando nuestros Refidimes con fuertes clamores y lágrimas, obteniendo para nosotros mismos y para otros, victorias que ninguna proeza propia podría

ganar. Estas nos animarán como ninguna otra cosa podría hacerlo, llenando nuestro corazón de gozo, nuestros labios de canciones, y nuestras manos de los despojos del enemigo.

¡Qué libramientos podríamos efectuar a favor de nuestros seres amados, y todos los demás que son fuertemente molestados por la carne, si tan sólo nos halláramos con más frecuencia sobre la cumbre del cerro con la vara de la oración levantada en nuestras manos afirmadas!

# Capítulo 16:

## Representantes delante de Dios

Cuando la hueste de Israel dejó Refidim, comenzó a ascender desde las playas del Mar Rojo hasta el corazón de las montañas del Sinaí. La ruta ha sido comparada a una escalera de roca. Delante de ellos, por el aire puro, flotaba la majestuosa nube, conduciéndoles no sabían a dónde. Sólo sabían que no podían sino seguirla, puesto que su provisión de maná y agua dependía de la obediencia absoluta a su movimiento. En cada lado se alzaban las peñas de roja piedra arenisca, como las paredes de algún gran templo, conduciéndoles al lugar Santísimo a que se acercaban de continuo. Parece que en esta ruta se verificó el incidente narrado en este capítulo, porque las palabras «al monte de Dios» probablemente se refieren a toda la región.

Las nuevas en el desierto caminan aprisa; y el anciano sacerdote, en las regiones retiradas de Madián, había estado bien informado de la serie de acontecimientos de los cuales su pariente había sido el centro. Cuando, pues, le llegaron noticias del arribo de la vasta hueste a la región del Sinaí, tomó a Séfora, mujer de Moisés, y a sus dos hijos que habían sido confiados a su cuidado, y los trajo a Moisés. Después de las muchas saluciones acostumbradas en el oriente, hablaron extensamente y con admiración, de la manera en que Dios había conducido a su pueblo. Y acabaron el día con un banquete solemne y un sacrificio.

Parece que el día siguiente era un día de descanso. La nube no se adelantó, sino que permaneció inmóvil, como si estuviera atada con un cable invisible, y se extendió como un pabellón que los refrescaba y los protegía del ardiente calor del sol. Y en ese día, se verificó un incidente que estaba destinado a tener importantes resultados en la historia del gran líder, así como en la del pueblo que conducía: «Y aconteció al día siguiente, que Moisés se sentó para juzgar al pueblo; y el pueblo permaneció alrededor de Moisés desde la mañana hasta la tarde» (Éx. 18:13).

Tenemos aquí un vislumbre de la clase de vida que Moisés llevaba en este tiempo. Cuando la hueste acampaba y había un día libre de la fatiga de la marcha, parece que se sentaba en el tribunal, al que venían todos los que tenían disputas, o quejas, o asuntos acerca de los cuales deseaban obtener consejos y dirección Divina. A pesar de todas sus murmuraciones, lo

miraban como el órgano de la voz de Dios, y procuraban obtener de sus labios una dirección autoritaria de la voluntad Divina. Expresándonos en sus propias palabras, cuando el pueblo tenía algún pleito, venía a él para preguntar a Dios; y les daba a conocer los estatutos de Dios y sus leyes.

Era una obra Divina, suficiente para monopolizar sus potencias más nobles, y emplear los recursos que había atesorado en los largos años de espera; porque ¿qué está más alto en todo este mundo que el servir como intérprete de Aquel de quien habla Job: «Uno escogido entre mil, para hacer presente al hombre lo que es de su deber»? (Job 33:23). Oír las dificultades y perplejidades y cuestiones difíciles de los ansiosos y acongojados; inquirir por ellos a Dios; traer sus causas a su tribunal para que fueran juzgadas, y a su propiciatorio para que recibieran ayuda, volver a ellos para enseñarles el camino en que debían andar, y el trabajo que debían hacer, este es empleo que merece la delicadeza y la fortaleza del amor de un ángel, y se acerca más al ministerio del Redentor.

Esta bendita obra de mediador no era hecha por Moisés como sacerdote, porque hasta ahora el sacerdocio no había sido constituido, sino como un hombre noble y de gran corazón, que tenía tiempo para hacerlo, y podía hablar a Dios. Él representaba al pueblo para con Dios. Y abre para todos nosotros una vista interesante, especialmente para los que tienen intimidad con el Rey, y tienen entrada en la corte real. ¿Por qué no participamos más con Moisés de este deleitoso servicio que está abierto para los que son torpes de lengua así como para los que hablan con boca de oro, y da oportunidades para las mismas potencias que se retiran más de la publicidad y las miradas de los hombres? Podemos imaginar cómo él acudía a Dios cada día con una larga lista de preguntas para unos y otros de la gran hueste. Esta causa y la otra le presentaba pidiendo consejos, citando nombres y circunstancias, argumentos y razones de cada lado, y esperando el mensaje que había de dar.

¡Qué variedad! ¡Qué rectitud! ¡Qué realidad debía haber en sus oraciones! ¡Cuán profundamente comprendería que en verdad era socio del Altísimo, un colaborador y compañero de yugo, y que tenían un interés común con el pueblo que amaban! ¿Por qué no hemos nosotros de comenzar a vivir de semejante manera? La voz que le habló a él, también nos habla a nosotros. Sé tú el representante del pueblo delante de Dios, para que «traigas las causas a Dios» (Éx. 18:19). Y las puertas por donde él pasaba y volvía a pasar están abiertas de día y de noche.

Con frecuencia nos admiramos de que Lutero pasara tres horas en oración y meditación; del obispo Andrews, que pasaba casi cinco horas cada día en comunión con Dios; de Juan Welsh, quien pensaba que era malgastado el día en que no pasaba de ocho a diez horas en comunión íntima con Dios. Nos parece a nosotros que oraciones tan prolongadas vendrían a ser nada más una monotonía de repeticiones vanas. Nos olvidamos de que cuando un hombre es enviado al mercado con un gran número de encargos de sus vecinos y amigos, necesita detenerse más tiempo que cuando va solamente para sí mismo. Sería muy bueno que las causas de otros nos detuvieran más constantemente delante del Señor.

Ser el representante del pueblo para con Dios fue cada vez más característico en la vida de Moisés. Siempre que el pueblo clamaba, él oraba al Señor. Cuando el espíritu de rebelión cundía en el campamento, él caía sobre su rostro. Cuando parecía probable que toda la nación pereciera por su pecado, se ponía en la brecha, y rogaba al Señor, y tornaba la destrucción que los amenazaba como una nube de tempestad. Dos veces en cuarenta días lo detuvieron en el monte santo. Y muchos años después es mencionado por Samuel como hombre que se presentaba delante de Jehová a favor de su pueblo.

Qué tipo tan notable es éste de nuestro Señor Jesús, aunque de todas maneras, hay un gran abismo entre los dos; porque Moisés era fiel sobre la casa de Dios como siervo, pero Cristo como Hijo, cuya casa somos nosotros. Todo lo que hizo Moisés hará Él y aún más. Cuando tengamos un asunto vayamos a Él. Él es nuestro representante delante de Dios, y le traerá nuestras causas.

Mediante Él podemos inquirir de Dios; y Él nos dará a conocer los estatutos de Dios y sus leyes, porque la responsabilidad de hacernos conocer estas cosas está sobre Él, y si un modo no es suficiente podemos confiar en que adoptará otro, y nos mostrará el camino en que debemos andar y la obra que debemos hacer.

Trabajo como éste no puede hacerse sin gastar excesivamente cuanto es más vital en el hombre. Agota las simpatías, fatiga el cerebro, cansa al corazón de estar encargado de las congojas y pesares, las cargas y necesidades de una multitud de almas perplejas y acongojadas. No puedes salvar a otros y al mismo tiempo salvarte a ti mismo. La virtud no puede salir para sanar sin que te hagas consciente de la pérdida. Sólo puedes consolar a otros cuando

los entiendes; y no puedes entenderlos hasta que te hayas comunicado con ellos. Pero el esfuerzo para hacer esto te cuesta todo cuanto vales para otra alma. Y por esto se hizo evidente al ojo afectuoso de Jetro, que tanto Moisés como el pueblo se gastaban en su esfuerzo para cumplir con todas sus demandas.

En años subsecuentes parece que Moisés se rindió bajo la carga: «¿Por qué has tratado tan mal a tu siervo? ¿Y por qué he hallado tan poca gracia en tus ojos que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Acaso he concebido yo a todo este pueblo, y le he dado yo a luz, para que tú me digas: *Llévalos en tu seno, como suele llevar la nodriza al niño de pecho, a la tierra que prometí con juramento a sus padres?*» (Nm. 11: 11 y 12).

Moisés no sentía la tensión cuando Jetro le habló, porque todo era todavía nuevo para él; sin embargo, le minaba las fuerzas, y Jetro lo observó.

No vemos siempre lo que nos cuesta hacer nuestro trabajo. Somos sostenidos por la excitación y el interés en él. El movimiento, el bullicio, el grito de los combatientes, las casualidades y las oportunidades de la batalla, la forma encantadora de la victoria, que se ganaría con sólo otro esfuerzo, todas estas cosas nos hacen olvidar cómo estamos gastando las fuerzas, aunque es bastante patente a otros. Algunos hombres se cansan de ser moderados; no pueden vivir lentamente; tienen que gastarse, derramando sus vidas como la libación de una taza.

Y es un acto benévolo cuando algún Jetro se siente movido a interponerse y a sugerir una mitigación de la fiebre, un relajamiento de la rápida corrida. Los Jetros rara vez prevalecen con nosotros; reciben poco agradecimiento por su interés. Tenemos que aprender mediante un terrible colapso. Pero al menos, han merecido nuestra gratitud. Desde el hombre que desfallece bajo el peso del cuidado humano impuesto en su corazón por sus semejantes, volvámonos al verdadero sacerdote y hermano de los hombres, en cuyo oído está siendo vertida una corriente incesante de dolor humano, de cuidado, necesidad y pecado. Es como si todas las cartas, depositadas en todos los buzones de Inglaterra año tras año, fueran dirigidas a un solo hombre, que tuviera que abrirlas todas y contestarlas él mismo. Pero aun esta ilustración nos da una idea completamente inadecuada de todo lo que llama la atención de nuestro querido Maestro, Cristo, cuyo corazón es el receptáculo de toda la angustia, pesar y dura congoja de la humanidad.

Ciertamente la paciencia de Moisés no duró sino unos pocos meses; pero la de Él hasta que la obra se acabe (véase Dt. 1:31; Is. 63:9; Hch. 13:18). No desfallece, ni aun se cansa; porque combina con la simpatía y delicadeza de tacto y entendimiento de una mujer, toda la paciencia y la fortaleza de lo Divino. Pero, ¿comprendemos suficientemente el costo con que, a través de los siglos, Él está ejerciendo su ministerio a nuestro favor? ¡No os parece que las procesiones festivas de los glorificados, con frecuencia se detienen en su marcha, como aquella que se detuvo en la cumbre del Olivete, porque el rey estaba vertiendo lágrimas! Se compadece de nuestras flaquezas.

No puede ser la voluntad de Dios que alguno de sus siervos se consuma. Conoce bien nuestra hechura y no demanda demasiado de su delicada maquinaria. Él no es un amo severo que exige de sus esclavos más de lo que puede soportar el ser humano. Puede ser pesada la carga de responsabilidades que Él pone sobre sus hombros, pero no lo es demasiado. Las asignaciones que él pone a cada día pueden ser muchas, pero no son más de las que caben en sus horas de trabajo. Las almas puestas a su cuidado pueden ser miles; pero no son más de las que pueden ser cuidadas y pastoreadas. La campana nunca llama a un siervo a desempeñar un deber acerca del cual Dios no le dice: «Bástate mi gracia; como tu día, así será tu fortaleza».

A veces los obreros de Dios cometen la equivocación de echarse a costas el trabajo que otros podrían hacer también como ellos, y, en verdad, sería mejor que lo hicieran. Este parece haber sido el caso de Moisés. Parece que pensaba que él era el único que podía juzgar, manejar y administrar los asuntos de Israel. Y este monopolio de la administración estaba teniendo resultados adversos. Cansaba demasiado a él mismo, fatigaba al pueblo, dilataba el curso de la justicia y permitía que una gran cantidad de talento quedará inutilizado. Por lo cual el consejo de Jetro fue muy oportuno: que buscara dentro del pueblo hombres hábiles, temerosos de Dios, hombres de verdad, que aborrecieran la avaricia. Estos habían de tratar de los asuntos pequeños, mientras los más grandes habían de ser traídos a él.

Moisés ha sido culpado por haber hecho esto. Se ha dicho que si él hubiera confiado en Dios, el poder que iba a ser dividido entre muchos, podría haber sido concentrado en él; de modo que él sólo podría haber seguido llevando la responsabilidad y la honra del juicio. Dios podía haberle capacitado para hacer toda la obra que los otros iban a compartir con él. Pero aun cuando este hubiera sido el caso -y ni por un momento negaría que pudo haber sido

así-, sin embargo no podría haber ido tan bien como la división de trabajo que en seguida se verificó. Era mucho mejor ocupar a todos aquellos hombres que hacer él todo el trabajo. Evocaba el talento; los ennoblecía colocándoles en posiciones de responsabilidad delante de sus compañeros; los hacía tener trato personal con Dios; les inspiraba simpatía para con Moisés; de críticos hizo simpatizantes y compañeros; los educó para que ocuparan puestos que tal vez las emergencias del futuro les exigirían que llenaran. Y es una cosa grande ser obrero bueno, que no necesita avergonzarse; pero es aún más grande poder llamar a otros obreros, y hacerlos trabajar.

Esta fue la política adoptada por los apóstoles cuando los negocios de la Iglesia se aumentaron en sus manos, de tal manera, que ocupaban demasiado de su tiempo y energía. Ya no podían combinar el servicio de las mesas con el ministerio de la palabra; y como no podían dudar en cuanto al lado de su doble servicio que debían abandonar, requirieron la ayuda de Esteban y sus compañeros «para servir mesas», mientras ellos se daban a la oración y al ministerio de la Palabra.

¿No hay un pensamiento aquí para muchos de los obreros del Señor que pueden leer estas palabras? ¿No estamos disipando nuestras energías en un área demasiado extensa? ¿No procuramos abarcar en nuestra vida muchas cosas que otros podrían hacer tan bien como nosotros? ¿No deben aquellos que están especialmente dotados con poder de oración e intuición espiritual, cultivar esos lados especiales de su naturaleza, dejando a otros los detalles del manejo, y dirección de las finanzas? Debemos emplear el lado más excelente de nuestra naturaleza, reservándonos para él; no descuidando los detalles menores, si no hay quien los maneje; pero preparados para entregarlos a «hombres capaces», aun cuando tengan que aprender sus deberes con dificultad, cometiendo algunas equivocaciones y fracasos.

La comunión con Dios en la cumbre de la montaña es el mejor punto de apoyo con que podemos mover la tierra. Mientras más tocamos a Dios, más llegamos a los hombres. El profeta y el sacerdote, el hombre de Dios, el maestro, éstos se hallan entre los mejores dones de Dios a los hombres. Y si estás dotado especialmente en estas direcciones, cultiva semejantes dotes hasta lo posible, -son bastante escasos-, dejando los otros detalles para que sean cuidados por otros que son de carácter más práctico.



## Capítulo 17: Al pie del Sinaí

Desde Refidim los hijos de Israel marcharon lenta y trabajosamente por el valle conocido ahora por Wady-es-Sheykh, el más largo y ancho, y más continuado de aquellos vastos valles del desierto. Debe haber sido un cambio asombroso de la tierra llana y aluvial de Egipto, donde los únicos cerros eran los que habían sido levantados por las manos de los hombres. A cada lado de la hueste de los peregrinos, montañas altas y precipitosas levantaban sus baluartes inaccesibles de piedra arenisca roja y granito variado, sin vegetación ni límpidos riachuelos, ni rasgos de cosa viviente. Deben haber aparecido como los majestuosos corredores de un vasto templo, a cuyo santuario interior la columna de nube los conducía por su grandiosa marcha.

El Mar Rojo que sin duda había llegado a parecerles amistoso, había sido dejado atrás ya hacía mucho; y no había oportunidad de volver sobre sus pasos. No había nada que los convidara o detuviera en medio de la asombrosa desolación y magnificencia de aquellos precipicios inaccesibles. A veces deben haber estado casi abrumados por la desnuda esterilidad de la escena, y por el asombroso silencio que fue movido a resentimiento por la intrusión de semejante multitud en su antiguo reinado. Pero su curso los llevaba siempre hacia adelante; y un pavor profundo debe haberse posesionado más y más de sus almas, tal como el que convenía a aquellos que ya pisaban los recintos de un templo no hecho de manos, santuario de una majestad incomparable, a que conducían aquellas avenidas vastas y sublimes.

Al fin estuvo a la vista. Después de una marcha de dieciocho millas desde el Mar Rojo, salieron a un sitio de arena amarilla, enteramente llano, como de dos millas de largo y media de ancho, y salpicado de arbustos de tamarisco. Las montañas que rodean esta llanura tienen en su mayor parte faldas inclinadas, y forman una especie de anfiteatro natural; pero hacia el sur hay una elevación de peñas ásperas que se levanta brusca y precipitadamente, mientras detrás se levanta la gran masa de Gebel Mousa, profundamente cortada por grietas, y rajada, como si hubiera tenido una difícil batalla con terremoto, tempestad y fuego.

Se levanta de la llanura de abajo como un inmenso altar, y todo cuanto se verificaba sobre su cumbre, era fácilmente visible desde los límites más remotos del campamento de los dos millones de almas reunidas abajo.

Tal fue el teatro escogido para la promulgación de la ley. Allí las huestes de Israel se quedaron por muchas semanas; y allí, mientras las nubes envolvían las cimas, y los relámpagos pasaban de cumbre a cumbre, y voces misteriosas, que semejaban a veces las notas de la trompeta, despertaban ecos inusitados entre los montes, Dios se encontró con su pueblo y les dio su ley; escribiendo su Nombre, no meramente sobre tablas de piedra, sino en el curso entero de la historia humana. No podemos tratar de esto sino brevemente, puesto que lo que nos interesa más es el carácter del gran líder; pero en ese estudio más exclusivo, podemos por un momento considerar las impresiones que las maravillosas escenas asociadas con el Sinaí fueron destinadas a producir en el pueblo y en sí mismo.

En el tiempo del éxodo casi todo el mundo estaba entregado a la idolatría. Los primeros objetos del culto idolátrico fueron sencillamente el sol y la luna y los cuerpos celestes, u otros objetos conspicuos de la sabiduría y el poder creadores. Después se suponía que la Deidad residía en hombres y aun en animales. De éstos hacían imágenes y las adoraban, al principio cubiertas de vestiduras, pero después en tal estado de desnudez, que ejercían el efecto más inmoral: «Profesando ser sabios, se tornaron insensatos, y trocaron la gloria del Dios incorruptible en una semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Por lo cual, los entregó Dios, en las concupiscencias de sus corazones» (Ro. 1:22-24) .

Tratando esta inundación de idolatría, Dios obró como con el diluvio de agua que anegó al mundo antiguo. Comenzó con una sola familia, enseñándole las lecciones sublimes de sí mismo; las cuales aprendidas por ellos perfectamente, habían de enseñarlas a todo el mundo. Notemos los pasos sucesivos...

En primer lugar, Dios escogió de las masas del mundo pagano a un solo hombre, Moisés, «le llamó a él solo», y lo hizo seguirlo hasta una tierra extraña. Allí, separado de los pueblos de su alrededor, comenzó a enseñarle acerca de Sí mismo. Así como un hortelano escoge una sola planta para poder llevarla a una perfección rara, y hacerla el medio de mejorar todas las de su clase, así Jehová no ahorró tiempo ni esfuerzo con el primer gran hebreo, para que siendo bendecido pudiera ser una bendición a la raza.

En segundo lugar, Dios unió en un todo homogéneo al pueblo hebreo para que recibieran y retuvieran como parte de su vida nacional aquellas grandes verdades que habían de ser confiadas a ellos. Esta unión fue efectuada por el vínculo de un padre común del que estaban justamente orgullosos; por el vínculo de una ocupación común, que los guardó separados como pastores, aparte del bullicioso tráfico de las ciudades y emporios de comercio; y, finalmente por la presión de una prueba común, que, juntamente con la maravillosa salvación que les fue concedida, quedó fresca e indeleble por todas las generaciones, como aquellos colores de la tierra de su esclavitud, que en el seco aire del desierto han permanecido inmarcesibles y aun vivos por treinta siglos. Tan perfectamente hizo Dios esta obra, que mientras otras naciones se han levantado, reinado, y caído, y su desintegración ha sido completa y final, los hijos de Abraham permanecen, como una roca imperecedera, indestructible al roce de las olas y al desgaste de los siglos.

En tercer lugar, Dios reveló su existencia. En medio de su esclavitud vino la noticia de que el Dios de sus padres era un Dios vivo; que había encontrado a uno de ellos en el desierto y lo había llamado por nombre, y había prometido interponerse a favor suyo. Puede ser que la noticia no suscitara sino un interés lánguido. Se alegraron de tener como otras naciones de ese tiempo, su deidad tutelar, pero eso fue todo; y sabían poco o nada además de esto.

Dios mostró por las plagas que era más fuerte que los dioses de Egipto. ¿No puedes imaginar a los hijos de Israel diciendo: «Nuestro Dios es grande, ha vuelto el agua en sangre; pero tal vez no es tan fuerte como Iris, u Osiris o Serapis, o el toro sagrado»? Pero las maravillas que fueron obradas sobre los dioses de Egipto resolvieron la cuestión para siempre.

Además, Dios despertó su amor y gratitud. Puedes hacer todo cuanto quieras por los seres amados, pero para conseguir tienes que dar, para excitar el amor tienes que declararlo. Por esto les fue recordado de un modo conmovedor lo que Él había hecho: «Vosotros habéis visto lo que hice a los egipcios y cómo os tomé sobre alas de águilas y os he traído a Mí mismo» (Éx. 19:4).

Dios se puso a enseñarles acerca de algunas grandes cualidades, cuyo conocimiento formaba la base de todo trato legal entre el pueblo y Él mismo. Y a fin de efectuar su propósito se valió de signos exteriores y significativos,

que hicieron más que el discurso más elaborado, en la instrucción del pueblo ignorante y sensual a quien había tomado para que fuera suyo.

Y Dios designó claramente a Moisés para que fuese el órgano y conducto de sus comunicaciones con el hombre: «He aquí que Yo vendré a ti en una nube espesa, a fin de que oiga el pueblo mientras Yo hablo contigo, y que también te crea para siempre» (vs. 9).

Era imposible comprender entonces la manera en que Dios estaba cumpliendo sus propósitos; pero mirando la historia retrospectivamente podemos descubrir el desarrollo de su plan, justamente como desde las cumbres de los cerros eternos veremos los caminos por donde nos ha conducido todos los días de nuestra peregrinación.

El escenario natural era bastante impresionante; pero vino a ser más grandioso todavía al paso que se desarrollaron los incidentes del tercer día. ¿Acaso no había majestad en los truenos y relámpagos, en la baja nube, donde las nubes eran casi desconocidas, en los relámpagos que iluminaban las tinieblas, en el estruendo de la trompeta que despertaba el eco de los montes ya tan suave como el sonido de una flauta que flota en la tenue atmósfera o tan fuerte como un órgano que hierde algún peñasco saliente? Entre tanto las nubes destilaban agua y había chubascos tropicales. Y en medio de semejantes escenas habló Dios. ¿Podría cualquier combinación de fenómenos naturales haber producido conceptos más grandiosos de la Majestad de la naturaleza Divina?

¿Qué había que sugería a Dios? ¿Tomaría la forma de cualquier cosa que está arriba en el Cielo, o abajo en la tierra o en las aguas debajo de la tierra? ¿Sería en alguna de estas formas, o en una combinación de todas ellas, como verían a Aquel que los había sacado de Egipto?

Pero en la ocasión memorable «cuando Moisés sacó al pueblo del campamento para encontrar a Dios», no vieron semejanza alguna. Estaba allí, porque habló. Pero no había forma exterior para que el ojo la discerniera. Era muy difícil. La extremada dificultad que experimenta el corazón humano para acostumbrarse a la adoración de lo que el ojo no puede percibir, o la imaginación realizar, ha sido atestiguada por las repetidas caídas en la idolatría, desde los días del becerro de oro hasta ahora. No ha sido fácil para la humanidad aprender la lección tan claramente enseñada en Sinaí, de que Dios es Espíritu y Santo.

Esta lección principal fue también enseñada de una manera llamativa por señales exteriores que impresionaron el sentido. Se hicieron barandales para que los animales no pacieran en la escasa vegetación de las faldas; quien quiera que tocara la montaña tendría que morir; toda la ropa tenía que ser lavada cuidadosamente antes de aquel tercer día; la pureza absoluta debía observarse en el corazón y la vida; Moisés solo fue llamado a la cumbre del monte, donde el humo y el fuego y los relámpagos se mezclaban, y los truenos rivalizaban con el estruendo de la trompeta; y cuando había subido allí, fue mandado a bajar de nuevo el monte, con el propósito expreso de encargar al pueblo, y aun a los sacerdotes, que no se llegaran a Jehová para ver, por temor de que Dios hiciera estrago sobre ellos. Todos estos actos significativos se unieron para dar una manifestación exterior y sencilla de la santidad de Dios.

En su oda triunfal de victoria en las playas del Mar Rojo, el pueblo había confesado el derecho de Jehová de reinar sobre ellos para siempre; pero les restaba todavía aprender que era en verdad su monarca absoluto. El estado judaico era un reino, y Dios era el rey. Y la realidad de su gobierno era patente en la manera en que Moisés mismo obedecía sus mandatos. Nunca podrían olvidar cómo el gran líder Moisés era absolutamente obediente al mandato que salía del pabellón de Dios. No era sino el ejecutor de Dios, «el instrumento pasivo de la voluntad Divina».

El decálogo fue hablado por Dios mismo con gran voz (véase Dt 5:22). Toda ordenanza de la ley, toda costumbre y provisión para la vida doméstica y civil, todo punto de la construcción del santuario en la conducta de los sacerdotes, fueron debidos a la voluntad directa de Dios, hablados por su boca. Dios y no Moisés, fue el Autor de cada provisión, el verdadero Legislador, el verdadero Dador de la ley, el verdadero Rey; Moisés no era sino el portavoz, el intermediario para comunicar los decretos de Dios a su pueblo. ¡Cuán claro era el testimonio de la supremacía del Altísimo! Tales fueron algunas de las lecciones enseñadas en el Sinaí.

Allí, en el Sinaí, Moisés parecía estar en su propio ambiente. Aunque humanamente no pudo menos que aterrarse y temblar al ver las inusitadas manifestaciones de la gloria Divina, sin embargo no se sentía tan vil para retirarse a distancia, como lo hizo el pueblo. Nótese los pasos sucesivos de aquella familiaridad entre él y Dios: «Y Moisés subió a donde estaba Dios» (Éx. 19:3).

Habiendo informado al pueblo de las palabras de Dios, volvió a decir las palabras del pueblo al Señor; porque se nos dice: «Moisés entonces bajó del monte al pueblo» (vs. 14).

Cuando Jehová descendió entre truenos y humo por tercera vez Moisés subió a la cumbre del monte (vs. 20). Y cuando las diez palabras de la ley habían sido habladas, Moisés se acercó a las densas tinieblas donde estaba Dios (Éx. 20:21). Después de esto, le fue mandado que ascendiera al monte la quinta vez, acompañándole los ancianos hasta cierto lugar, y Josué más adelante; pero entrando él solo en la nube, que era como fuego devorador sobre la cumbre del monte: «Y quedó allí cuarenta días y cuarenta noches [para recibir las instrucciones Divinas para la construcción del Tabernáculo]» (Éx. 24:18).

La sexta vez volvió a Dios, ofreciendo ser borrado de su libro, si solamente Israel podía ser perdonado y su pecado expiado (Éx. 32:32). Y aun la séptima vez fue convidado a subir temprano en la mañana, llevando dos tablas de piedra; y allí, mientras estaba parado en una hendidura de las rocas, la presencia de Dios pasó, y el Nombre de Dios fue proclamado, y se quedó por un segundo período de cuarenta días y cuarenta noches, descendiendo al pueblo con rostro resplandeciente, la viva evidencia de la realidad e intimidad de la comunión: «Y Jehová hablaba con Moisés cara a cara, cual suele hablar un hombre con su amigo» (Éx. 33:11).

Esta comunión tuvo el efecto de ennoblecer su carácter. No sólo resplandecía su rostro sino también su vida. Hubo desde entonces una gracia y una hermosura sobrenaturales en su aspecto y porte que lo señalaban claramente como el hombre de Dios. Su mansedumbre, su moderación bajo la provocación, su celo por el Nombre y la causa de Dios, ardían con una llama más intensa y más igual.

Así, la vida de comunión con Dios no puede desarrollarse en un solo día. Comienza con el relato habitual de todo, a Él, hora por hora como lo hacía Moisés en Egipto. Pero avanza hasta períodos más abundantes y más largos de comunión; y halla su consumación y bendición en días y noches de intercesión y espera y compañerismo santo.

¡Ah, qué dechados se ven en el Monte! ¡Qué clamores se levantan allí! ¡Qué visiones se ven allí! ¡Qué revelaciones se hacen allí! ¡Qué mandatos se reciben allí! ¡Tristes de nosotros que nos apartamos tanto de Él! O cuando

mucho, somos admitidos solamente para pararnos con los ancianos, y ver una obra de pavimento de zafiros delante de los pies de Dios. ¡Quisiéramos tener más acceso, la vista más cercana, el trato más íntimo cara a cara, tal como es ofrecido todavía a los amigos de Dios!

## Capítulo 18: La visión de Dios y su efecto

Estamos justificados por la autoridad más alta, para derivar lecciones espirituales de este incidente de la vida del gran legislador. El apóstol se refiere expresamente a él cuando dice que «todos podemos, con rostro descubierto, mirar la gloria del Señor, y ser transformados» (véase 2 Co. 3:13-18). Aquella bendita visión que en la antigüedad fue concedida solamente al gran líder de Israel, está ahora al alcance de cada creyente. El Evangelio no tiene barandal para separar a la multitud del Monte de la visión; el más humilde y más indigno de sus hijos puede subir hasta donde la resplandeciente gloria puede verse. No estamos viviendo en la mañana, cuando los rayos del sol alcanzan solamente a los espíritus escogidos que se elevan más arriba de los otros; sino en el mediodía cuando toda florecita y recinto escondido está a plena vista del sol del meridiano...

El deseo de ver a Dios lleva consigo la promesa de su verificación. Durante largos años, el deseo de ver el rostro de Dios había estado creciendo en el corazón de Moisés: «Ruégote me hagas conocer tu camino para que yo te conozca». «Ruégote me permitas ver tu gloria».

Oraciones como éstas estaban de continuo en sus labios. Y a veces a él, así como a los santos de tiempos más modernos, el anhelo debe habersele hecho demasiado intenso para ser soportado. Ningún enfermo en los días sombríos del invierno anhela tanto el verano; ningún corazón fiel anhela tanto a su compañero; ninguna joven esposa que acaba de enviudar anhela tanto la reunión eterna en el Cielo, como anhelan algunos corazones santos a Dios...

«¡Oh, quién me diera el saber donde poder hallarle!».

«¡Mi alma suspira y aun desfallece por los atrios de Jehová! ¡Mi corazón y mi carne suspiran por los atrios del Dios vivo!».

«Sedienta está mi alma de Dios».

Pero estos anhelos ciertamente serán cumplidos, porque Dios es fiel. No hay argumento más fuerte a favor de la inmortalidad que éste: debe existir porque todos los hombres la presienten. No hay argumento más fuerte a favor de la existencia de Dios que decir: debe ser, porque el corazón del hombre anhela el amor infinito. Sí, la mente del hombre anhela la verdad infinita, el espíritu del hombre anhela la comunión infinita con el espíritu. Y



de la misma manera debemos inferir que la misma presencia de estos anhelos intensos por Él son los síntomas precursores, las señales premonitorias, de que dentro de nuestro alcance hay una posibilidad de un trato con Dios que hasta ahora nuestros corazones no han concebido.

Y si aprovechamos cada oportunidad, cultivamos cada facultad, y guardamos nuestro rostro siempre hacia el monte de la comunión, hallaremos infaliblemente que el corazón que anhela la visión no será dejado sin la visión que anhela; y que el anhelo es el avivamiento inconsciente del alma, al hecho de que está parada sobre el umbral del privilegio más alto que es posible para el hombre. Es así como el niño se despierta para reconocer la ternura de la madre, y la doncella llega a ser consciente del gran destino a que un amor inesperado, que la ha sorprendido misteriosamente, la llama. ¡Oh, estos levantamientos misteriosos del agua del río donde están las lanchas, alzándolos sobre sus brazos, sonando sus cadenas, estirando sus cables y trayéndoles la seguridad del movimiento y plenitud y gloria del gran océano, que los llama a echarse a su amplia expansión y a sus profundidades insondables!

«Entonces Jehová respondió a Moisés: *Yo haré esto también que has pedido; puesto que tú has hallado gracia en mis ojos. Está prevenido para mañana; y por la mañana subirás al monte Sinai*».

Con todo, la gratificación de nuestro deseo depende de nuestro cumplimiento de ciertas condiciones...

En primer lugar, debemos aprender a obedecer. Esta fue la característica general de Moisés. Era fiel en toda la casa de Dios como siervo: «Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios» (Ap. 15:3). Dios siempre podía depender de Moisés. Era hombre, según su corazón, que podía cumplir toda su voluntad. E iba a Él antes bien que al corazón desobediente de su pueblo a quien Dios se reveló.

Esto está de acuerdo con las palabras de nuestro Señor, que dijo: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y Yo le amaré, y me manifestaré a él» (Jn. 14:21).

Claramente, la obediencia es el camino que conduce a la visión. Tenemos que ser siervos antes de ser amigos. La senda de la obediencia literal, aunque es áspera y pendiente, es la única senda que conduce a la cumbre del monte,

donde se concede la maravillosa revelación. ¿No es así siempre? El descubridor tiene que obedecer a la naturaleza, antes de que pueda esperar llegar a la posición ventajosa desde donde pueda darse cuenta de la armonía y utilidad de sus poderosas leyes, y el misterio de sus secretos procedimientos.

No seas desobediente a las visiones celestiales; nunca te apartes para seguir tus propias preferencias, de la angosta senda de entera lealtad a la voz de Dios, que habla en su Palabra, en tu corazón y en toda circunstancia. Atrévete a hacer lo recto, aunque estés solo en medio de la multitud rebelde; y así cumplirás con una condición fundamental de la visión de Dios.

Debemos, también, estar dispuestos a pasar por la densa nube: «Dios llamó a Moisés de en medio de la nube (...) Entonces Moisés entró en medio de la nube» (Éx. 24: 16, 18).

Densas y gruesas nubes, negras en su aspecto hacia la tierra, aunque insoportablemente resplandecientes en su lado interior, excluyeron la luz del sol y los espectáculos de la Tierra, y lo encerraron con Dios. Pero no habría visto la visión, a no haber estado dispuesto a pasar a través de la nube y estar bajo la sombra de la mano Divina.

El viajero que quiera pasar de los declives invernales de Suiza hasta la hermosura veraniega de las llanuras de Italia, debe estar dispuesto a pasar por el túnel de los Alpes. El huerto, la cruz y el sepulcro son el único camino para la mañana de la Pascua. Las paredes tienen que ser pintadas de colores neutrales, si han de ser exhibidas en ellas obras maestras de pintura. Y parece indispensable que pasemos por la sombra de pesar, tentación y dolor, si hemos de emerger en la maravillosa luz de Dios y estimar su resplandor. En otras palabras, debemos atrevernos a estar solos: «Y está prevenido para mañana; y por la mañana subirás al monte Sinaí, y te presentarás delante de Mí allí sobre la cumbre del monte. Mas no suba nadie contigo, ni sea visto hombre alguno en todo el monte; ni aun los rebaños y las vacadas pazcan delante del monte» (Éx. 34: 2 y 3).

El eco de ellas parece llegar a nosotros en otros, aunque semejantes tonos: «Mas tú cuando ores, entra en tu aposento, y habiendo cerrado tu puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto».

Jacob tuvo que estar solo, si el Ángel de Dios había de murmurarle el Nombre misterioso de Shiloh; Daniel tuvo que estar solo, si había de ver la visión celestial; Juan tuvo que ser desterrado a Patmos, si había de revelarnos las escenas del Cielo. La nube aislada es la única que contiene en su seno la terrible tempestad de truenos; la que está detenida sobre el declive de la montaña, pronto queda despojada de su electricidad.

Por más valiosas que sean las oportunidades abundantes que están a nuestro derredor, para la cultura y el servicio cristianos, serán en verdad desastrosas en su efecto si nos roban el tiempo que de otra manera pasaríamos con Dios o nos hastian de la comunión solitaria del corazón con Dios. Démonos a Dios los primeros momentos de la mañana cuando el corazón está libre. No veamos el rostro del hombre hasta que le hayamos visto a Él. Atrevámonos a estar mucho tiempo solos en el monte.

Entonces, cuando las condiciones se cumplen, la visión es segura. Tal vez Moisés, al entrar en la nube, esperara que el Todopoderoso pasara delante de él, cabalgando sobre un querubín, o volando sobre las alas del viento, ceñido con el arco iris y la tempestad, mientras los truenos resonaban como tambores en su marcha. Pero he aquí, parecía estar parado en una cañada sobre el borde de una roca, sombreado por una mano, mientras por la garganta de la montaña pasaba la Divina procesión; y una voz quieta, dulce y penetrante le decía que Dios era amor. Nótese el progreso de la revelación al alma que adora. En Horeb Moisés se había parado en el atrio exterior para aprender que Dios es inmutable. Cuando se le dio la ley se había parado en la gloria refulgente del lugar santo, para aprender que Dios es justo. Ahora es admitido en el santuario interior para aprender que el Señor Dios es compasivo y clemente, lento en iras, grande en misericordia y en fidelidad.

Las respuestas a nuestras oraciones en cuanto a visiones espirituales, puede ser que no vengan siempre como esperamos. Pero, como quiera que vengan, vendrán. Ninguno de los que le esperan se avergonzará. Satisfará deseos que Él mismo ha implantado. El Rey será puntual para entrar a ver a los convidados que han cumplido con sus condiciones. Como a Fletcher de Mandeley, a Catarina de Siena, al Presidente Edwards, al Dr. Payson y a otros centenares, así a ti, cuando menos lo esperes, vendrá la beatífica visión, tal vez constriñéndote a clamar, como lo hizo Juan Tennant: «¡Detente Señor, basta! O la vasija frágil se quebrará bajo el peso de la gloria».

Semejantes visiones dejan rasgos inequívocos. El rostro de Moisés resplandeció: ¿Y no resplandecerían también su corazón y vida? ¿Podría haber sido de otro modo? El lino en que la ama de llaves ha puesto yerbas aromáticas, estará fragante; el hierro ordinario colocado cerca del un imán, llega a imanarse; los que están en la corte de los reyes adquieren un porte refinado y cortés; el amigo de los sabios adquiere sabiduría; los miembros de una familia íntimamente unida contraen por asociación, algún gesto pequeño, una peculiaridad que denuncia su unidad; es proverbial cómo en los rostros de un matrimonio anciano se ve una semejanza marcada, de modo que cada uno refleja al otro. Y es imposible para nosotros estar mucho con Dios sin llegar a ser semejantes a Él. Hay ciertamente una correspondencia de esto en la mirada del alma mucho tiempo fija en la visión de Dios, por la cual las características de la hermosura Divina pasan a la vida, y la hacen resplandecer con una belleza que no es de la Tierra. No obstante, semejantes rasgos no son percibidos por los que los presentan: «No sabía Moisés que la tez de su rostro despedía rayos de luz». Era glorioso a todos los ojos menos a los suyos. Hay una ley conocida por los médicos como la ley de Holland, que afirma que siempre que se dirige atención especial a cualquier órgano del cuerpo, la acción de aquel órgano es más o menos perturbada. Si, por ejemplo, comenzamos a pensar en el corazón contando sus latidos y escuchando sus palpitaciones, perturbamos su acción rítmica. De hecho, hay pocos que pueden dejar al médico tomar el pulso con entera compostura. Así es igualmente con las funciones de la digestión, la respiración y el pensamiento. Estos procedimientos grandes y vitales del cuerpo siguen de una manera normal y satisfactoria cuando no se hacen asuntos de directa atención. Y en este aspecto podemos hallar una analogía cercana entre la vida física y espiritual del hombre. Una correspondiente de la ley de Holland penetra la fisiología de la vida espiritual.

La verdadera excelencia cristiana es tan inconsciente de su belleza, como lo era Moisés; siempre que llega a ser consciente de sí misma, pierde su encanto. Cuídate del hombre que habla de sus virtudes. Puede haber orgullo de la humildad, y admiración de nuestra insignificancia. El hombre que se jacta de un rostro resplandeciente es un impostor y un fraudulento. El que posee una virtud genuina nunca habla de ella, nunca piensa en ella; y casi se abrumaría al oír que semejante cosa le es atribuida. El encanto de un niño es su propia inconsciencia de sí mismo; y este es el encanto de la verdadera semejanza a Dios. Es como la flor del durazno, el rocío diamantino de la mañana, o la tranquilidad de la superficie de un lago en la montaña.

# Capítulo 19:

## La frase interrumpida

Éxodo 32:32 es uno de los versículos más patéticos de la Biblia, que lleva en sí la evidencia de su genuinidad. No podía haber sido producido por la mente o la pluma de un escritor más moderno; porque es tan completamente inesperado, tan extraño y, sin embargo, tan verosímil. Nos hace pensar en la caña de una graciosa columna rota a la mitad o en una patética melodía reducida a un silencio repentino por la rotura de una cuerda. Es el fragmento de una frase cuya conclusión habríamos querido saber a toda costa; pero ¿quién tendría la presunción de terminar la que en esta hora suprema fue ahogada por un paroxismo de dolor, un sollozo de emoción irreprimible?

Después de la promulgación de los diez mandamientos en el Sinaí, el pueblo, asustado por los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y el humo del monte, rogó a Moisés que obrara como su intercesor y mediador: «Y dijeron a Moisés: *Habla tú con nosotros, que nosotros oiremos; mas no hable Dios con nosotros, no sea que muramos*» (Éx. 20:19).

El gran legislador y líder, obrando según su súplica, se retiró entonces al pabellón Divino, y estuvo ausente como seis semanas. Después de la vuelta de los setenta ancianos que habían acompañado a Moisés a alguno de los sitios inferiores del monte, pero habían vuelto sin él, el pueblo estuvo sin duda muy contento. Mejor ser privado temporalmente de su líder, que estar expuesto a aquellos terribles truenos. Pero, pasado algún tiempo, empezaron a estar intranquilos y desasosegados. De uno a otro pasó la voz: «¿Dónde está Moisés? No llevó consigo suficiente alimento para sostenerse por tanto tiempo. ¿Habrá tenido alguna desgracia en aquellas alturas tan solitarias? O quizás habrá sido destruido por el ardiente fuego, o absorbido en lo invisible».

«Qué en cuanto a este Moisés, el varón que nos hizo subir de la tierra de Egipto, no sabemos qué se haya hecho de él» (Éx. 32:1).

Y entonces volviéndose hacia Aarón, el hombre de las palabras, seguros de que ni él, ni veinte como él, podrían cubrir la brecha causada por la pérdida de Moisés, clamaron: «Levántate y haznos dioses que vayan delante de nosotros».

Podemos notar, de paso, la naturaleza esencial de la idolatría. Porque en este maravilloso capítulo tenemos su historia entera, desde el primer grito del alma, que revela un anhelo tan fuerte de un ídolo, hasta que apura las últimas heces amargas, con que, cuando molido enteramente su ídolo, el idólatra tiene que beber su mismo polvo. A veces los hombres hablan del hecho de que los idólatras se inclinan ante formas materiales, sean de oro, piedra, o madera, como si supusieran que éstas son Divinas, y poseídas de atributos Divinos. Y tal puede ser el caso con los más degradados; pero en el principio no fue así. Pero si estudiamos cuidadosamente la cuestión en todas sus fases, veremos que el idólatra al principio, al menos, no mira la imagen como a Dios, sino como una representación o manifestación de Dios. Es un esfuerzo de parte del espíritu humano, que recela del esfuerzo de comunicarse con lo invisible y espiritual, de asociar a Dios con lo que puede poseer y palpar, a fin de tener una prueba constante y evidente de la presencia y el favor de Dios.

Este fue el caso de Israel. No habían pasado más que tres meses desde que parados en las playas del Mar Rojo habían visto sus aguas arrollar soberbiamente a las huestes de Faraón. Cada día, desde entonces, el amor de Dios los había seguido. Para ellos los cielos habían dado pan, el agua había fluido de las rocas, su nube había flotado majestuosamente, cobijándoles en el día y ardiendo sobre ellos durante la noche; y aún en el tiempo de que escribimos, toda la cumbre del monte estaba coronada por el pabellón de nube, que era el emblema de su presencia en medio de ellos. Pero no obstante todo esto, fueron llevados por aquel anhelo imperioso del corazón humano, que clama por una imagen palpable para su culto.

Su idolatría, pues, fue una violación, no del primer mandamiento, sino del segundo. No se proponían abandonar a Jehová eso quedó para los días de Acab; pero deseaban adorar a Jehová bajo la forma de un becerro, violando abiertamente la prohibición enfática que decía: «No harás para ti escultura, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el Cielo, ni de lo que está debajo de la Tierra; no te inclinarás a ellas ni les darás culto».

Este fue también el pecado de Jeroboam. No puede haber duda de que el culto del becerro fuera acompañado de orgías licenciosas que eran una parte reconocida de la idolatría egipcia. Otro tanto se da a entender en la narración: «Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar» (vs. 6).

De esto podemos deducir que las restricciones de continencia que los había refrenado desde el éxodo, habían sido de repente levantadas; con el resultado de desecharlas todas y entregarse a su inicuo alboroto.

Había toda la razón para creer que Dios exigiría la pena completa; no por ser Él vengativo, sino porque el mantenimiento de su autoridad parecía hacerlo necesario. La rectitud de su carácter, la inviolabilidad de su juramento, la autoridad de los diez mandamientos, tan recientemente dados, se combinaban para hacer necesario que hiciera como había dicho.

Y sin embargo, por otra parte, era de temerse que, para usar el lenguaje de los hombres, si la ira de Dios llegaba a arder y los consumía, los egipcios dijeran: «Con malicia los sacó para matarlos en las montañas y para destruirlos de sobre la faz de la Tierra».

Y así el carácter de Jehová podía ser mal entendido y calumniado entre las naciones de alrededor. ¿Cómo podía Dios mantener su propio carácter sin ponerlo en peligro entre los egipcios? Si no castigaba al pueblo, comenzarían a pensar que ni sus amenazas, ni sus promesas merecían su atención. Y si lo destruía, su gloria sería oscurecida; y parecería que Él hubiera comenzado a menospreciar el juramento que juró por Sí mismo a sus siervos, Abraham, Isaac, e Israel, que multiplicaría su simiente y les daría la tierra de Canaán como una herencia para siempre. Tanto pesaban estas consideraciones sobre Moisés, que rehusó la oferta Divina de dejarle como el único superviviente de la hueste, y hacerle el progenitor de una gran nación.

Casi parecería que esta proposición fuera semejante a la sugestión hecha a Abraham, de que ofreciera a su único hijo, Isaac. En ambos casos, Dios probó a sus siervos. Pero hay esta gran diferencia entre las tentaciones del diablo y las de Dios. Aquellas procuran sacar a luz todo el mal y hacerlo permanente, como las corrientes de lava son arrojadas del corazón de un volcán; éstas procuran sacar a luz todo lo bueno, y hacerlo nuestro, porque las cualidades morales nunca llegan a ser nuestras hasta que las hayamos puesto en práctica. En el monte, Moisés obró como intercesor. Cuando Dios le dijo todo lo que sucedía en la llanura y le mostró la brillante espada de la justicia suspendida sobre la nación culpable, él rogó por el pueblo a quien amaba: «Entonces Moisés suplicó a Jehová su Dios (...) *¡Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepiéntete de este mal pensado contra tu pueblo!*».

Al bajar del monte, cuando llegó al punto de donde podía ver el becerro y las danzas, parado sobre la tonga de alguna roca, la impetuosidad y vehemencia que le habían caracterizado en los años de su juventud, y que había estado adormecida por tantos años, se manifestó en toda su primera intensidad. No en contra del pueblo, sino en contra del pecado de éste, ardió su ira: «Se encendió la ira de Moisés en términos que arrojó de su mano las tablas, y quebrólas al pie del monte».

Aquellos pedacitos de roca que saltaban de risco en risco son un símbolo propio de la inhabilidad del hombre, aun del más santo, para guardar completamente la santa ley de Dios.

Cuando llegó al campamento parece que se metió en medio de la multitud asombrada, puso fin a su orgía y tumbó su becerro, mandando que se destruyese, y los fragmentos fueran mezclados con el agua que tomaran. Pero como esto no era suficiente para poner fin al mal inveterado, se vio obligado a usar medidas más drásticas, y por la espada de Leví, extinguirlo con la sangre de tres mil hombres.

Entonces cuando llegó el día siguiente, cuando el campamento se llenó de los lamentos sobre aquellos recién hechos sepulcros, y aquella terrible reacción había comenzado en ellos y en él, parece que la marea volvió. Su indignación fue seguida de amargo dolor y compasión. Los truenos de la tempestad se cambiaron en diluvios de lágrimas. El estado triste a que su pecado los había reducido, despertó su más profunda piedad; y dijo al pueblo: ¡Vosotros habéis cometido un gran pecado! Ahora pues yo subiré a donde está Jehová; quizás podré conseguir la remisión de vuestro pecado» (vs. 30).

Pero no les dijo el propósito que tenía en su corazón, ni el precio que se proponía pagar. De este modo, volvió quieta y pensativamente a la presencia de Dios, mientras el pueblo se quedó mirándole. Le parecía que el pecado era muy grande. No podía ver cómo Dios podría retractarse de sus solemnes amenazas. Estaba convencido de que si los merecidos juicios eran desviados, debería ser en consecuencia de una propiciación. Sin embargo, ¿qué propiciación podía haber? Animales no podían servir aunque fueran ofrecidos en hecatombes. No había sino una cosa que él podía sugerir: podría ofrecerse a sí mismo. Este era el secreto que encerraba en su pecho mientras subía al monte. Y fue esto lo que le hizo decir: «Quizás». No podía estar seguro de que el precio del rescate fuese suficiente...



Puede preguntarse cómo llegó a pensar en una propiciación; pero debemos recordar que probablemente ya había habido muchas pláticas entre él y Dios acerca de los sacrificios que el pueblo había de ofrecer. Repetidas veces había sido empleada la palabra propiciación; había aprendido que por el sufrimiento de uno podía redimir a otros, había visto profundas posibilidades en la ley de substitución; y por esto le parecía una cosa natural proponer que él, el siervo escogido, el príncipe y líder del pueblo, fuese puesto en la balanza contra la nación, y que Dios aceptara la sangre de él como un rescate por su vida.

Y Moisés confesó a Dios el pecado de su pueblo, y añadió: «Y ahora, si perdonares su pecado...».

¡Pero no quiso acabar aquella frase! No tuvo palabras para pintar las benditas consecuencias que resultarían, si solamente Dios perdonaba...

«Si perdonaras libremente, y sin el precio del rescate, entonces aparecerán tus atributos más nobles, entonces mi lengua cantará con júbilo tu bondad, entonces yo me rendiré a tu servicio con nuevo entusiasmo, entonces seguramente el pueblo sentirá una pasión de gratitud y amor...».

Pero le oprimía el temor siniestro de que el libre perdón fuera demasiado para esperarse. ¡Cuán poco comprendía el amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor! Y por esto añadió: «¡Mas si no, bórrame a mí, te lo ruego, de tu libro que has escrito!».

Ese libro puede ser el Libro de la Vida; o puede ser el registro del pueblo de Dios, ya en esta vida o en la venidera. De modo que la proposición era que muriera allí e inmediatamente, y no viera la buena tierra al otro lado del Jordán; o que cesara de ser enumerado con el pueblo de Dios, y perdiera para siempre la hermosa visión, hallando su porción entre los reprobados.

Esta proposición se hizo después de pensar deliberadamente. Había tenido bastante tiempo para hacerlo durante la subida larga y fatigosa desde el pie de la montaña. Estaba bien preparado para que Dios la aceptara. Se habría tenido como altamente honrado, al serle permitido ofrecerse como propiciación por el pecado, sobre aquellas alturas de la montaña. ¡Cómo se conmovería el corazón de Dios hacia su fiel siervo, cuya proposición le recordó otra escena en las lejanas edades de la eternidad, cuando el Hijo de Dios ofreció redimir al hombre haciendo una propiciación con el derramamiento de su propia sangre!

Por supuesto, la oferta no fue aceptada. Nadie puede hacer propiciación por su propio pecado, ni mucho menos por los pecados de otros. Sin embargo, el pueblo fue perdonado. El pasar por alto su transgresión fue posible por la propiciación que había de ser ofrecida en el transcurso de los siglos sobre la cruz (véase Ro. 3:25). Y aunque fueron amenazados con la pérdida de la presencia Divina en sus manifestaciones más preciosas, sin embargo, el Ángel de Dios fue enviado delante de ellos para conducirlos a la tierra de promisión.

## Capítulo 20: La presencia de Dios es nuestro descanso

Esta seguridad del descanso es tan aplicable al tiempo presente como lo fue a aquel del éxodo. Y en verdad, tal vez haya un mensaje especial en él para estos días febriles, tan llenos de discordias, confusión y luchas. Su expresión muestra un profundo conocimiento del corazón del hombre. Porque hay una convicción firme en todos nosotros de que no hemos de vivir siempre como en el presente, víctimas de una cruel intranquilidad.

Cada revolución, el bien intencionado esfuerzo para introducir el Reino de Dios por la reconstrucción social, es un ruego de parte del hombre por el descanso. Pero este descanso debe ser buscado más profundamente que en las circunstancias. Debe comenzar en el centro de nuestro ser, y en armonía con el ser de Dios. Su presencia debe ser agradable a nosotros, y acompañarnos, pues de otro modo el descanso es un sueño vano.

Moisés era un hombre muy solitario. Tal vez más solitario en medio de los dos millones de personas a quienes conducía como un rebaño de lo que había sido en medio de las soledades del desierto cuidando el rebaño de Jetro. El mismo contraste entre su sublime gozo en la comunión Divina y el pueblo, siempre deseoso de placeres sensuales, debe haber prestado intensidad al aislamiento de su espíritu, que se alzaba en medio de aquellos anhelos sensuales, como la cumbre de Sufsafeh sobre las Serranías más bajas del Sinaí: «Moisés, pues, respondió a Jehová: *Mira, Tú me dices: 'Lleva a este pueblo'; y no me has hecho saber quién es aquel que vas a enviar conmigo*».

¡Qué suspiro anhelante de compañía se oye aquí! En verdad estos renglones serán leídos por muchos cuyas vidas son solitarias. Algunas quedan durante largas horas para llevar la carga del hogar, o del dolor, o del servicio en el extranjero, como un centinela que tiene que vigilar en la noche en un puesto aislado. Otros en medio de multitudes no están menos solitarios; muchos soldados, pero ningún oficial hermanable; muchas voces, pero faltando la única voz; muchos compañeros, pero ningún amigo. En el mundo físico, según se nos dice, los átomos de los cuerpos más sólidos no se tocan; y con

cuánta frecuencia, aunque la multitud nos oprime, no nos damos cuenta de haber sido tocados. Es a ese estado de ánimo al que la seguridad fue dada.

En adición a esto, las huestes pronto habían de dejar la región montañosa del Sinaí con la cual Moisés había estado familiarizado durante su vida de pastor, a fin de adelantarse a través de desiertos desconocidos, infestados de enemigos osados y experimentados. Aunque la columna de nube los había conducido lentamente a través de aquellos desiertos, y en la noche había arrojado un ancho diluvio de luz sobre las tiendas agrupadas en el campamento del desierto, sin embargo, la perspectiva de aquel viaje a través de aquella soledad grande y terrible bastaba para aterrar al corazón más fuerte.

Semejante llamamiento para levantarnos y partir, con frecuencia suena en nuestros oídos. No somos como los que viajan por el camino de hierro del ferrocarril en el que han ido de acá para allá todos los días por años, y pueden decir exactamente los nombres y el orden de las estaciones, sino que somos como una expedición exploradora en un distrito absolutamente desconocido, cuando hasta el líder, cuando deja su hamaca en la mañana, no sabe dónde ha de ser colgada en la noche. Lo que parece una vida monótona, siempre igual, no sigue todo el tiempo el mismo camino alrededor de un círculo bien pisado como el caballo o el asno que levantan cubas de una noria; sino que siempre está saliendo a nuevos trechos de territorio, que no hemos atravesado antes.

Otras dificultades se habían presentado últimamente en conexión con la transgresión del pueblo. Por un estudio cuidadoso del pasaje, parece que un cambio fue propuesto por su Amigo Todopoderoso. Hasta ahora había viajado en medio de ellos. Al presente anuncia su propósito de sustituirse a sí mismo por un ángel, por temor de destruir al pueblo de repente a causa de su dureza de cerviz (véase Éx. 33:3). Ya el pueblo había sido mandado a despojarse de sus atavíos; y la tienda que era reconocida como el pabellón temporal para Dios, debía levantarse fuera del campamento, de modo que los que buscaban al Señor fueran obligados a hacer un viaje considerable para llegar a su santuario visible. Pero ahora parecía probable que hubiera de verificarse alguna disminución sensible de la evidencia de la presencia y favor Divinos; y el temor de esto conmovió hasta el fondo el alma del gran líder. Como Jacob a los vados del Jaboc, le parecía que no podía soltar a Dios, y le dijo así: «Si tu presencia no ha de ir con nosotros, no nos hagas subir de aquí».

Mejor abandonar tu gran plan, matarnos de una vez, y envolvernos en un sudario de arena, que permitirnos dar otro paso sin tu presencia.

¿No hemos visto muchos de nosotros, tiempos cuando tenemos razón de temer que en consecuencia de un triste fracaso o pecado de parte nuestra, el Señor tendrá que quitarnos el gozo consciente de su amor? Un temor frío pone su mano de hielo en las cuerdas de nuestro corazón, y casi lo petrifica en el silencio: «Si Él tuviera que dejarme solo, quitarme su misericordia, negarme su compasión. Si yo fuera como un trineo abandonado en las nieves árticas, o un navío dejado por su tripulación en alta mar. Si la suerte de Saúl fuera mía y que de mí Dios dijera: *Pésame de haber hecho rey a Saúl*».

Semejantes pensamientos apresuran el paso del alma al acercarse a su trono. El trato anterior entre «el siervo fiel en toda su casa», y Aquel que lo había decretado, parece haberse verificado sobre la cumbre de la montaña. Pero después de caer el pueblo en pecado, hubo un cambio por el cual no eran necesarias semejantes ausencias prolongadas y lejanas del campamento. En verdad, Moisés estuvo ausente solamente por un período de cuarenta días (véase Éx. 34:28) hasta el tiempo de su muerte como treinta y ocho años después.

Durante la larga entrevista que le había sido permitido gozar, Dios le había hablado mucho del tabernáculo que pronto tenía que hacerse. El vio luego la bendición que vendría por esta proximidad del santuario, para la adoración y la comunión, y parece que su alma ardiente no podía sufrir dilación. Por esto fue escogida una tienda; puede ser que fuera suya propia, o una que se preparara especialmente (véase Éx. 33:7).

Pero su provecho fue obvio en el caso de Moisés mismo. Ya no era necesario que él subiera a la cumbre de la montaña para inquirir por el pueblo, o para pedir consejo en problemas difíciles. Podía desempeñar todos los negocios necesarios saliendo a la tienda. Y cuando se divulgaba en el campamento que estaba para hacerlo, «se levantada todo el pueblo» para ver el maravilloso espectáculo, «y estaba en pie cada cual a la puerta de su tienda», mirando tras él; porque, luego que él entraba en la tienda, la columna de nube descendía de su posición en medio del cielo, y permanecía a la puerta del Tabernáculo, el vehículo y emblema de la presencia Divina. Así, Jehová hablaba con Moisés cara a cara, como suele hablar un hombre con su amigo, y Moisés hablaba con su Padre que está en secreto, con la confianza de un niño. Y viendo el pueblo aquel maravilloso espectáculo de que Dios condescendiera en comunicarse con su hombre, se levantaba todo

el pueblo, y se postrada cada cual junto a la puerta de su tienda (véase vs. 10).

Fue allí donde se efectuó este maravilloso coloquio. Moisés habló de su soledad, y preguntó quién había de estar asociado con él en su gran tarea; y contrastó este silencio de parte de Dios en un asunto que concernía tan íntimamente a su comodidad y eficiencia en todos los demás tratos con Él: «Con todo me has dicho: *Te he conocido por nombre, y también tú has hallado gracia en mis ojos*» (vs. 12).

Entonces parecía que aquel fiel corazón súbitamente había divisado una bendición más trascendental en gloria que ninguna otra que hasta ahora hubiera osado pedir. Su petición estaba caracterizada por una gran humildad, encerrada entre una doble referencia a la gracia a la cual lo debía todo; pero se atrevió a sugerir que Dios le mostrara sus caminos para que le conociera. Fue como si dijera: «¿Serás Tú mismo, mi socio y compañero, mi árbitro en las dificultades, mi consejero en las perplejidades, mi amigo en la soledad? Tus ángeles son fuertes y hermosos, y buenos; pero ninguno de ellos me basta, nada menos que Tú. Sin ti sería mejor que yo abandonara mi tarea y muriera; pero contigo, ninguna dificultad puede desconcertar, ningún temor alarmar, ningún obstáculo acobardar».

Y la respuesta de Dios vino a su espíritu como música y bálsamo: «Mi presencia irá contigo, y Yo te daré descanso» (vs. 14).

No se dijo nada acerca del pueblo. Según parece la promesa de la presencia divina se hizo solamente a Moisés. Pero la fe se hace más atrevida al paso que se levanta. Cada respuesta que se da a sus demandas, la hace reclamar más. Podemos dudar seriamente de que nuestra fe sea de la mejor índole, si no puede abarcar en su mano hoy más de lo que abarcaba hace un año. Y por esto, Moisés no sólo pidió la seguridad de la presencia Divina para sí mismo, sino que suplicó que se extendiera para abarcar al pueblo: «¿En qué podrá ahora conocerse que hemos hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo? ¿Acaso no es en que Tú andes con nosotros, para que seamos distinguidos yo y tu pueblo de todos los demás pueblos que están sobre la faz de la Tierra?» (vs. 16).

En esta súplica también tuvo éxito: «Entonces Jehová respondió a Moisés: *Yo haré esto también que has pedido; puesto que tú has hallado gracia en mis ojos*» (vs. 17).

Hay momentos de santa comunión con Dios, momentos de éxtasis, momentos de oro, en la vida de todos sus siervos; cuando nos vengamos en turno, y queramos aprovechar hasta lo posible su gozo breve, extático y glorioso, roguemos, no sólo por nosotros mismos, sino por otros, pidiendo para ellos una bendición igual.

He aquí la bendición que esta seguridad garantizó... Hubo en primer lugar, la presencia Divina; y en segundo lugar, el descanso prometido: no el descanso de Canaán, porque éste, Moisés nunca lo vio, sino una herencia más profunda y bienaventurada, que puede ser la porción de todas las almas fieles. Pero en resumidas cuentas, éstas dos son una: la presencia Divina es descanso.

Por supuesto la presencia consciente de Dios con nosotros no es posible sino bajo tres condiciones... Primero, debemos andar en la luz como Él está en la luz; porque Él no tendrá comunión con las obras infructuosas de las tinieblas, ni se apartará para ir con nosotros por ninguna senda torcida de nuestra propia elección. En segundo lugar, debemos reconocer que la sangre de Jesucristo su Hijo, de continuo nos limpia de todo pecado; no sólo aquel que juzgamos nosotros y confesamos, sino aquel también que no es visto sino por sus ojos puros y santos. Y en tercer lugar, debemos reclamar la bondadosa ayuda del Espíritu Santo para hacer real aquella presencia, que es demasiado sutil para el ojo del hombre, a menos que sea especialmente iluminado.

Y sobre todo, debemos acordarnos de que para nosotros, al menos, aquella presencia está localizada en el hombre Cristo Jesús. Es decir, para nosotros no hay niebla que atenúe la presencia, aunque la hay de luz, sino una Persona en que aquella presencia es hecha real y nos toca. Pero estando cumplidas estas condiciones, el alma bendita entra en una experiencia de la presencia de Dios que no puede hallar mejores palabras para expresar su felicidad que las del salmista cuando volvió de la prosperidad de los malos para considerar su propio estado: «Sin embargo, yo siempre estoy contigo; Tú tienes asida mi mano derecha (...) ¿A quién tengo en el Cielo sino a ti? y comparado contigo nada quiero en la Tierra» (Sal. 73: 23, 25).

Y el sentido de aquella presencia es descanso. Tengo una visión de un claro en un bosque; un grupo de niños cansados y asustados están inclinándose alrededor del tronco de un árbol añoso, dejando caer flores frágiles y

marchitas de sus manos y delantales, mientras comienzan a caer las primeras grandes gotas de una tempestad de truenos y relámpagos que había estado encapotando el cielo. Han perdido el camino; sollozan amargamente, y se amontonan. De repente, a través del bosque se oyen unas pisadas rápidas, haciendo sonar las ramitas y hojas... ¡Ha venido el padre! Y al llevar algunos en sus fuertes brazos, por la tormenta, siguiendo el camino más corto para el hogar, y los otros corren a su lado, han aprendido que hay una Presencia que es descanso.



## Capítulo 21: Construyendo el Tabernáculo

El corazón del pueblo judío era el Tabernáculo alrededor del cual fueron plantadas sus tiendas, y cuyos movimientos determinaban las jornadas de la hueste. El Tabernáculo también les enseñó algunos de sus pensamientos más profundos acerca de Dios, en una especie de lecciones objetivas que eran más propias para sus mentes inmaduras. Podemos tratar sólo incidentalmente de éstas, puesto que nuestro punto principal es la parte desempeñada por Moisés en su construcción.

Debemos acordarnos de que los hijos de Israel no poseían un idioma como el nuestro, con muchas palabras y un vocabulario rico, capaz de expresar toda clase de ideas abstractas, tales como amor, sabiduría, pureza, espiritualidad, santidad. Apenas comprendemos cuánto estorba la comunicación de la verdad espiritual la carencia de palabras propias o idóneas para expresar los pensamientos. De modo que antes de hacer su revelación, Dios tuvo que proveer un idioma para expresar sus pensamientos. Esto es precisamente lo que hizo al construir el Tabernáculo.

Es claro que debió de haber algún fenómeno visible, alguna aparición resplandeciente, algún cuadro glorioso representado en las nubes o construido sobre las viejas rocas. Puede ser que hubiera estacas y cortinas, querubines y lámparas, oro y plata, altar y candelabros, pero no podrían ser tocados; existieron como un hermoso sueño, como algún misterio de nube que está por un momento en el cielo a la puesta del sol, y luego se desvanece.

Pero es casi inconcebible que Dios no explicara a Moisés, al mismo tiempo, aquellos admirables conceptos de su propia naturaleza y sus relaciones con los hombres, que habían de ser manifestados en esta construcción material. En aquellos días de santa comunión, el Maestro Todopoderoso debió imprimir en la mente reverente y receptiva de su discípulo series de pensamientos santos que lo encantaron. Puede ser que aun a él fueran comunicados al principio bajo aquellas formas objetivas en que después fueron presentados al pueblo; pero en todo caso es seguro que fueron comunicados por el Espíritu que revela las cosas profundas de Dios, y los da a conocer a los que le aman.

Si el pueblo hubiera visto nada más el fuego devorador en la cumbre del Sinaí, y el pabellón de la presencia de Dios, nunca se habría atrevido a pensar que había algo de interés común entre Dios y ellos. El Señor siempre habría parecido a sus mentes distante e inaccesible. Por eso, Dios dijo: «Me harán un Santuario, para que Yo habite en medio de ellos» (Éx. 25:8). Y prometió: «Yo habitaré en medio de los hijos de Israel, y seré el Dios de ellos» (Éx. 29:45).

Así, fue ordenado que la tienda más grande fuese plantada en medio de ellos, distinta sólo de las suyas en sus proporciones y materiales; pero situada en la misma arena, quitada y levantada a la misma hora con las de ellos, y soportando las mismas vicisitudes del tiempo y los viajes. ¿No decía esto tan claro como podrían decirlo las palabras, que el tabernáculo de Dios estaba con los hombres, y que tenía voluntad de morar con ellos y llegar a ser su Dios? ¿No enseñaba que Jehová había llegado a ser un peregrino con la hueste de peregrinos, ya no un Dios lejano, sino un participante en sus fortunas nacionales? ¿Y no es ésta la misma lección de la encarnación? ¿No podemos aventurarnos a suponer que la Iglesia, aquel cuerpo santo que estaba siendo preparado para el Hijo de Dios, fuese aun entonces revelada al fiel siervo? ¿Y que en su maravillosa construcción fuera enseñado a repetir, en formas materiales, aquella mística unión de espíritu, alma y cuerpo, en el Hombre Cristo Jesús, del cual el lugar Santísimo, el lugar santo y el atrio exterior eran el emblema transitorio?

Así fue como la mente del hombre fue preparada para aprender que Dios podía hacerse carne, y habitar en medio de ellos. Fue así como las primeras sílabas que habían de ser edificadas en la palabra *Emmanuel* fueron articuladas. Fue así que la encarnación fue prefigurada. Porque el cuerpo de Jesús es el verdadero Tabernáculo que el Señor ha plantado, y no el hombre, aquel cuerpo que nació de la virgen pura, con el cual habitó con los hombres y por el cual efectuó la redención.

A la grandeza de Dios, también, había de darse una expresión visible. El Tabernáculo fue el edificio más soberbio en su género que alguna vez fuera edificado por los hombres. Los pedestales de plata colocados a intervalos a lo largo de la arena para sostener las tablas rectas, la magnífica tapicería que formaba el techo y las paredes, los utensilios de oro, el bronce que formaba sesenta columnas, con sus capiteles y ganchos de plata, de los cuales estaban

suspendidas cortinas tan delgadas que el pueblo podía ver todo cuanto se hacía en el atrio exterior... ¡Cuán costoso era todo esto!

En aquel día de año nuevo, el aniversario del éxodo (véase Éx. 40:17), cuando estuvo terminado, resplandeciente con el sol del desierto, debió parecer a todos los que lo miraron tan hermoso como la Nueva Jerusalén descendiendo del Cielo de Dios; y dio conceptos nuevos de la majestad Divina.

Todos los alrededores estaban bajo el encanto de la idolatría. Pero el Tabernáculo, con todas sus partes, materiales y accesorios, era una sola cosa: un arca, un altar de incienso, un altar de holocaustos, un propósito sagrado en cada orden y rito para quitar la impureza. Entre los hombres, pues, representaba una protesta perpetua contra la idolatría y un testimonio enfático a favor de la Unidad de Dios: «Oye Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová Uno es».

Tal fue el mensaje perpetuo que flotaba sobre el aire del desierto de esta estructura única.

¡Pero cuán sublime, cuán asombroso sería aquel mensaje, cuando por primera vez sonó en oídos de Moisés! Lo sabía antes, pero lo vio como uno que mira en el corazón de la verdad; comparando cosas pequeñas con grandes, como cuando miramos en los ojos de un amigo, y descubrimos allí profundidades de vida y amor que no podríamos expresar en palabras, y que hubieran sobrepujado nuestros pensamientos.

En el monte, el legislador vio las vestiduras del Rey, pero no al Rey; su gloria, pero no su Persona; sus espaldas pero no su rostro; y el concepto de que Dios era Espíritu fue comunicado al pueblo en aquella forma más impresionante.

Entrando en el lugar santo, el ojo veía la cortina pesada pero magnífica, bordada con querubines, que cortaba seis pies de largo de la entera estructura. Retirando ésta se pasaba a un aposento que era un cubo perfecto, una miniatura de la Nueva Jerusalén, cuya longitud, anchura y largura eran iguales. En un templo egipcio, este aposento habría contenido un cocodrilo o ibis; pero aquí no había sino una caja, sobre la cual formas de una belleza exquisita se inclinaban con las alas extendidas, y entre ellas brillaba una luz

que no se había tomado del sol o de las estrellas. ¿Podría alguna cosa comunicar más significativamente la idea de que Dios era espíritu?

Esta ausencia de alguna forma visible en el santuario de más adentro, fue lo que asombró más al rudo soldado Pompeyo, quien entró con ansiosa curiosidad a través del umbral que nunca antes había sido pisado por otra planta que la del pie descalzo del sumo sacerdote, una vez al año. Esperaba hallar alguna personificación visible de Jehová, y volvió con desdén, menospreciando el aposento vacío. Pero para Moisés fue un concepto sin paralelo, que abrumaba sus pensamientos.

La impresión de la pureza de Dios fue producida por una serie de comparaciones. Primero, el Tabernáculo estaba dentro de un atrio defendido del público por una cerca; la parte exterior podía ser pisada sólo por aquellos hombres que se habían sometido a ciertos ritos de purificación; y en cuanto a la parte interior, sólo podía ser pisada una vez al año por el sumo sacerdote, cuidadosamente limpiado mediante muchos ritos, y llevando vestiduras de diseños especiales, mientras la sangre de los animales degollados, escogidos de los ganados libres de todo defecto o mancha, era rociada en derredor. Todo se hacía para imprimir en el pueblo el cuidado con que debían acercarse a Dios; y de esta manera se produjeron impresiones de su santidad en la mente de la nación, que los siglos sucesivos no han podido borrar. Y a través de estos arreglos, y notablemente por las repetidas referencias a la sangre de los sacrificios que había de ser vertida y rociada, Moisés llegó a estar muy familiarizado con la filosofía de la propiciación. Debió vislumbrar a través de los siglos la cruz de Cristo, con su misterio de sacrificio, amor y sustitución por los pecados de los hombres. Pensamientos como éstos deben haber penetrado en el alma de Moisés mientras esperaba delante de Dios, olvidándose de que el tiempo pasaba, de cómo se cambiaba el amor del pueblo en idolatría, o de cómo el pueblo demandaba alimento. Y mirando el gran espectáculo de aquella alma extasiada, alcanzamos un concepto de una parte, al menos, de las ocupaciones de la eternidad, y somos incitados a buscar un conocimiento más íntimo de Dios.

¡Cómo quisiéramos conocer a Dios! No saber acerca de Él, sino conocerle a Él, pensar sus pensamientos, darle tiempo para introducir sus pensamientos en nuestra mente; familiarizarnos con Él, quien en verdad nos convida a hacer esto y abre de par en par todas las puertas a su naturaleza para que nosotros entremos por ellas. Esto sería mejor que todo lo demás; ninguna experiencia extática, ninguna liberación del mal, ningún vuelo de emoción, podría remunerar nuestra alma tanto como esto, que no dejaría de llevar en sí

todas estas cosas. ¡En verdad sería bueno sufrir la pérdida de todas las cosas para conocerle!

Hoy no somos llamados a construir de nuevo el Tabernáculo, según aquel antiguo diseño que llenó su propósito, y cayó en desuso porque fue sustituido por revelaciones más claras del Evangelio; sin embargo, hay una analogía que está llena de instrucción e inspiración en la vida de todo creyente verdadero, y ésta merece nuestra atención por un momento. A saber, así como el Tabernáculo existió en la mente de Dios antes de que fuera reproducido sobre las arenas del desierto, así existe la vida de cada uno, como un concepto de aquella misma inteligencia infinita, que comprende en su alcance el vuelo de un ángel con el Evangelio eterno y la caída de un pajarito al suelo.

En efecto, cuando viene un niño al mundo, con todas sus facultades encerradas en él, como la flor en el botón, hay en la mente de Dios un retrato perfecto de lo que aquella vida puede llegar a ser, un ideal a que puede ser conformado. Hay una anticipación clara de lo que será; pero lado a lado hay una previsión distinta de lo que podría ser. Y si solamente aquel diseño pudiera verse y reproducirse literalmente, si tan sólo aquella vida pudiera llegar al ideal Divino, no podría haber lugar para el remordimiento o la decepción. Cumpliría su propósito como un pensamiento de la mente Divina, y alcanzaría su perfecta consumación y felicidad. Así es con el creyente que está parado en el umbral de la vida cristiana, lleno de esperanza y propósito. Para él también hay un ideal perfecto atesorado en la naturaleza Divina, de una vida llena de la felicidad de las bienaventuranzas, y rebosante de las poderosas obras de los Evangelios. Si tan sólo se realizara de día en día, de creciente gloria, de fuerza en fuerza, de gracia en gracia... ¡Lástima que muchos de nosotros, al pasar los años, hayamos obrado según nuestra propia voluntad y diseño equivocados!

Ninguna mota, ningún espacio, ningún pequeño detalle, fue dejado a la fantasía o ingenio de los artífices del Tabernáculo; todo estaba comprendido en el diseño Divino. De cada detalle Dios tenía un plan; porque en cada uno se escondía algún propósito, y la simetría del todo dependía de la perfección de cada parte. Así, en la vida, el pensamiento de Dios abarca todos los detalles. Nada es demasiado trivial para que no sea hecho asunto de oración y súplica. Ninguna gran vida es posible que deje de comprenderse en su plan y de alcanzar atención a las cosas comunes y pequeños detalles del carácter.

Línea sobre línea, precepto sobre precepto, tal es siempre el método Divino. Si podemos expresarlo así, el plan de la vida de Jesús fue desarrollado para su inteligencia humana, paso por paso. Acuérdate como Él dijo: «El Hijo no puede hacer nada de Sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre».

Del mismo modo, puede ser que nosotros podamos cumplir las distintas porciones del Tabernáculo de nuestra vida, sin conexión aparente la una con la otra, «por diversas porciones, y en maneras diversas», y no entendamos el propósito Divino, pero al fin de la vida veremos que era una construcción completa y exquisita, de la cual no faltaba ninguna parte.

El Plan de Dios era conmensurado con los recursos del pueblo. Como el diseño estaba allí en el monte, allí abajo en posesión del pueblo estaban los materiales para su realización: el oro, la plata y las piedras preciosas, el azul, el púrpura y el escarlata, el lino y el pelo de cabra, los cueros de macho de cabrío y de tejón, el ingenio de los artífices y la voluntad del pueblo...

Y es que Dios nunca da al hombre un diseño sin hacerse responsable de la provisión de todos los materiales necesarios para su ejecución. Por consiguiente, toma el plan de Dios y confía completamente en que Él te dará la gracia necesaria; está allí; sólo espera la demanda de tu fe: «Todas las cosas son añadidas al hombre que busca primero y solamente el Reino de Dios». En definitiva, el plan de Dios tiene que obedecerse resueltamente: «...todo fue hecho como el Señor mandó a Moisés».

Este fue su supremo gozo y satisfacción: que él no había añadido nada, ni disminuido nada del mandato Divino; y así la obra fue acabada. Haríamos bien en cultivar el hábito de la obediencia inmediata y completa, repitiéndola en los detalles más pequeños así como en las experiencias más difíciles. Así la vida humana llegaría a ser armónica con la Divina, los tabernáculos de nuestras vidas llegarían a ser el hogar de Aquel que habita en la eternidad, y cuyo nombre es Santo; y el Shekinah Divino nos cobijaría, «la nube de día y el fuego de noche», por todos nuestros viajes hasta que llegáramos al hogar de nuestro Padre.

Siguiendo los primeros pasos de la instrucción Divina, Moisés se ocupó especialmente en elaborar la idea elemental del sacrificio, como en el caso del cordero pascual. El paso siguiente fue el de construir el Tabernáculo, del que ya hemos estado tratando. Pero ésta no fue la forma final de la revelación Divina a que fue llamado a dar figura visible. En días posteriores, cuando la enfermedad cortaba miles de víctimas en todas partes del

campamento, como un juicio por las murmuraciones del pueblo, a su líder le fue mandado que hiciera una serpiente de bronce, y la pusiera sobre un madero para que todos los que la miraran pudieran vivir. En aquel momento supremo vislumbró al Señor moribundo, y discernió no solamente el hecho sino el método de su muerte. A ningún otro profeta del Antiguo Testamento, por lo que podemos saber, fue dado a conocer que Jesús tenía que ser levantado sobre una cruz. Pero esto le fue permitido saber a aquel que fielmente había ejecutado el plan Divino en sus primeras partes, y también él tuvo el privilegio de manifestar, de un modo tan gráfico y sencillo, la naturaleza de la fe salvadora: «Y de la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, asimismo es necesario que sea levantado el Hijo del hombre; para que todo aquel que cree en Él tenga vida eterna».

Así es siempre. Al ascender la colina, el horizonte se extiende; al paso que hacemos la voluntad de Dios más cumplidamente, sabemos su doctrina más completamente; mientras más fielmente seguimos el plan Divino, más se nos permite examinar y proclamar aquellas cosas más profundas, que Dios ha preparado para los que le aman...

## Capítulo 22: La partida del Sinaí

Israel habitó bajo la sombra del Sinaí como once meses el tiempo necesario para ver la sucesión de las estaciones; pero la verdura de la primavera y los matices del otoño que van palideciendo no dejan ni una señal en aquellas vastas piedras areniscas. ¡Pero qué cambio había sido efectuado en su estado! Llegaron allí como un pueblo fugitivo y desorganizado, salieron como una nación poderosa, en orden de batalla, provista de un sistema sacerdotal que había de durar por siglos, como tipo del sacerdocio de Cristo y sus santos, y provista de un código de leyes y estatutos sanos, que han sido el modelo para los pueblos más civilizados del mundo. La misma apariencia del campamento indicaba este maravilloso cambio. En medio de él, la sagrada tienda con su nube, y alrededor las buenas tiendas del pueblo, «como las huertas junto al río, como lináloes que ha plantado Jehová, como los cedros junto a las aguas». Los sacerdotes y levitas tenían sus tiendas inmediatamente alrededor de él, en el círculo interior; y alrededor de ellos en su turno las doce grandes tribus, tres hacia cada punto cardinal, guardando el Tabernáculo como un tesoro muy sagrado, y como el centro de su vida nacional.

Fue también un espectáculo maravilloso, cuando la nube se levantó y los sacerdotes, mediante las trompetas de plata, dieron la señal de que los campamentos del lado oriental deberían comenzar la marcha. Entonces Judá salió primero seguida de Izacar y Zabulón; y los hijos de Gersom, y Merari con los seis carros llevando las partes más pesadas del Tabernáculo (Nm. 7:1-9) iban en seguida; y después de éstas Rubén, seguida de Simeón y Gad; luego las largas líneas de Coatitas, llevando sobre los hombres las vasijas del servicio sagrado; y en seguida las tres tribus restantes en dos grandes divisiones, la una encabezada por Efraim y la otra por Dan. Todo estaba hermosamente ordenado; y aunque no podemos atribuir la poderosa revolución que había sido efectuada a sólo el ingenio de Moisés, no podemos menos que sentir que, como Dios por lo regular daba sus enseñanzas por medio de mentes competentes para recibirlas y comunicarlas, así las dotes mentales de Moisés deben haber sido extraordinarias, para que pudiera tan fácilmente recibir, recordar y enseñar la legislación que hizo de Israel un gran pueblo. Pero lado a lado con esta



inteligencia colosal, existía todavía un débil corazón humano, que se delató en la proposición que hizo a Hobab...

A saber, durante la estancia en el Sinaí, es probable que diputaciones de tribus vecinas visitaran el pueblo, y entre ellas estaba este jefe de una tribu, Hobab, íntimamente relacionado con Moisés por el matrimonio. Se nos dice que Hobab era hijo de Ragüel, el madianita, suegro de Moisés. Por supuesto, conocía bien el país, dónde estaban los manantiales, los pastos y las rutas más seguras y cortas; y así Moisés le hizo la súplica de que fuera con ellos, para beneficiarlos con este conocimiento práctico: «Ruégote que no nos dejes; porque tú conoces los sitios en que debemos acampar en el desierto, y podrás sernos en lugar de ojos» (Nm. 10:31).

Es obvio que esta súplica era muy natural. Moisés era un hombre muy solitario, como ya hemos visto; y le era agradable tener a alguno relacionado con él, por afinidad de sangre, en quien pudiera confiar en cualquier crisis especial.

Al mismo tiempo, no estaba de acuerdo con la costumbre general, que aun entonces debe haber comenzado a sentirse, del exclusivismo israelita. Esta característica nacional fue notada y mencionada claramente por Balaam, cuando dijo: «He aquí que este pueblo habitará solo, y entre las demás naciones no será contado» (Nm. 23:9).

El judío no se mezclaba por medio del matrimonio con los pueblos vecinos, bajo pena de muerte, usaba un vestido especial y era distinto de todos los demás hombres aun en su manera de arreglarse la barba. Y todo esto se hacía para guardar al pueblo de las plagas de la Tierra, la cual, en el lenguaje expresivo de Levítico, «estaba vomitando a sus habitantes».

Aun cuando admitimos que en el corazón de la nación había emociones más tiernas hacia los que querían simpatizar con su espíritu -hacia una Rahab y una Rut, hacia los extranjeros dentro de sus puertas y hacia los gentiles que en tiempos posteriores podrían ser atraídos por la luz que resplandece desde el monte de Sión-, sin embargo, era cosa inusitada que el gran legislador se desviara de su camino, para dar esta graciosa invitación a un príncipe madianita. Fue porque Moisés nunca había ido por ese camino antes, por lo que tenía tantos deseos de tener la compañía de Hobab, y le ofreció como aliciente esta declaración:«El mismo bien que Jehová hiciere con nosotros, lo haremos nosotros contigo» (Nm. 10:32).

¡Cómo apela esta fase del pensamiento a todos nosotros! No sabemos lo que nos espera en la próxima vuelta de la senda, ni en la cumbre del paso, qué enemigos pueden acecharnos, qué emergencias pueden presentarse y qué barreras inesperadas pueden estorbar nuestros pasos... ¡Qué bueno es, pues, tener un Hobab que conozca el terreno! Buscamos nuestros Hobabs en las opiniones de consejeros canos y sabios, en la formación de comisiones fuertes, inteligentes y ricas, en un apego cuidadoso a los precedentes. Cualquier cosa parece mejor que la sencilla confianza de un guía invisible.

Pues bien, en un sentido no hacemos mal en esto. No tenemos derecho ni necesidad de separarnos de otros, que han tenido experiencia especial en algún terreno nuevo en que estamos aventurándonos. Es una equivocación seguir la vida de un ermitaño, resolviendo todos nuestros problemas y solucionando nuestras cuestiones por nuestros propios esfuerzos. Los que tal hacen tienden a inclinarse a sus propias opiniones y llenarse de excentricidades. Dios con frecuencia nos habla por nuestros compañeros; son sus ministros para con nosotros para bien, y hacemos bien en escuchar a nuestros *Samueles, Isaías* o *Juanes*. Pero hay también el gran peligro de que prefiramos al hombre antes que a Dios; que pensemos más en los anteojos que en lo que nos revelan, y que nos adhiramos tanto a Hobab, que olvidemos al verdadero guía y capitán de las almas. Cuando le hemos dado el lugar que le corresponde, probablemente nos restaure nuestros jueces y nuestros consejeros como al principio; pero la primera necesidad es que el ojo sea sencillo hacia Él, de modo que todo el cuerpo esté lleno de luz.

El jeque del desierto no parecía enamorado de la proposición de su gran pariente. No tenía deseos de abandonar su tribu, su campamento, su existencia libre y sin cuidado, para echar su suerte entre aquella gran hueste, pero de malos modales. Y puede ser que otras consideraciones influyeran en Hobab...

Sólo había pasado un mes desde que Aarón y sus hijos habían sido separados para su obra sagrada, y el fuego de Dios había caído sobre sus sacrificios de dedicación. El pueblo lo había visto y había clamado de gozo; pero antes de la noche su gozo había sido extinguido por repentino luto. Por alguna violación del ritual sagrado, o tal vez, como sugiere la prohibición subsecuente del uso del vino, por mala conducta personal mientras estaban ocupados en su ministerio, los dos jóvenes sacerdotes habían sido muertos y

a Aarón le fue prohibido llorar. Seguramente esto infundió mucho temor en el campamento.

Poco después de esto, ocurrió otro incidente. El hijo de una mujer de Israel, cuyo padre era egipcio, había blasfemado el santo Nombre de Dios, y maldecido en una riña con un hombre de Israel. El blasfemo había sido apedreado. Sin duda la sentencia parecía severa, pero, como Dios era Rey, el pecado era en realidad de alta traición. Esta venganza inmediata y terrible puede ser que fuera otra causa de la decisión negativa de Hobab.

El resultado de todo esto fue que respondiendo a la súplica de Moisés, dijo bruscamente: «No iré; sino que volveré a mi tierra y al lugar de mi nacimiento» (vs. 30).

Moisés siguió instándole y rogándole; pero si logró su propósito o no, es dudoso; aunque hay algunas razones para pensar que la segunda súplica prevaleciera, porque los descendientes del Cineo están enumerados entre el pueblo escogido (véase Jue. 1:16).

Con todo, parece que su ayuda fue inútil por la provisión de dirección que fue prometida inmediatamente. Hasta ese momento, la posición del Arca había estado en medio de la hueste enfrente de Efraim, Benjamín y Manasés; pero desde ahora iba camino de tres días enfrente del pueblo «para buscarles lugar donde descansasen». Tenemos que imaginar su viaje solitario cuando se adelantaba, llevada por la banda de sacerdotes y levitas, y tal vez acompañada por un pequeño grupo de príncipes y soldados, y especialmente por el mismo gran legislador. Muy atrás, a distancia de algunas millas, seguía el campamento con su tumulto, y su murmullo de muchas voces, el llanto de los niños y el paso mesurado de las bandas armadas; pero nada de esto interrumpía la solemnidad y silencio, los cuales como ángeles majestuosos, pasaban adelante con aquel grupo guardián que acompañaba al Arca, sobre la cual formas de querubines se inclinaban.

Que Moisés estaba allí, es indudable; porque se narran las augustas palabras con que anunciaba su partida y su llegada. En el primer caso, mirando en el aire tenue que le parecía lleno de fuerzas enemigas de hombres y demonios, clamaba: «¡Levántate, oh Jehová, y sean disipados tus enemigos, y huyan delante de ti los que te aborrecen!» (Nm. 10:35).

Y en el otro clamaba: «¡Vuélvete, oh Jehová, a los millares de los millares de Israel!» (vs. 36). Así, Dios mismo reemplazó la proposición de Moisés por un expediente que cumplía abundantemente sus necesidades.

¡Qué consuelo hay para cada uno de nosotros, si comprendemos la verdad espiritual de este hecho histórico! Tenemos que pasar a lo no probado y desconocido, y no sabemos el camino por donde seguir. Algunos tienen que ir a solas. Algunos con la memoria de compañeros que antes caminaban a su lado, pero a quienes no volverán a ver en esta vida. Algunos que, aunque actualmente bendecidos con la asociación de sus queridos compañeros de peregrinación, tienen recelo y gran temor de la ruta y lo que pueda traer el día. Pero en medio de todo, Jesús está con ellos, y anda delante de ellos, sea para guerra o para descanso. Nunca los dejará ni los desamparará; y los días que van pasando los capacitarán para decir: «Yo sé a quien he creído».

El Señor Jesús es el Arca que ha ido delante de nosotros a través del mundo y de la muerte, a través del sepulcro y el último ataque de la hueste de las tinieblas a la gloria. Sólo tenemos que seguirle. Le toca a Él esparcir a nuestros enemigos, mientras estamos quedos para ver su salvación. Le toca a Él escoger el lugar de nuestro descanso, mientras nos acostamos preparándonos para nueva obediencia.

No anticipemos la dirección de Dios, ni le oprimamos indebidamente: «El que creyere no se apresurará».

Deja un intervalo entre el Arca y tus pisadas, para que veas, hasta donde sea posible, lo que Dios quiere que hagas; y entonces con deliberación y fidelidad, con una determinación fija, síguele. Será para nosotros en lugar de ojos.

Qué felicidad saber que Jesús no está a «una jornada de tres días» delante de nosotros, sino cercano, de modo que está siempre entre nosotros y nuestros enemigos. Antes de que puedan perjudicarnos, tendrán que verse con Él. En Él también, hay descanso; de modo que podemos acostarnos bajo su sombra con gran deleite y saber que todo debe estar bien, puesto que ha escogido nuestra herencia.

## Capítulo 23: Enteramente noble

Un éxito no interrumpido es difícil de soportar, mucho más que una prueba perpetua. Esta fue la lección enseñada por la historia de las llanuras de Capua, donde la desmoralización efectuada en las tropas de Aníbal por el clima enervante causó más desastre que la proeza de las legiones de Roma. Muchos que habían sido vigorosos y enérgicos cuando subían las precipitosas peñas de la adversidad, cedieron a tentaciones pequeñas en los días de prosperidad.

Si se discutiera que si el sol o la tempestad, la felicidad o la adversidad, fueran las pruebas más severas del carácter, los observadores más astutos de la naturaleza humana probablemente contestarían que no hay nada que muestre tan claramente el verdadero material del que estamos compuestos como lo hace la prosperidad. Cuando el hijo menor llegó a poseer la porción de bienes que le tocaba, descendió hasta dar de comer a puercos.

Más o menos durante dos años a Moisés se le había permitido caminar con buen éxito. Por fe en el Jehová viviente, había vencido al más orgulloso monarca de su tiempo; había conducido a casi tres millones de personas a través del desierto árido, sin ningún comisariato establecido; había disciplinado a una multitud desorganizada, haciéndola una poderosa hueste, con un código de legislación y ritual que despierta la admiración de todos los pensadores. Esto bastaría para llenar de orgullo a cualquier hombre ordinario; no podríamos habernos sorprendido si hubiera dado señales de indebida exaltación y vanidad. Pero los dos incidentes que vamos ahora a considerar muestran cuán absolutamente sencillo y humilde había quedado en medio de este mero verano del éxito.

Condescendiendo con su debilidad, su Amigo Todopoderoso nombró setenta colegas para que llevaran con Moisés la carga del pueblo; y acerca de ellos se hace un anuncio algo ominoso: «Jehová descendió en la nube y tomó del Espíritu que estaba sobre él y lo puso sobre los setenta ancianos» (Nm. 11:25).

En cada caso de aquellos así ungidos, la recepción de fuerza espiritual fue señalada por el repentino ejercicio del don profético; recordándonos a aquel día memorable, del cual éste era una miniatura, cuando, «todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu les daba facultad de expresarse» (Hch. 2:4).

Con todo, no podemos decir que la entrada del Espíritu Santo en plenitud en el corazón del hombre siempre conduzca a la anunciación de pensamientos que luchan por expresarse, así como la ola del océano barre la muralla del mar buscando la abertura por donde pueda pasar. Para sesenta y ocho de ellos el poder de profetizar no fue sino espasmódico y temporal: «...profetizaron, mas no volvieron a hacerlo».

Son emblemas de los que, bajo alguna influencia especial -como la que echó a Saúl entre los profetas-, de repente prorrumpen en palabras y actos, y hacen promesas no destinadas a ser cumplidas. Dos, sin embargo, del número escogido, -Eldad y Medad-, quienes por algún motivo se habían quedado en el campamento, de repente llegaron a hacerse conscientes de haber recibido aquel mismo espíritu, y ellos también prorrumpieron en profecías, y según parece, siguieron haciéndolo. Al momento un joven, celoso de la honra de Moisés, le llevó la asombrosa nueva: «¡Eldad y Medad están profetizando en medio del campamento!».

Y Josué, al oír el anuncio, siendo igualmente adicto a Moisés, exclamó: «¡Señor mío Moisés, hazles callar!».

Recibiendo la magnífica respuesta de Moisés: «¿Eres celoso por mi causa? Antes bien, ¡ojalá que todo el pueblo de Jehová fuesen profetas, y que pusiera Jehová su Espíritu sobre ellos!».

Era como si dijera: «¿Piensas que yo sólo sea el conducto por donde las influencias Divinas puedan pasar? ¿Suponéis que las provisiones en el ser de Dios sean tan mezquinas, que tenga que escasear lo que da por medio de mí, cuando da mediante otros? Si tuviera el deseo de crear nuevas estrellas, ¿tendría que robar luz al sol para darles resplandor? ¿Es la gratificación de un motivo mezquino de vanidad, cosa de alguna importancia para mí, que he mirado el rostro de Dios? Además de esto, ¿qué soy yo, o qué es mi posición, entre este pueblo, comparada con el beneficio que resultaría para ellos, y la gloria que sería para Dios, si hiciera para cada uno de ellos cuanto ha hecho para mí?».

Este es el espíritu de la verdadera magnanimidad. El espíritu de engrandecimiento propio, anhela retener su posición exclusiva como el único depósito de la bendición Divina; aunque esto tenga el efecto seguro de perderlo, de manera que nuevas provisiones dejan de pasar. Pero siempre que el ojo es sencillo por la gloria de Dios, y la posición se mira solamente como un don para ser usado para su gloria, y cuando el espíritu está concentrado en un deseo ardiente e intenso de ver que sea hecha su voluntad, la gloria de aquella luz extingue los fuegos de la ambición, y el fiel siervo tiene voluntad de hacer algo o nada, si solamente es cumplido el propósito Divino.

No hay prueba más escrutadora que ésta. ¿Estoy yo tan ansioso de que venga el Reino de Dios mediante otros como por mí? En mis intercesiones particulares, ¿puedo yo rogar tan fervientemente por el éxito de mis competidores como por el mío? ¿Puedo yo ver con ecuanimidad a otros hombres y hombres más jóvenes, haciéndose prominentes, y mostrando estar poseídos de dotes que yo siempre consideraba de mi posesión esencial? ¿Siento yo celos cuando otro me substituye como líder? ¿Estaría dispuesto a que la voluntad de Dios fuese cumplida por otro, si éste convenía mejor al propósito de Dios que yo? Pocos de nosotros podríamos contestar a estas preguntas sin el sentido de la casi insuperable dificultad para asumir la actitud tomada por Moisés cuando oyó decir que Eldad y Medad profetizaban en el campamento.

Y, no obstante, hasta donde dejamos de alcanzar aquella actitud, ¿no mostramos los ingredientes terrenales que se han mezclado, y siguen mezclándose en nuestro santo servicio? Sí, es a nosotros mismos a quienes servimos: a nuestros propios proyectos, planes, y amor propio. Y si elimináramos del servicio cristiano todo cuanto emana de estos motivos, ¡qué cantidad tan mezquina de polvo de oro quedaría! Oh, hermanos, ¿cuándo podremos decir: «ojalá que todo el pueblo de Jehová fuesen profetas», y mirar con gozo y agradecimiento que todos los cristianos llegásemos al nivel de todos los dones y gracias?

Esto, sin embargo, nunca podrá ser hasta que hayamos aprendido a pasar largas horas con Dios, hasta que hayamos sido admitidos a su sitio secreto, hasta que hayamos llegado a interesarnos más por su honra que por la propia, hasta que hayamos llegado a absorbernos en la única y consumidora pasión de verle glorificado en sus santos, y admirado en todos los que creen...

«El celo de tu casa me ha consumido».

Así la estrella heraldo, que en la franja de la noche ha enunciado a cansados ojos que se acerca la aurora, baja contenta a un verdadero océano de luz; aunque no menos resplandeciente, porque todo el espacio está inundado de luz no menos brillante que la suya propia.

Nos acordamos de María como la niña de ojos negros que se paró bajo las altas palmas de la ribera del río, vigilando la arquilla de juncos; y también como la mujer heroica que contestó el bajo profundo de las huestes rescatadas, dirigiendo el coro de las mujeres a orillas del Mar Muerto. ¿Qué no debía ella a Moisés? A no haber sido por él, habría sido una esclava desconocida, casada con un obrero de las ladrilleras de Faraón, madre de esclavos. Pero ahora era libre, y la representante de una raza emancipada, gracias al hermano que había mecido en sus brazos. Era en verdad triste, que a la edad de noventa años, se volviera en contra de aquel a quien había cuidado y amado; y que envenenara la mente del hermano mayor que había sido su portavoz y mano derecha.

María y Aarón hablaron en contra de él a causa de la mujer cusita con quien se había casado. Algunos han pensado que Moisés se había casado por segunda vez; pero parece más acertado, puesto que no se hace mención de la muerte de Séfora, considerar el reproche aplicable a la misma Séfora, especialmente porque ella probablemente llevara en su semblante la señal de otra raza. «Cusita» significa negro o de color oscuro. En una fecha relativamente reciente, había venido al campamento; y puede ser que por algún tiempo María hubiera estado observándola cuidadosamente, con el resultado de que toda su naturaleza de mujer se rebeló contra el pensamiento de tener que renunciar a su supremacía en favor de una persona como ella. Es siempre difícil ver a otro llenar el puesto que hemos mirado como nuestro, especialmente si tenemos conciencia de desempeñar mejor sus deberes.

Qué bien podemos imaginarla hablando a Aarón y a las mujeres con quienes tenía intimidad, acerca de estos «cusitas», hasta que levantó toda una tempestad de sentimientos. Esto fue muy malo en ella, pero mucho más en Aarón, quien tenía el puesto más encumbrado en el campamento. Acaso la función de Moisés era temporal, y se acabaría con su vida, mientras la de Aarón era permanente para él y sus herederos. Sin embargo, Aarón no podía menos que sentir cuán vasto era el abismo entre él y su hermano. Y de esto resultó el celo que hizo que Séfora fuese su excusa...



*«Y dijeron: ¿Acaso tan sólo por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?».*

Cuán fácil es disfrazar el celo bajo la capa del fervor por el servicio de Dios, y pensar que somos inmaculados cuando nos ponemos a reprender las faltas de otros.

¿Pero cómo obró Moisés, el que años antes había matado a un egipcio con un golpe de su puño? ¿Derramó un torrente de indignación, asegurando que tenía justa causa de sentirse airado? ¿Les abrió la puerta para que salieran de la tienda, mandándoles que cuidaran de sus propios negocios? ¿Rogó a Dios que los hiriera en su ira? Nada de esto. No les contestó ni una palabra; porque «aquel varón Moisés era muy manso, más manso que ningún hombre de cuantos había sobre la faz de la Tierra» (Nm. 12:3). En su conducta nos recuerda a Cristo en el salón de juicio de Pilato, quien, cuando fue injuriado, no injurió.

¿Era esto debilidad como dirían algunos? Al contrario, era la exhibición de una colosal fuerza espiritual. Sólo un Sansón con las gudejas sin cortar, podría haberse portado así. Es el hombre débil quien da golpe por golpe, quien expresa abiertamente su ira, quien no puede refrenar la pasión de su espíritu. Sólo el hombre fuerte puede estar perfectamente quieto bajo provocación, reprimiéndose y volviendo la vehemencia de su alma en el calor de un amor intenso.

Demandemos, pues, la mansedumbre de Cristo. Esto, por supuesto, no era posible para Moisés de la manera directa que lo es para nosotros. Y sin embargo no hay duda de que en este caso también se hacía una petición constante de la gracia celestial. La humildad de Jesús no le prohibió proponerse como nuestro modelo de humildad: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón».

La imagen de la paloma que descansó sobre su cabeza y el cordero a que fue comparado eran los dulces emblemas de su corazón. Y en momentos de provocación no puede hacerse cosa mejor que volver a Él y demandar su silencio tranquilo y dulce, su paciencia y mansedumbre, diciendo: «Yo reclamo todo esto, Señor mío, por la amarga necesidad de mi espíritu».

Cultivemos también el hábito del silencio. Al expresar un pensamiento, se le da fuerza y permanencia; reprimido, se marchitará y morirá. Sabiamente puso el apóstol Santiago mucho énfasis en el uso de la lengua, como el

timón y el freno de todo el cuerpo; porque su uso determinará desde luego si el corazón está lleno de mal o de paz. Con frecuencia se oirá decir que el mejor modo de deshacerse de una pasión importuna es darle rienda suelta de una vez. Es, sin embargo, una política muy equivocada. Darle expresión, le dará vigor, y sembrará semillas que pronto llevarán nuevos frutos; el silencio, en cambio, la matará, así como el hielo mata a los peces cuando no hay agujeros por donde puedan subir a respirar...

«Mas sea cada hombre pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse» (Stg. 1:19). Aprende a estar quieto, a guardar cerrada la puerta de los labios; a dar, por supuesto, una respuesta cuando se te pida, y una explicación cuando se necesite corregir una cosa mal entendida. Pero en los más de los casos, imita el ejemplo de David que se preparó para ganar la victoria de Goliat, por la victoria previa que ganó sobre su hermano mayor dando una respuesta suave a sus preguntas insultantes:

En seguida, considera el mal que se hacen los agresores a sí mismos. La nube se quitó de sobre la tienda, como si tuviera que abandonar el sitio donde estaban los culpables; y he aquí, María era leprosa, blanca como la nieve. Esta es una lección profundamente instructiva: no puede uno decir cosas duras o amargas acerca de alguien sin perjudicarse a sí mismo más de lo que perjudica al otro. Como el Bumerang australiano, las maldiciones vuelven al sitio de donde parten. Y el perjudicado puede muy bien olvidarse de su propia angustia, al derramar su alma en compasión y oración por aquellos quienes, al pronunciar sus amargas palabras, han contraído para sí la mancha de la lepra.

Dejemos que Dios vindique nuestra causa. Moisés confió en que Dios le vindicaría; y el Dios Todopoderoso «montó sobre un querubín y voló, y fue visto sobre las alas del viento». El Señor oyó todo lo que se dijo, y habló de repente a los tres, y les dijo que mientras hablaba a otros en visiones y sueños, era con Moisés solamente con quien hablaría cara a cara, de modo que pudiera mirar la forma de Jehová: «¿Por qué pues no temisteis hablar contra mi siervo Moisés?» (Nm. 12:8).

Este es el secreto del descanso: cultivar el hábito de dejarlo todo al Señor; como lo hizo Ezequías, cuando extendió la carta de Senaquerib en la casa del Señor.

Entrégate a Él que juzga justamente, con la certeza de que te vindicará, y sacará tu justicia como la luz, y tu juicio como el mediodía.

Démonos además a la oración intercesora. Así, Moisés clamó al Señor, diciendo: «¡Ruégote, oh Dios, sánala, te lo ruego!» (vs. 13).

Cuando oramos por los que nos injurian y nos persiguen, es maravilloso cuán pronto el alma se tranquiliza y enternece. Podemos comenzar a hacerlo como un deber, en obediencia al mandato; y pronto veremos que es como la nieve sobre una frente febril, refrescando y sosegando el alma. No esperes hasta sentir una inspiración.

Finalmente, el Señor oyó la oración de su siervo, y sanó a María; pero toda la hueste fue detenida una semana por el pecado de ella. Y es que podemos ser perdonados, pero estos pecados siempre traen desastres y dilaciones. Ni nosotros ni los demás podemos estar donde podríamos haber estado, a no haber ocurrido esto.

## Capítulo 24: Una decepción amarga

Era un viaje cansado desde Kibroth-hataavah a Hazeroth, y desde allí a Cades; tal vez el más cansado de toda la ruta. Moisés habló de él después como «el desierto grande y terrible» (Dt. 1:19). Pero al fin las huestes llegaron a Cades Barnea, en los meros límites de la tierra de promisión, a vista de los cerros bajos, de los contrafuertes, por decirlo así, de la verde mesa, que es la primera cosa que llama la atención del viajero que sube de la vasta llanura calcárea del desierto.

¡Qué espectáculo tan agradable después del viaje de cuatrocientas millas que había hecho el pueblo en los últimos quince meses! Debió de ser especialmente grato para Moisés. Agradable como la bruma de la tierra a Colón, o como es la villa natal para el viajero que vuelve arrullado por el abrazo de los cerros.

Hasta aquí, Dios le había ocultado el cansado viaje de cuarenta años que habrían de seguir. Juzgando del modo en que habló al pueblo, evidentemente contaba con una lucha comparativamente breve, severa, pero de poca duración, por la que la tierra pasaría a ser su posesión. Estas son las palabras que dirigió al pueblo cuando acamparon a la vista de las llanuras ondulantes de Canaán: «Habéis llegado a la serranía de los amorreos, que Jehová nuestro Dios nos va a dar. Mira, oh Israel, que Jehová tu Dios pone delante de tu rostro la tierra: sube, toma posesión, como te ha dicho Jehová, el Dios de tus padres; no temas, ni te amedrentes» (Dt. 1: 20 y 21).

Al decir estas palabras, ¿no habría un suspiro de alivio, en el fondo de su corazón, ya que su tarea se acababa, y estaba pronto a deshacerse de sus pesadas responsabilidades? La gloria de Dios era infinitamente superior al poder de Egipto para opacar su lustre. Los egipcios y todas las naciones vecinas lo oirían, y se convencerían. Y en cuanto a él mismo, seguramente tendría algunos años felices en que reposaría después de las largas labores de su vida.

¿Quién puede dudar que pensamientos semejantes ocuparan su alma y le murmuraran palabras acerca de un dulce descanso? Ya no recogerían diariamente el maná; porque era tierra de trigo y cebada. Ya no saciarían la sed con el agua que fluía cálida sobre las arenas del desierto, porque habría viñas e higueras y granadas: era tierra de arroyos de agua, de fuentes y hondos manantiales que salen por los valles y por las montañas. Ya no habría que plantar más las tiendas, que poner la guardia, el movimiento perpetuo, porque todo hombre se sentaría debajo de su propia vid e higuera. Después de unos pocos años pasados así, podría pedir partir en paz, y pasar de esta Canaán a su hogar y observancia del sábado del Cielo.

¿No es así como todos nosotros nos representamos algún feliz panorama que se extiende agradable y hermoso bajo la sonrisa del Cielo? La vida es bastante dura al presente, una marcha a través de un desierto grande y terrible, una lucha severa, el sostenimiento de cargas, que exigen todas nuestras fuerzas; pero no importa, pues no puede durar así: tendremos que encontrar alivio; debe haber en el largo camino una vuelta, la marcha a través del desierto tiene que traernos a una Canaán, la falta de simpatía y ternura tiene que olvidarse al abrazo de un amor que borrará la memoria de todo, de modo que nos despertaremos como de un sueño breve y desagradable.

Pero supongamos que no sea así... A saber, que Aquel que nos ama mejor de lo que nos amamos a nosotros mismos ha señalado etapas de una marcha a través del desierto, que conduce al mismo pie del monte desde donde hemos de ascender al hogar de nuestro Padre, que hemos de pelear con Moab, y encontrar a Balaam, y ver a todos aquellos con quienes comenzamos la vida desfallecer en nuestro derredor, que hemos de acostarnos para morir a solas bajo su beso, lejos del balbuceo de los niños y el ferviente apretón de manos de los seres amados, sobre la cumbre de algún Pisga. Todo esto podrá ser verdad; pero si es así, ¿cómo haremos? Sin embargo, esto es precisamente lo que le sucedió a Moisés.

La primera equivocación de Moisés resultó de su deseo de escudriñar la tierra: «Habló Jehová a Moisés diciendo: *Envía hombres que reconozcan la tierra de Canaán*» (Nm. 13: 1 y 2).

Pero la proposición no se originó en la mente del Señor. Tuvo otro origen que fue revelado por Moisés mismo cuarenta años después, en las palabras que siguieron a las que se citan arriba:

«Os acercasteis a Mí todos vosotros, y dijisteis: *Enviemos hombres delante de nosotros, que nos exploren la tierra, y nos vuelvan a traer razón*» (Dt. 1:22).

Esto es, como en el caso de Saúl el rey de Israel, Dios les dio lo que deseaban tener. Su obstinación fue una profunda equivocación. ¿No había Dios prometido darles la tierra? ¿Y no podían ellos confiar en su promesa? ¿No estuvieron sus ojos en ella desde el principio hasta el fin del año? ¿Por qué deseaban ellos escudriñarla? ¿No había Él prometido dárselas? ¿Por qué, pues, habían de estar tan deseosos de ver si podían vencer a sus poseedores? Como Moisés dijo, no tenían que hacer otra cosa sino subir y tomar posesión de lo que Él les había dado.

Su segunda equivocación consistió en recibir el informe desolador de la mayoría de los espías. Hasta cierto punto había perfecto acuerdo entre ellos: *«Llegamos a la tierra a donde nos enviaste, la cual ciertamente mana leche y miel; y este es el fruto de ella. Entonces los diez dijeron: Empero es fuerte el pueblo que habita en aquella tierra; y las ciudades están fortificadas y son más grandes. Y también a los hijos de Anac hemos visto allí (...) No podremos subir contra aquella gente, porque es más fuerte que nosotros»* (Nm. 13: 27 y 28, 31). Pero Caleb y Josué, cuyos nombres están en nuestra lengua como nombres familiares, contestaron: «Si Jehová se complace en nosotros, nos llevará a la tierra aquella y nos la dará» (Nm. 14:8).

La diferencia entre ellos y los otros consistió en esto, que los diez miraron a Dios a través de las dificultades, como cuando se mira el sol a través de un telescopio vuelto al revés, y parece estar indefinidamente distante y despojado de su gloria, mientras que los dos miraron las dificultades a través de Dios. Y el pueblo se puso del lado de los diez, volviéndose del pensamiento de Dios, para meditar largo tiempo y tristemente en los obstáculos que amenazaban su ocupación de la tierra. Cometieron una equivocación fatal; la incredulidad nunca supera las dificultades, sino que siempre está imaginándolas, meditando en ellas, comparándolas con sus propios recursos. La fe, por otra parte, aunque nunca disminuye las dificultades, las mira firmemente al rostro, se vuelve de ellas, y levanta la cabeza al rostro de Dios, y cuenta con Él. Esto es lo que dejó de hacer el pueblo; y por esto perdieron Canaán: «Y Jehová dijo entonces a Moisés: *¿Hasta cuándo no creerán en Mí?»* (Nm. 14:11).

Nótese que ellos perdieron Canaán no por los sepulcros de la concupiscencia, sino por su incredulidad.

Su siguiente equivocación consistió en su murmuración, que se proponía nombrar a un capitán en lugar de su líder escogido por Dios: «Entonces, toda la congregación alzó la voz y gritó; y lloró el pueblo aquella noche. Y murmuraron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les decía toda la congregación: *¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto!* (...) En efecto, dijéronse unos a otros: *¡Constituyámonos un capitán, y volvámonos a Egipto!*» (Nm. 14:1-4).

Tal vez esta fuera la hora más amarga en la vida de Moisés. Se habían propuesto antes elegir un capitán, cuando él estaba ausente; pero esta proposición se hizo en su presencia. El pueblo que había amado con una devoción apasionada, cuya misma existencia se debía a su intercesión en el Monte, cuando estuvo a punto de ser destruido, había olvidado todo cuanto él había hecho; realmente se proponían substituir su autoridad por otra; y si él no quería ir con ellos sujeto a su nuevo capitán, dejarle solo allí. Y cayó sobre su rostro delante de toda la asamblea de la congregación. ¡Qué agonía tan indecible desgarraba su pecho! ¡No sólo que debiera ser así desechado, sino que la ira de Dios fuese así provocada por el pueblo a quien amaba!

Y mientras estaba inclinado allí, ¿no vería en aquellos momentos tristes y oscuros, el desmoronamiento de su bella visión, la caída de una sombra sobre la hermosa perspectiva de sus esperanzas, como cuando una repentina lluvia oculta un panorama que un momento antes había estado radiante a la luz del verano? Así nos ha sucedido en nuestra propia experiencia, no una vez, ni dos. Hemos estado a punto de realizar alguna esperanza mucho tiempo acariciada. No nos faltaba sino la marcha de un día para alcanzarla.

Nuestras manos ya se habían extendido a través del límite, y cogido las primicias, y oprimido nuestros labios las deliciosas uvas de Eschol. ¡Oh, éxtasis! ¡Oh, fruición de larga expectación! ¡Oh, Cielo de felicidad! Entonces de repente hay uno o más a quienes estamos atados, cuya educación no está completa. No pueden todavía pasar a una tierra buena; y porque no pueden, no se les permite. Y parados nosotros allí, la voz dice: «Mudad de rumbo mañana, y emprended viaje para el desierto, camino del Mar Rojo» (vs. 25).

El sueño de Moisés de entrar pronto en la Tierra, podría haberse realizado todavía, si todo el pueblo hubiera sido cortado, y él perdonado para ser un segundo Abraham, el fundador de la nación. Y así la prueba penetró en su vida. Satanás nos tienta a fin de revelar lo malo que hay en nosotros; Dios, para revelar lo bueno. Así Dios, conociendo la escondida nobleza de su fiel siervo, y ansioso de que se revelara a todo el mundo, sugirió a él una proposición: que heriría al pueblo con una peste, y lo desheredaría y haría de él una nación más grande y poderosa que ellos.

Hay pocos pasajes en toda la Biblia más sublimes que aquel en que Moisés rechaza la sugestión tentadora como imposible: «Si pues Tú dieras muerte a este pueblo, como a un solo hombre, las naciones que han oído tu fama hablarán, diciendo: *Porque Jehová no era poderoso para introducir a este pueblo en la tierra que les había prometido con juramento, por eso los destruyó en el desierto*» (vs. 15 y 16).

Entonces citando las palabras que Dios había hablado a su corazón en aquella ocasión memorable cuando pasó por la garganta de la montaña, rogó que perdonara al pueblo según la grandeza de su misericordia, como lo había hecho desde el primer día que salieron de Egipto hasta entonces. En otras palabras, Moisés no quería tener el descanso que anhelaba a costa del sacrificio de un rayo de la gloria de Dios, o del pueblo con que estaba vinculada su vida, aunque lo habían molestado mucho y lo habían desechado. Y así volvió la espalda a la puerta abierta para el paraíso, y de nuevo escogió, antes bien, sufrir con el pueblo en sus aflicciones, que gozarse él solo de los placeres de Canaán.

Cuando el pueblo oyó que había de andar en el desierto cuarenta años, hasta que sus cadáveres cayeran y fueran enterrados en sus arenas por sudario, se levantaron temprano en la mañana, y subieron a la cumbre de la serranía, diciendo: «*¡Henos aquí! Subiremos al lugar de que Jehová nos habló (...)* mas el Arca del Pacto de Jehová, y Moisés no salieron del campamento» (vs. 40, 44).

Por fuerza de voluntad y energía, procuraron revocar la sentencia que acababa de ser pronunciada contra ellos. Moisés tan sólo inclinó humildemente la cabeza a ello, aceptando la disciplina de aquellos largos años.



¿No tenemos en nuestra vida pruebas como ésta? Hemos llegado a orillas de una gran oportunidad y el premio ha parecido estar a nuestro alcance; pero por algún arranque nos hemos mostrado incapaces o indignos de poseerlo. Dios nos retira. Dice, en efecto: «No estás todavía listo para gozar de la bendición. Tendrás que volver a las tareas ordinarias, sentarte a desempeñar la labor diaria, hacer volver monótonamente la rueda del molino. Ejercitarte en trabajos, perplejidades y frioleras, que no son dignas de tener un lugar en la historia. Y después de algún tiempo, vuelve y párate de nuevo frente a estas puertas, y serás admitido».

Pero no queremos someternos a ello. No obstante, mejor, cien veces mejor, es esperar humildemente afuera, aprendiendo la lección de paciencia y fe, para que nuestro espíritu sea ennoblecido y purificado.

Hubo, empero, manantiales en los que aquel cansado espíritu sació su sed. El convencimiento de que hacía la voluntad de Dios, la felicidad que la abnegación siempre trae al espíritu escogido, el gozo de ver el resultado de la disciplina Divina en la creciente seriedad y fortaleza de su pueblo, la recepción de gracia diaria para las necesidades de cada día. Todas estas cosas eran suyas.

Pero aún mejor que estas cosas fue la realización creciente de que el verdadero descanso que soñaba no había de hallarse en ninguna Canaán terrenal, por más encantadora que fuese; sino en aquel descanso del corazón, aquel sabbatismo del alma, aquel reposo de la naturaleza en Dios que es la única cosa permanente y satisfactoria en medio de los cambios y lo transitorio de todas las condiciones terrenales.

Así, con frecuencia, nuestro Dios destruye nuestras visiones terrenales, queridas y acariciadas, a fin de que nuestra alma, triste y solitaria, pueda buscar y hallar aquellas cosas más divinas que la polilla del cambio no puede roer, y el orín corromper. He aquí todas estas cosas suele obrar Dios con el hombre...

## Capítulo 25: Fiel bajo reproche

Pocos hombres han tenido más experiencia de la ingratitud de sus semejantes que Moisés. Aquí volvió a estallar el pueblo, y esta vez en una conspiración formidable dirigida por Goré, con quien estaban asociados doscientos cincuenta príncipes, hombres de renombre. Los puntos especiales eran la posición que tenía él y la autoridad que ejercía; y la revuelta arroja alguna luz interesante sobre la manera en que los siervos de Dios deberían considerar la posición que ellos ocupan en su Iglesia.

En la historia de todos los obreros de Dios vendrán crisis, cuando motivos malos les serán imputados y sugerencias duras serán pasadas de boca en boca, aun por aquellos cuya vida espiritual se ha debido a sus oraciones y lágrimas. Ya sea celo de la creciente influencia; o la indisposición de aceptar direcciones y marchar a la palabra de mando; o el disgusto del alma carnal por las altas demandas espirituales que son directamente contrarias a sus anhelos de leche y miel, campos y viñas.

Semejante descontento comienza con un alma disgustada y sensual; pero se extiende como fuego en un prado de zacate. Hay muchos corazones cobardes muy listos para seguir, y que no osarían tomar la delantera en un esfuerzo para convertir a algún siervo eminente y consagrado de Dios. A veces el pretexto no es mejor que el del hombre que votó por el destierro de Aristides sin más motivo que el estar fastidiado de oírlo llamar «el Justo».

En semejantes ocasiones deberíamos volver a este capítulo triste de la historia de las peregrinaciones de los cuarenta años, para aprender cómo los hombres deberían conducirse en la casa de Dios, que es la columna y el apoyo de la verdad.

Coré y sus confederados sugirieron que Moisés y Aarón se habían apoderado de los puestos que tenían, el primero como rey en Jeshurún, siempre que se reunían las cabezas del pueblo; el otro, con su familia, como sacerdote.

«¿Por qué había de ser este oficio conferido a los dos hermanos? ¿No había muchos hombres tan buenos como ellos? ¿No era toda la congregación

santa? ¿Y no podrían otros, así como ellos, gozarse de la presencia de Jehová?» (Nm. 16:3).

Era, pues, una conspiración de príncipes contra el líder y príncipe, y de levitas contra la familia sacerdotal.

Al momento Moisés cayó sobre su rostro delante de Dios -su actitud favorita para contrarrestar estas explosiones de odio popular y descontento-, como el junco que humildemente inclina la cabeza cuando el viento del otoño sopla sobre el páramo; pero no hizo ningún esfuerzo para justificar la posición suya ni la de Aarón. Podría haber alegado sus servicios pasados, cómo él merecía la gratitud y la lealtad del pueblo. Podría haberles recordado que su existencia nacional se debía, después de Dios, a su fe, a sus oraciones y lágrimas, sus intercesiones y esfuerzos a favor de ellos. Pero sobre todos estos puntos guardó silencio y llevó todo el negocio a la presencia Divina, echando la responsabilidad sobre su Dios.

Ciertamente, no había motivos de celos... ¿Acaso el Dios de Israel no los había separado a ellos también de la congregación de Israel? ¿No era claramente Aquel el que los había acercado y a todos los hijos de Leví con ellos? (véase vs. 9 y 10).

Además, los lugares de influencia y autoridad en Israel no eran una lotería, donde podía suceder que algunos hombres sacaran premios y otros no. Los puestos eran asignados a los hombres, y los hombres a los puestos, por la interposición clara de Dios. Y ellos que habían sido tan distintamente señalados, seguramente deberían admitir que un nombramiento igualmente distinto había sido hecho respecto de Aarón y de sí mismo.

En seguida, y como resultado del verdadero estado de las cosas, se mostró que esta explosión de ira era dirigida contra Dios mismo: «Por eso es que tú, y todo tu séquito os habéis juntado contra Jehová; pues Aarón, ¿qué es, para que murmuréis contra él?» (vs. 11).

Cuando los hombres se vuelven en contra de nosotros, estamos demasiado propensos a abandonar nuestra posición con pánico, a fin de reconciliarnos con ellos; o tirar de las riendas en un exceso de ira. Cualquiera de estas cosas es profundamente equivocada, y enteramente incompatible con una comprensión recta de nuestra posición para con Dios por una parte, y para con el hombre por la otra.

Hay muchos pasajes que muestran fuera de toda duda que nuestras posiciones en la Iglesia visible están tan cuidadosamente definidas como lo están los miembros en el cuerpo humano. Aunque no seas más que una coyuntura o un gozne sobre el cual otros miembros se articulan y funcionan, debes creer que tu posición fue fijada por el Dador Todopoderoso (véase 1 Co. 12:28; Ef. 4:11).

Si, pues, se suscitan el descontento o la desafección, no deberán por sí mismos determinar tu camino. Puede ser que indiquen que el tiempo ha llegado para que tú vayas a otra parte; pero la evidencia no es en manera alguna concluyente. Debes ir a Aquel que te envió, cuyo siervo eres, y preguntarle si es su voluntad que tú dejes tu puesto; y si es así, que te lo revele claramente. Si no lo hace, entonces no dejes que cosa alguna que pueda hacer el hombre te inquiete. Debes quedarte en tu puesto, como el centinela solitario, en medio de la lava de erupción que cae en tu derredor, hasta que el capitán de las huestes del Señor te diga que puedes dejar tu carga sagrada.

Finalmente, Moisés dejó la última decisión a Dios: a saber, todos habían de tomar incensarios, que eran los que ordinariamente se usaban por los sacerdotes; y habiéndolos cargado con fuego e incienso, habían de presentarse ante el Señor, a la puerta de la tienda de reunión (véase Nm. 16:5-7). Entonces tocaría a Dios escoger quiénes habían de ser santos, y a quiénes El haría acercarse ante su Presencia.

Obremos como lo hizo Moisés, el fiel siervo, refiriéndolo todo a la decisión de nuestro maestro y Señor; y entre tanto, estemos tranquilos. Es una equivocación profunda llevar las cargas de la obra del Señor. Cuando vienen dificultades -y no dejarán de venir-, son de Él tanto como son nuestras. No tenemos derecho de llevar las ansiedades de Dios y cargarnos con los cuidados de Él; nos convida a hacer su obra, a obedecer sus mandatos, a cumplir sus comisiones y a echar sobre Él toda molesta opresión y carga. Y si el pueblo no nos quiere, a Dios le toca determinar si ha de dejarnos en nuestro puesto; y si le parece bien hacerlo, tiene que guardarnos allí y darnos favor con ellos. Si nuestras provisiones se disminuyen por hacer su trabajo, Dios tiene que mantenernos a nosotros y a nuestros seres queridos.

¡Cuán noblemente trató Moisés a esta compañía de murmuradores! Luego que oyó sus voces contenciosas, asumió la postura de intercesor y comenzó a rogar por los que lo trataban con menosprecio y lo perseguían. Y cuando a la mañana siguiente parecía que Dios destruiría no solamente a los líderes, sino a toda la congregación que se juntó con ellos a la puerta de la tienda de reunión, cayó sobre su rostro y rogó al Dios de los espíritus de toda carne que no castigara a todos por el pecado de un solo hombre (véase vs. 21 y 22).

Dotán y Abiram, los hijos de Eliab, eran especialmente rebeldes; y cuando mandó llamarlos, le devolvieron un mensaje insultante, acusándole de engañarlos con representaciones falsas, preguntando por qué no les había conducido a la tierra de leche y miel. Hasta llegaron a insinuar que no se atrevían a ir por temor de que les sacara los ojos (vs. 14). Naturalmente Moisés estaba muy indignado y herido por estos reproches amargos e inmerecidos; pero no hizo ningún esfuerzo para contestarlos, sino en vindicación propia delante del Señor. Y cuando le fue mandado, no vaciló en levantarse, e ir a ellos, sin ningún rasgo de venganza en sus palabras. Este es el corazón del verdadero pastor.

Sin embargo, en vista de tanta osadía, era esencial para la existencia del campamento que el motín fuese apagado sin misericordia. No podía evitarse. El cáncer tenía que ser cortado de la carne viva. La muerte sería sin pena para los niños, y aunque cortados de la vida aquí, pasarían de una vez a los espacios amplios y felices de la eternidad; pero en cuanto a los demás, éstos merecían el castigo, y su exterminación salvó al campamento: «Entonces dijo Moisés: *Si de la muerte común de todos los hombres murieren éstos (...), no me ha enviado Jehová. Empero si Jehová hiciere una cosa nueva de modo que la tierra abriere con violencia su boca y los tragare (...), entonces entenderéis que estos hombres han tratado con desprecio a Jehová.* Y aconteció que como acabase de hablar todas estas palabras, partióse el suelo que estaba debajo de ellos; y la tierra abriendo su boca, tragólos» (vs. 28-32).

Del mismo modo, muchos han procurado acabar con la Iglesia de Dios, pero, como Hamán, han sido colgados en la horca preparada para Mardoqueo. Otros han hablado en contra de los siervos del Señor pero han sufrido de muerte repentina y terrible. Ningún arma que ha sido forjada contra los santos de Dios ha prosperado. Toda lengua que se ha levantado contra ellos en juicio, ha sido condenada.

Y es que Dios ama a sus santos, todos están en su mano, pero los que están ocupados en su sagrada obra están especialmente cubiertos por ella. Si tan sólo obedecen fielmente sus mandatos, viviendo según su plan, no hay nada que no hará por ellos. Cuando clamen a Él en su angustia, los librará y los sacará a campo amplio; porque se complace en ellos, y ellos confían en Él.

## Capítulo 26: Las consecuencias de la desobediencia

No fue sino un solo acto, un acto pequeño; pero manchó la hermosa flor de una vida noble, y excluyó a la única alma, cuya fe había sostenido las responsabilidades del éxodo con una fortaleza incansable, del premio que parecía estar casi a su alcance.

Las peregrinaciones de los cuarenta años ya casi habían acabado. La congregación que había sido esparcida por la península ya se había reunido en el lugar señalado que era Cades. Allí se quedaron acampados por algunos meses; y allí murió María, una de las pocas personas con quien aquel espíritu solitario podía tratar íntimamente de aquella vida que estaba más allá de las arenas del desierto, los valles del Sinaí, las aguas del Mar Rojo y la Tierra distante y poderosa de los faraones y las pirámides. Aarón, Caleb, Josué (y tal vez los levitas), eran los únicos restos y supervivientes de aquella hueste vasta y triunfante, cuyas voces habían celebrado la mañana de la emancipación, y cada uno de los cuatro pensaba que era seguro, y así pensaban sus compañeros también que pasarían a ver aquella buena tierra que está más allá del Jordán, aquella serranía hermosa y el Líbano. Pero esto no había de ser...

La demanda del pueblo por provisión de agua en Cades fue tan grande, que las corrientes se secaron; y por esto se suscitó aquel espíritu de murmuración y queja que había sido la maldición de la generación anterior, y que ahora volvió a producirse en sus hijos. Olvidando el trabajo constante de los años anteriores, el pueblo se reunió en contra de Moisés y de Aarón, aunque fueron contra Moisés la mayor parte de sus reproches. Aparentaron sentir no haber muerto en la plaga que había sido detenida por el incensario de Aarón. Acusaron a los hermanos de tener el perverso designio de efectuar la destrucción de toda la asamblea por medio de la sed. Aunque la nube de Dios los cobijaba y el maná caía de día en día, maldijeron el lugar de su habitación. Reprocharon a Moisés la ausencia de higos, viñas y granadas. Demandaban agua.

¡Y esta era la nueva generación en la que Moisés había acariciado tan grandes esperanzas, los renuevos del árbol viejo! Apenas podría haber dejado de estar muy irritado...

Sin embargo, volvió a tomar su actitud de antes, postrándose a la puerta de la tienda de reunión hasta que la luz creciente que salía del lugar secreto indicaba que la respuesta Divina estaba cerca. A diferencia del mandato dado en una ocasión semejante, que ahora sólo se veía a través de la neblina de los años, a Moisés le fue ordenado, aunque tomó la vara, que no la usara; sino que hablara a la peña con la certidumbre de que los acentos de su voz herirían la dura superficie, tendrían tanto efecto como alguna vez la vara lo había tenido antes, y serían seguidos por la salida impetuosa de agua cristalina. Sí, cuando Dios está contigo, las palabras equivalen a la vara; el suave murmullo hablado en su Nombre soltará los secretos de aposentos de piedra, moverá grandes rocas y hará pedazos tumbas donde la vida sepultada espera el llamamiento.

Y es que está bien usar varas al principio de la nutrición de la fe, y cuando su fuerza es poca; pero pueden dejarse a un lado en los períodos posteriores de la educación del alma. Porque al paso que crece la fe, la mera maquinaria y aparato que emplee se necesita cada vez menos; y sus milagros se hacen con la menor introducción posible de lo material. Hace años se te mandó usar una vara, porque no habías aún probado tu fe; pero al presente la fe mayor debería obrar por un medio menor y más frágil.

Moisés podría haber entrado en estos pensamientos de Dios, en momentos más tranquilos; pero al presente estaba irritado, indignado y ardiendo en coraje y decepción. Cuando, pues, las multitudes de la asamblea se habían reunido a su alderredor, se dirigió a ellos como rebeldes. Habló como si el don del agua dependiera de él y de Aarón. Reveló el sentido de lo molesto que le era su demanda, y en seguida hirió la peña dos veces con la vara. Y cuando aquellos golpes despertaron el eco en el aire silencioso, hicieron pedazos de una vez y para siempre la tela tejida con sus sueños y esperanzas. La visión que le había atraído durante estos largos años se desvaneció como la luz reflejada de las nieves de los Alpes al ponerse el sol; y ángeles fueron enviados a escoger el sitio al pie de las peñas de Pisga, donde su cuerpo había de guardar la puerta de la tierra en la que había esperado dormir su último sueño.



¡Qué amonestación hay aquí, recordándonos que a veces fracasamos en nuestro punto más fuerte, y que una carrera noble puede ser marchitada por un fracaso pequeño pero significativo y que siempre ha de lamentarse!

«Jehová, empero, dijo a Moisés y a Aarón: *Por cuanto no creísteis en mí para santificarme en presencia de los hijos de Israel, por tanto vosotros no introduciréis esta congregación en la tierra que Yo les he dado*» (Nm. 20:12).

Con todo, el pueblo no sufrió por el pecado de su líder. Las aguas brotaron de la peña con tanta abundancia como lo habrían hecho si el mandato divino hubiera sido cumplido con exactitud: «Y salieron aguas abundantes; y bebió la congregación y sus ganados».

La incredulidad del hombre no hace que el poder de Dios quede sin efecto: aunque no creamos, sin embargo, Él se mantiene fiel; no puede negarse a Sí mismo, o abandonar al pueblo que ha escogido.

Hubo desobediencia patente. No había duda posible en cuanto al mandato Divino; y había sido claramente infringido. No había de herir, sino de hablar; y había herido la peña dos veces. De esta manera había dejado de santificar a Dios a ojos del pueblo. El que debía haber puesto el ejemplo de obediencia implícita en cada jota y tilde, había insertado su propia voluntad y modo substituyendo así los de Dios. Esto no podía ser tolerado en uno que había sido puesto para guiar y enseñar al pueblo.

Dios es santificado siempre que ponemos una cerca inviolable alrededor de Él y sus palabras, tratando sus mandatos como indiscutibles y decisivos, obedeciéndolos con lealtad instantánea y completa, procurando colocarlos muy arriba de toda disputa como regla y guía de la conducta.

Acaso la desobediencia y la incredulidad son los dos lados de la misma moneda acuñada por el diablo. Los que desobedecen, no creen; y los que no creen, desobedecen. Ojalá que el Sumo Sacerdote, con su espada de dos filos, penetre hasta el centro de nuestro corazón, para quitar el menor síntoma de desobediencia; entonces será fuerte la fe, y por sus puertas pasaremos hasta la tierra de descanso.

Es muy extraño oír a Dios decirle a Moisés: «No creísteis en Mí». ¿No era este el hombre por cuya fe las plagas de Egipto habían caído sobre aquella tierra desdichada, y el Mar Rojo había dividido sus aguas, y el maná diario había cubierto el suelo del desierto con alimento, y el pueblo había

marchado por treinta y ocho años sin ser perjudicado por armas hostiles? ¿Qué había sucedido? ¿Habían las peregrinaciones perjudicado aquella gran alma, robándole su fortaleza de otros días, y cortándole las guedejas de su fuerza, dejándole como otra cualquiera? ¡Seguramente algo de eso debió haber sucedido! Un solo acto no podía haber causado tan gran desgracia, si no hubiera sido síntoma de un mal oculto no sospechado. Las encinas no caen por una sola tempestad, a menos que tengan ya maleado el corazón.

Veamos y oremos para que no haya en ninguno de nosotros un mal corazón de incredulidad; para que no nos separemos en nuestro pensamiento más secreto de la fe sencilla en el Dios viviente; para que bajo un exterior hermoso no cedamos nuestra joya de fe a la solicitud de alguna pasión impía. Pongamos un guarda especialmente a nuestro punto más fuerte. Justamente porque estamos tan confiados de estar fuertes allí, somos dados a dejarlo sin guarda ni vigilancia y, por esto, expuestos al enemigo. Así seremos salvos de una caída que cerrará las puertas de Canaán contra nosotros, que nos condenará a un sepulcro prematuro y desconocido.

Se confía demasiado en la vara en todos los esfuerzos cristianos. Un método especial ha sido usado de Dios en tiempos pasados, en la conversión de los incrédulos, o para edificación del pueblo de Dios, y al momento lo miramos como una especie de fetiche. Procuramos afrontar nuevas condiciones sacando la vara y usándola como en otros días. Es una gran equivocación. Dios nunca se repite. Acomoda instrumentos actuales a las emergencias nuevas. Pone vino nuevo en botellas nuevas. Donde se necesitaba antes una vara, ve que una palabra es mejor ahora. Nosotros debemos consultarle y atenernos a sus decisiones; haciendo exactamente lo que Él nos dice, y haciéndolo cuándo y dónde nos dice.

Pero había algo aún más profundo que estas cosas... A saber, Moisés representaba la ley. Él es mirado en todas las edades como la personificación de aquella ley suprema, cuya vista no se ofusca ni se debilita su vigor, bajo los cambios efectuados por el tiempo. Pero la ley nunca puede conducirnos al descanso. Puede conducirnos al mero umbral, pero más allá no. Otro debe conducirnos dentro, el verdadero *Josué*: Jesús, el Salvador y la verdadera roca de la eternidad, que fue herida una vez y para siempre por nosotros. Moisés bebió hasta las heces la amarga copa de la desilusión. Y parece haber sido su oración constante que Dios anulara o remitiera su sentencia: «¡Te ruego que me permitas pasar y ver aquella buena tierra que está más allá del Jordán, aquella serranía hermosa y el Líbano!» (Dt. 3:25).

Ningún poeta podría haber pintado aquella tierra con colores más vivos. Y ningún patriota ha anhelado ver su patria como Moisés pisar aquel bendito suelo. Con todo el fervor que antes había usado para rogar por el pueblo, ahora rogaba por sí mismo. Pero no había de ser: «Mas Jehová estaba enojado contra mí por causa vuestra, de manera que no me escuchó. Me dijo pues Jehová: *¡Basta, no vuelvas a hablarme sobre este asunto!*».

El pecado fue perdonado, pero las tristes consecuencias hubieron de cumplirse. Todos nosotros tenemos experiencias en que Dios nos perdona el pecado, pero toma venganza de nuestras invenciones. Segamos lo que hemos sembrado. Sufrimos donde hemos pecado. En semejantes ocasiones nuestra oración no es contestada literalmente. Por la voz de su espíritu, por un instinto espiritual, llegamos a conocer que es inútil rogar más. Aunque rogamos no tres veces, sino trescientas veces, la espina no es quitada. Pero hay un sentido en que la oración es contestada. Nuestro sufrimiento es una lección que amonesta a los hombres en todo el tiempo que sigue. Se nos permite ver desde la cumbre de Pisga la hermosa tierra que anhelamos, y somos en seguida llevados a una mejor. Recibimos la respuesta más tarde, como Moisés, cuya oración fue gloriosamente cumplida cuando estuvo con Cristo sobre el Monte de la Transfiguración. Y entre tanto oímos su voz diciendo: «Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en tu flaqueza».

## Capítulo 27: Preparándose para Písga

Justamente antes de llegar al lúgubre Río a través del cual los peregrinos pasan a la Ciudad de Oro, Bunyan coloca la tierra de Beúla; donde brilla siempre el sol, cantan los pájaros y las flores brotan en la tierra cada día. El aire es muy tenue y agradable. Desde allí se descubre la Ciudad, pero está fuera del alcance del Gigante Desesperación; y los que llegan allí ni siquiera pueden ver las torres del Castillo de las Dudas. Y en semejantes felices experiencias, hombres santos han procurado pasar un breve paréntesis entre el bullicio de la vida y su entrada para recibir la bienvenida de Cristo. Pero tal no fue la experiencia de Moisés. El último año de su vida fue tan lleno de trabajo como cualquiera de los otros que habían pasado sobre su cabeza.

Fue primero la conquista de la Canaán oriental. El deán Stanley habla de ella como aquella frontera misteriosa de la Tierra Santa, tan hermosa, tan romántica, tan poco conocida. Sus habitantes originales habían sido expulsados por las tribus emparentadas de Moab y Amón, pero ellos a su vez habían sido desposeídos de una parte considerable del territorio adquirido así por los dos jefes cananeos, Sehón y Og, cuyos nombres aparecen con tanta frecuencia en esta narración.

El ataque de los israelitas estuvo justificado por la negación grosera de Sehón a la súplica de que les permitiera pasar por sus límites en su viaje para Jericó. No sólo rehusó dejarles pasar, sino que reunió a todo su pueblo y salió en contra de Israel hasta el límite fronterizo entre su territorio y el desierto. El canto que conmemoró la victoria da énfasis especial a las proezas de los honderos y arqueros de Israel, que después fueron tan renombrados: «Hémoslos asaeteado; Hesbón ha sido destruido».

Estas palabras sugieren el motivo probable de la destrucción de este poderoso monarca bajo la providencia de Dios. La espada siguió a las saetas y a las piedras, de modo que el ejército fue prácticamente aniquilado; no se ofreció más resistencia a la marcha del enemigo victorioso. Las ciudades abrieron sus puertas y esta ciudad fértil entre el Arnón y el Jaboc, que consiste en una amplia meseta donde hay una confusión de valles ondulantes, cubierta de hierba exuberante, y en la primavera con campos de trigo y avena, llegó a pertenecer al pueblo escogido.

Pero esto no era todo. Al norte de ésta, estaba Basán, que ha sido descrita por el Canónigo Tristram y otros como un país fértil y de hermosas selvas, abundante en nobles bosques de robles y olivos, con campos de grano en los valles abiertos. Era, y es todavía, la parte más pintoresca y productiva de Tierra Santa. Og, su rey, fue célebre por su gigantesca estatura. Según la narración de Josefo, venía en auxilio de Sehón cuando oyó de su derrota y muerte. Pero, sin amedrentarse, puso su ejército en orden de batalla contra las huestes de Israel. La batalla se trabó en Edrei, que guardaba la entrada de una notable fortaleza en las montañas; y terminó con la victoria completa de Israel. El resultado se revela en la narración fuerte y concisa de Moisés: «Hiriéronle a él y a sus hijos y a todo su pueblo hasta no quedar de él quien escapase; y tomaron posesión de su tierra».

Nada podría haber dado cuenta de las maravillosas victorias que pusieron en posesión de Israel estas valiosas regiones -con ciudades rodeadas de altos muros, puertas y barras, juntamente con muchísimas poblaciones sin muros-, sino la interposición de Dios. Había dicho antes: «No le tengas miedo, porque a él y todo su pueblo y su tierra los he entregado en tu mano».

Y así sucedió. Parece que grandes enjambres de avispas que son comunes en Palestina invadieron el país en esta ocasión; de modo que el pueblo fue empujado de sus fortalezas hasta las llanuras abiertas, donde les era más difícil soportar el asalto de los israelitas.

Moisés, por su urgente súplica, procedió a repartir este territorio rico y hermoso a los rubenitas y gaditas y a la media tribu de Manasés después de recibir su solemne promesa de hacer su parte en la conquista de la Palestina Occidental: «Y os mandé -dijo él después- expeditos, pues todos los hombres valerosos habéis de pasar delante de vuestros hermanos, los hijos de Israel».

En seguida hizo su último encargo. Este fue hecho en una serie de discursos que son conservados en los capítulos 1 al 30 del libro de Deuteronomio. Este libro tiene casi la misma relación con los tres anteriores, que el Evangelio según Juan con los otros tres. Está lleno de los ruegos más patéticos y severos. La memoria del pasado, la gratitud, el temor, el egoísmo, son las cuerdas que se hacen vibrar por este toque maestro. Bien puede decirse de Moisés que amaba al pueblo; y en estas páginas podemos trazar el curso de la lava derretida que era derramada de su corazón.

Las frases que forman la clave de este libro notable son:

«Guardad diligentemente».

«Observad de hacer».

«Jehová escogerá».

En él abundan descripciones exquisitas de la tierra de promisión que pueden aplicarse espiritualmente a aquellas maravillosas experiencias denotadas por la frase «el descanso de la fe». Este es, en verdad, como lo era antiguamente la Canaán, una tierra buena, una tierra de manantiales de agua y fuentes y honduras que brotan de valles y cerros. Allí bebemos del agua del río de la vida; allí comemos el pan de la vida sin escasez, y no carecemos de nada que realmente necesitemos. El capítulo 28 anticipa las Bienaventuranzas del Sermón de nuestro Señor en el monte; y bienaventurado es aquel que puede apropiárselas en bendita experiencia y entrar a poseer la tierra.

A nuestro juicio, la cuestión tan debatida de quién es el autor, está resuelta por la afirmación del Nuevo Testamento (véase Dt. 30:11-14; Ro. 10:6-10). En seguida, Moisés sintió ansiedad acerca de su sucesor. Por ello, habló al Señor diciendo: «Nombre Jehová, el Dios de los espíritus de toda carne, un hombre que esté sobre la congregación, que salga delante de ellos, y que entre delante de ellos, y que los haga a ellos salir y entrar; para que no sea la congregación de Jehová como ovejas que no tienen pastor». En respuesta a esta súplica, fue dirigido para tomar a Josué, el hijo de Nun, en quien estaba el Espíritu, y traerle delante de Eleazar, el sacerdote, y delante de toda la congregación, y darle un cargo. Esto parece que hizo; pero al acercarse su muerte parece que le diera un segundo cargo (véase Nm. 27:16 y 17; Dt. 31:7 y 8).

Qué solemne escena debe haber sido aquella cuando, al cumplir los ciento veinte años, el anciano legislador se dirigió a Josué, y le dijo a vista de todo Israel: «Esfuérzate y ten buen ánimo; porque tú entrarás con este pueblo en la tierra que juró Jehová a tus padres que les daría, y tú se la harás heredar. También Jehová es el que va delante de ti; Él será contigo; no te dejará ni te desampará; no temas, pues, ni te amedrentes». Inmediatamente después, la columna de nube se puso sobre la puerta del Tabernáculo, y Moisés y Josué fueron llamados para presentarse delante de Dios en sus sagrados recintos. Allí, en palabras casi idénticas, a las que había hablado por labios de Moisés, Dios dio a Josué su comisión para conducir a Israel a la tierra que había jurado darles, juntamente con la promesa de que estaría con ellos.

Los últimos actos de Moisés fueron los de arreglar la custodia de la ley y la perpetuación de su lectura. Hizo lo primero depositando el libro, en que había narrado las revelaciones Divinas que le habían sido hechas, en el lado del Arca del Pacto. Había de ser guardado bajo la custodia de los levitas; y pasajes de él habían de ser leídos al fin de cada siete años, cuando todo Israel apareciere delante de Dios en el lugar que Él había de escoger.

Y en cuanto al segundo, Moisés consignó sus exhortaciones y ruegos en dos magníficas odas, la una expresando amonestaciones en contra de la apostasía, la otra tratando consecutivamente de las características de las tribus, y dándoles su última bendición, según el ejemplo del Jacob moribundo (véase Dt. 33).

El capítulo 32 de Deuteronomio es una de las composiciones humanas más sublimes en cualquiera literatura. Fue la última canción de Moisés. Es el tesoro de donde los escritores bíblicos sacan muchísimas citas. Ha sido llamada la Carta Magna de la profecía. No debe compararse con otro canto sino con el del Cordero: «Cantaban el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero».

Las repetidas comparaciones de Dios con una roca, la gran bondad con que había tratado a su pueblo desde que los halló por primera vez en una tierra desierta, la comparación del Eterno con una águila madre cuando enseña a sus polluelos a subir las alturas poco acostumbradas del aire, la ingratitud con que su maravillosa bondad había sido correspondida, la terrible suerte a que su rebelión necesariamente los expondría, la misericordia con que sería recibido su arrepentimiento, todas estas cosas están narradas con palabras ardientes, que permanecen para siempre como testimonio de cómo labios torpes pueden hablar cuando han sido tocados con el carbón encendido del altar. Todos estos rasgos de la vida bendita son dibujados por la mano maestra de una persona que mojó su pincel en los colores mezclados por la experiencia propia.

¡Qué vislumbres tenemos de la vida interior de este hombre! Todo lo que hizo en la Tierra fue el resultado de la permanencia secreta de su alma en Dios. Dios era su morada, su ayuda, su sostén. Él no era nada: Dios era todo. Y todo lo que él efectuó en la tierra se debió al hecho de que Aquel Poderoso moraba en él, cumpliendo y ejecutando por medio de él, como su órgano e instrumento, sus propios planes consumados.

Así Moisés puso fin a la obra de su vida. Detrás de él, una vida larga y gloriosa; delante de él, el ministerio y el culto del santuario celestial aquí, el Shekinah. Allí, el rostro descubierto; aquí, la tienda y la peregrinación. Allí, el descanso eterno; aquí, la tierra prometida, columbrada desde lejos, pero no tomada. Allí, la tierra buena más allá del Jordán, visitada y poseída. ¡Aunque le costaba pena pasar sin poner la piedra de remate sobre su vida, el partir y estar con Dios era mucho mejor!



## Capítulo 28: La muerte de Moisés

Los hombres dan más importancia a la muerte que a la vida como una escena de carácter. Unas cuantas frases piadosas habladas en un funeral influirán mucho para borrar la memoria de los años mal empleados. Pero Dios da más importancia a la vida...

Y es que la Biblia es el Libro de la vida. Sus páginas están llenas de biografía; mencionan sólo escasamente la muerte. La única muerte que describen extensamente es la de Aquel que, muriendo, mató la muerte.

Las historias de la Escritura dan poco lugar a los testimonios, palabras o experiencias de los moribundos; mientras abundan en relatos de las proezas y palabras de los que han sitiado, padecido, y obrado en la arena de la vida. Esto puede explicar por qué, en contra de la costumbre y la expectativa humanas, la muerte del gran Legislador se describe con tan breve sencillez. Pero esta sencillez iguala a la sublimidad del concepto. Después de semejante vida, convenía que Moisés tuviera una muerte y sepultura sin paralelo en la historia de la humanidad; y no nos admiramos de que poetas, pintores, o escritores hayan hallado en aquella muerte solitaria sobre la cumbre del Pisga un tema digno de sus poderes más nobles. No podemos hacer otra cosa sino elegir unas pocas flores silvestres de las que acarician aquella cima montañosa; y así tenemos que dejar el asunto para otros. La muerte de Moisés arroja luz sobre el pecado, la muerte y la verdad dispensacional.

No podemos suponer que la repentina explosión de ira impetuosa en Meriba -cuando su espíritu estaba agitado por un torbellino de fiera indignación, como una tempestad que baja de la garganta de las montañas a un lago encerrado por la tierra- podía quedarse por mucho tiempo sin ser perdonada. Tan lejos como está el oriente del occidente, tanto así había sido removida aquella transgresión. Pero aunque la remisión fue completa, sin embargo el resultado perduró en su vida, y le negó la experiencia que debía haber sido la corona de su carrera.

«Jehová ha dejado pasar tu pecado», dijo Natán al real transgresor David; pero «el niño que te ha nacido morirá irremisiblemente y la espada no se apartará de tu casa». El líder moribundo había sido perdonado; pero sufrió

en su cuerpo la pena extremada de su pecado. La incredulidad que estorba para que el hombre acepte todos los beneficios de la ascensión de Cristo, es quitada, pero nada puede recompensar su pérdida. Puede ser que nunca se pronuncie una sola palabra acerca de la conducta que ha arruinado la salud y la fortuna del pródigo; pero aunque se sienta a la mesa de su padre, nunca podrá ser con salud, o vigor, o gozo exuberante, como podría haber sido si nunca hubiera ido a una lejana tierra.

No sólo trae el pecado pérdida y pesar sobre el transgresor, roba a la humanidad gran parte de los beneficios que de otro modo habrían resultado de su vida. A no haber sido por su poca fe y su conducta apasionada, Moisés habría conducido a su pueblo al otro lado del Jordán, y les habría servido por muchos años todavía.

Que no te tiente la facilidad del perdón a pensar livianamente del pecado, o a imaginar que no deja marcas en el alma o en la vida, por la seguridad, mediante el arrepentimiento y la fe, de alcanzar un perdón misericordioso de Dios. Si un solo acto de incredulidad e ira puso a Moisés, el amigo y siervo de Dios, en un sepulcro en el desierto en la frontera de la tierra, ¿qué no podrá hacer para ti?

Aquel espíritu majestuoso de Moisés siempre se había levantado como una peña inaccesible, entre otros hombres. En sus secretos ningún pie se había introducido, ningún ojo humano había mirado. Sólo obraba y padecía, y encontró a Dios, y promulgó leyes para el pueblo. Pero su soledad nunca fue más patente que cuando, no atendido ni aun por Josué, salió para morir en medio de las soledades de Nebo. A solas hizo el ascenso precipitoso hasta la altura; a solas miró el hermoso panorama; a solas se acostó para morir.

Pero en esta soledad hay un pronóstico de la soledad por donde cada uno de nosotros tendrá que pasar, a menos que sea arrebatado para encontrar al Señor en el aire. En aquella hora solemne las voces humanas se apagarán, las formas amadas se retirarán, las escenas familiares se desvanecerán de la vista. Silencioso y solitario, el espíritu emigra para aprender por sí mismo el gran secreto. Bienaventurado el hombre que anticipando el momento pueda decir: «Solo, y sin embargo no a solas, mi Salvador está conmigo. El que fue por este camino a solas, está ahora pisándolo a mi lado».

Se dice en una leyenda hebrea que un ángel tras otro en vano procuraron quitar su vida. Primero, vino el que había sido su instructor especial; pero al tratar de destruir la fábrica que le había costado tanto trabajo, el valor le faltó. Entonces fue llamado el ángel de la muerte para emprender la tarea. Se le acercó anhelosamente; pero cuando vio la maravillosa iluminación de su rostro brillando como el sol, y lo oyó recitar los prodigios de su carrera, él, también, retrocedió confundido. Y cuando estos grandes ángeles habían abandonado la tarea que superó sus potencias más altas, Moisés se volvió hacia el Todopoderoso y le dijo: «Tú, Señor del Universo, quien me fuiste revelado en la zarza que ardía, acuérdate de que me llevaste a tu Cielo, donde me quedé cuarenta días y cuarenta noches; ten misericordia de mí, y no me entregues al poder del ángel de la muerte».

Esto es, por supuesto, la forma pintoresca en que el amor y la reverencia de las generaciones subsecuentes elaboraron estas maravillosas palabras que nos dicen que Moisés murió «por orden de Jehová» (Dt. 34:5). Otros también substituyeron «beso» en lugar de «orden»; de modo que parece como si el Todopoderoso hubiera quitado con un beso el alma de su fiel siervo, atrayéndola a sí en un abrazo largo y tierno.

¿No es esta la manera en que todos los santos mueren? Su muerte es preciosa a la vista del Señor, y después del día intranquilo de la vida, - agitado en la temprana mañana por la trompeta que llama a la batalla, irritado durante el mediodía nublado por la opresión de sus responsabilidades y cuidados, iluminado en la tarde por los rayos de una puesta de sol tempestuosa, los cuales atraviesan las nubes-, el espíritu cansado cae abatido sobre el lecho que las manos de Dios habían extendido, y Él se inclina sobre Moisés para darle su beso de buenas noches, como en sus primeros días la madre lo había hecho con su cansado niño. Aquel abrazo, sin embargo, es el umbral, no de una larga noche de insensibilidad, sino de un avivamiento en la luz suprema de una mañana sempiterna.

«Y Jehová le enterró en un valle en la tierra de Moab» (Dt. 34:6). Ello a pesar de la oposición del Maligno, quien contendió con el arcángel enviado a asegurar aquel noble santuario abandonado. ¿Qué tenía que ver con él el archidemonio? ¿Desearía hacerlo rival del templo del Dios vivo, robando honores que el pueblo se regocijaría en dar? No sabemos; pero su propósito fue ignominiosamente frustrado. Dios cuidó el cuerpo muerto de su hijo. Ni aun el rey de los terrores podía hacerlo menos caro al amor del Padre. Aunque en ruinas, el templo le era precioso. Y así no se le permitió ni aun a

una banda de ángeles ejecutar la obra sagrada de la sepultura. Se nos dice que lo sepultó; como si el Todopoderoso no hubiera delegado el oficio a ninguna mano inferior.

Así como confiamos en Dios para que Él supla las necesidades del cuerpo en la vida, así confiamos en Él para su sepultura después de la muerte. Señala donde las cenizas de cada uno de sus hijos se mezclan con su madre tierra. Cuando se abre un sepulcro, su ojo lo observa; y aunque ningún pie pise su suelo, ni ninguna mano lo adorne con flores, nunca se olvida de él; y ninguno será pasado por alto cuando el arcángel toque su trompeta en tierra y mar.

«Y los hijos de Israel lloraron a Moisés por treinta días» (Dt. 34:8). Ciertamente, con frecuencia dejamos de apreciar debidamente a los vivos, y tenemos que esperar hasta que nos son quitados para estimarlos en su verdadero valor.

Pocos hombres han merecido más de sus semejantes que Moisés. Había sacrificado su alto puesto en la corte de Faraón para llevar a su pueblo como una nodriza en los males de su niñez. Había tenido oportunidades sin igual de comunión con Dios. Había tenido poder extraordinario: mandados por su fe, los vientos habían traído carne, de las peñas habían brotado manantiales de agua, el mar se había dividido y juntado, la superficie del desierto había sido cubierta de alimento. ¿No es más que probable que, si el Señor no hubiera ocultado su sepulcro, el valle de Bet-peor hubiera llegado a ser una segunda Mecca, pisada por los pies de peregrinos de todas partes del mundo? Era mejor hacer que semejante idolatría fuese imposible. El sepulcro oculto forzó al pueblo a volver desde la Tierra hacia el Cielo.

¿No es ésta la política de Dios con nosotros? Muerto Lázaro, las hermanas envían a llamar a Jesús. Cuando la calabacera se seca, el peregrino en la tierra cansada busca la sombra de la grande roca. Cuando no halla lugar para la planta del pie, la paloma se dirige a la ventana del arca. Cuando falta el agua en las cisternas de roca, tenemos que acudir al río que corre del fondo de Dios. Por esto es que tu hogar está desolado y tu corazón entristecido. Por esto es que el ser que era para ti lo que Moisés para el pueblo, te ha sido quitado.

Desde el sitio en que Moisés se paró, sin ningún don extraordinario de visión, su ojo pudo abarcar un panorama casi sin igual (véase Dt. 32:48-52). A sus pies, las lejanas tiendas de Israel; hacia el norte, los fértiles pasos de Galaad y Basán, limitados por la bruma del desierto por una parte, y por la otra por el valle del Jordán, desde las aguas azules del Mar de Galilea hasta el oscuro abismo del Mar Muerto. Y más allá del río podía ver la hermosa tierra de promisión, desde las cumbres nevadas del Hermón y del Líbano, hasta las tierras altas de Efraín y Manasés; con la variedad infinita de ciudades edificadas sobre los promontorios rocosos, de campos de grano y de pastos, de olivos, higueras, viñas y granados. Inmediatamente delante de él, mirando hacia el occidente estaba Jericó, en medio de sus palmeras verdes, comunicada por el hondo desfiladero, con Jerusalén; no lejos de la cual Bethlem, sobre los cerros, brillaba como una joya.

Así, todavía a los moribundos viene la visión de la buena tierra más allá del Jordán. No está lejos: justamente está al otro lado del río. En los hermosos días de visión cuando algún viento fuerte divide los velos de niebla y humo que con demasiada frecuencia dominan nuestra atmósfera espiritual, es claramente visible. Pero con más frecuencia la visión es reservada para los que esperan en los límites de la tierra, listos para la señal de entrada. Nos dicen que en aquella tierra limítrofe oyen voces y columbran visiones de belleza y esplendor que no había imaginado el corazón concebir. Que Dios nos conceda la bienaventuranza de morir sobre el monte con aquella visión delante de los ojos.

La Ley vino por Moisés; y Moisés se ve en la historia como la personificación, o como era también, el vehículo de la ley moral, ya dada desde Sinaí o escrita en los corazones de carne. En perfecta concordancia con este concepto, fue que no decayera su vigor natural. Su ojo era como el del halcón, su paso acelerado y elástico, su cuerpo erecto. No murió de enfermedad, ni por la decrepitud de la vejez: «fue porque Dios le llevó». El tiempo sólo lo había hecho venerable pero no débil. Y así representa la santa ley de Dios que no puede envejecerse ni debilitarse, sino que se queda en su fuerza prístina y perfecta, aunque no puede introducirnos en el descanso de Dios.

Pero de ese descanso no es posible hablar aquí. Canaán no representa en primer lugar el descanso que nos espera al otro lado de la muerte, donde los enfados y las congojas de la vida no entran, sino el descanso en que se puede entrar aquí y en el presente, cuando el alma está librada de la tiranía y

corrupción humanas y habita en la paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento. Entonces la vida llega a ser una bendita sucesión de obediencia confiada a la voluntad de Dios; también nos satisfacemos con la abundante riqueza atesorada para nosotros en Dios, y nos hace beber del río de su placer.

Esta es la buena tierra de promisión, que sólo puede verse desde lejos por los que no saben otra cosa que lo que Moisés puede enseñarles; pero que puede ser tomada por los que siguen el Arca a través del río de la muerte, a la vida propia y, más adelante, a la tierra de los resucitados...

Para acompañar el estudio de este personaje con la lectura bíblica, leer los capítulos 1 al 19 y 25, 32 al 34 del libro de Éxodo (véase también Nm. 10:29; 11:29; 14:25; 16:22; 20:11; Dt 3:2; 34: 5 y 6; Hch. 7: 24 y 25; He. 3:2; 11:23-25).